

UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE
GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA EL DOBLE



Índice

[Cover](#)

[Título](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Enlaces](#)

El Doble

Por Pablo Poveda

2018 © Todos los derechos reservados

Portada realizada por Pedro Tarancón.

*A mis lectores.
Gracias por ser como sois.
Gracias por hacer esta novela posible.*

*A ti, V., por la tan importante y necesaria labor que
haces.*

*Encuentro la pasión por la justicia bastante aburrida y
artificial.*

—Patricia Highsmith

CAPÍTULO UNO

Los rayos del sol del mediodía derretían el último hielo del vaso de cristal. La brisa del mar azotaba mis sentidos y a mis oídos llegaba el bullicio de los tubos de escape que cruzaban Conde de Vallellano.

Cientos de recuerdos se apelmazaban bajo mis párpados. Tantos que me resultaba imposible recordar siquiera uno de ellos.

Sentado en la terraza de uno de mis lugares preferidos del paseo de la Explanada, daba pequeños sorbos a un vermú agotado, aguado y del que sólo quedaba una aceituna. Así era la vida, así era la mía.

Cada cual era libre de elegir su válvula de escape preferida.

Los años podían pasar sin que nos diésemos cuenta del cambio, de que todo llegaba a su fin, mientras que nos debatíamos en estúpidas crisis existenciales.

A lo lejos, observaba los barcos atracados en el puerto, estáticos e inmutables al transcurso del tiempo. Una postal que cambiaba de protagonistas, de rostros, pero que mantenía el color que había guardado siempre. Turistas perdidos, familias desquiciadas por no saber a dónde ir. Parejas de extranjeros en sandalias que disfrutaban de sus primeros días de playa, descanso y paella.

También estaban los otros, los que nunca salían en la foto o, si lo hacían, formaban parte del decorado. Los que seguían levantándose a las siete en agosto para ir a la oficina, a la tienda, a servir cervezas frías a quienes sonreían por el goce de una libertad temporal y mal pagada.

Eran días de regata. En los últimos meses me había interesado por los timones, las proas y los mástiles. Fruto del aburrimiento, quizá, o de la búsqueda insana que tienen los varones por encontrarse en algún lugar que les haga lucir bien.

Una vez más, Hollywood nos había engañado a todos.

Los veleros de la Volvo Ocean Race se ponían a punto antes de batirse en medio del Mediterráneo.

Me fijé en un grupo mixto de veinteañeros primerizos que cargaba con cámaras y micrófonos. Caminaban despreocupados, como si de unas prácticas universitarias se tratase. Periodistas del nuevo amanecer, saciados de información, hambrientos por la moda y enfermos de inseguridades.

Caí en la nostalgia, en la memoria del pasado, en los días en los que yo formaba parte de aquella resistencia salvaje en la que las redacciones echaban humo y sacar los trapos sucios era un trabajo propio de los servicios de inteligencia. Todavía podía sentir el olor a cerrado que emanaba de los despachos y el abandono que sufrían algunos cuando de sacar la verdad se trataba.

Recordaba aquello con gusto, a pesar de haber perdido a un puñado de amigos para siempre. Me sentí viejo. Tampoco había pasado tanto tiempo pero, es que,

una vez se toca el cielo, uno siempre se permite el lujo de fantasear con quién será el siguiente que lo derroque.

Somos tan imperfectos que nos pasamos la vida creyendo ser diferentes y únicos, hasta que llega el día de nuestra sepultura. Pero siempre hay una sombra, un coyote que nos persigue, un buitre que vuela por encima esperando nuestro final. A veces, somos nosotros. Otras, el resto. Mientras haya ambición, habrá alguien que lo intente.

Volví a mirar a esos chicos y pensé que no podía quejarme. La vida me sonreía, lo tenía todo y ese era mi temor más profundo.

Rozando la treintena, en unos años, había pasado de miserable periodista metomentado a afamado escritor de novelas de misterio. Hablar de mí nunca había sido tan fructífero.

Atrás quedaban los días de miseria. Ahora mi nombre ocupaba los estantes de los quioscos de los aeropuertos. Una cadena de televisión francesa había rodado una serie basada en mis libros. La clase política me recibía con los brazos abiertos por donde pisaba, buscando una foto, olvidando los problemas que les había causado años antes. En el amor, en la guerra y en la política, todo se valía.

Por otro lado, había ganado en calidad de vida sentimental. Desde hacía casi dos años, vivía el momento más dulce jamás imaginado en una relación. Su nombre era Soledad, la única mujer que había logrado amansar al toro de lidia que habitaba en mí. Una morena de piernas largas, cabello liso, tez cálida y melena corta que poseía la mirada de un lince ibérico. Soledad era la luz entre tanta oscuridad que, pese a su nombre, siempre estaba a mi lado, alumbrando en los momentos más difíciles.

Y aunque, como en cualquier ciclo, habíamos tenido subidas y bajadas, ella, más cabal que yo, lograba ponerme en mi lugar cuando la situación lo requería.

Ella con su trabajo como policía y yo con el mío como escritor.

Pero no todo era una película de amor.

Desde hacía un tiempo vivíamos juntos, pero separados mentalmente.

Soledad ansiaba con desarrollar su carrera en el Cuerpo de la Policía Nacional. Me lo había comentado en varias ocasiones. No me sorprendió en absoluto. Una mujer independiente como ella siempre quería algo más. Sabía que yo le importaba, pero eso no la iba a frenar de seguir hacia delante.

Por supuesto, no le faltó mi apoyo, por lo que opositó para ascender a subinspectora. Meses tensos en los que apenas nos veíamos más de tres horas si no estábamos durmiendo. Ella estudiaba y yo me pasaba los días solitario, en el apartamento de Santa Pola que había comprado tras el viaje de Portugal. Tecleaba, bebía, repasaba la discografía de Coltrane, paseaba por las calas cristalinas y me ensimismaba creyendo ser alguien que no era. Por las noches

regresaba a casa, cenábamos juntos y hablábamos de nuestra jornada.

Lo suyo, un duro desafío digno de admirar y por el que jamás yo habría pasado.

Lo mío, un capricho más de la vida.

Un día, llegó con una sonrisa. Todo había terminado... o casi todo. Al conocer la noticia, no pude alegrarme más por ella.

Lo había logrado, pero me entristecía lo que vendría después.

Seis meses de formación en Ávila. Seis meses durmiendo solo, sin acariciar su cuello con mi nariz al despertar. Ella, con la sutileza que mostraba para las malas noticias, había propuesto que la acompañara.

Lo sentí y rechacé la oferta. Me conocía demasiado bien.

Era cuestión de tiempo que me convirtiera en un estorbo para los dos.

En Alicante tenía paz y gloria, mi propio feudo y un montón de lugares en los que hacer que las horas pasaran más rápido. No me importaba viajar y visitarla, pero marchar con ella supondría un tremendo obstáculo para nuestra relación.

Aunque no le gustó mi respuesta, no insistió y así comenzó uno de los veranos más extraños en mucho tiempo.

En menos de veinticuatro horas, Soledad partiría en tren hacia el centro de la Península.

Y yo, ingenuo de mí, agotaba las últimas gotas de la bebida sin conocer las desastrosas consecuencias de mi errática decisión.

Abandoné la explanada y caminé hasta el final de la rambla para inspirarme con la naturalidad de los peatones. A nadie parecía escandalizarle que la mayoría de comercios fueran franquicias de comida rápida. En el siglo XXI, no existía país que no hubiera sucumbido a un cartón de patatas fritas y una hamburguesa por un par de monedas. Ni siquiera España, con su oda a la tortilla de patatas y a los bocadillos de jamón. Lugares que me habían salvado de un aprieto en más de una ocasión, pero que albergaban la misma vida que una estación de trenes abandonada.

El verano daba un tono anaranjado al entorno y el periodismo sufría los latigazos de una revolución digital que parecía irreversible. Las malas prácticas empresariales, la falta de previsión y un exceso de orgullo generalizado en una de las profesiones más precarias de la historia, habían desencadenado en una guerra donde el papel era la primera víctima.

Para mi suerte, dicha tragedia no era más que un hecho anecdótico del que me había desligado hacía tiempo. Las novelas eran más interesantes y fáciles de escribir.

Me había despreocupado de pensar en el trágico fin de mes y no tenía que pasar por el aro de quienes estaban por encima de mí. No obstante, si había algo que echaba de menos era la socialización. Nos movíamos como roedores, en silencio, dejándonos ver en los bares, en las ruedas de prensa, en las cafeterías cercanas al ayuntamiento, pero siempre con una intención y un puñado de preguntas en el bolsillo.

Una vida de altibajos constantes, tan parecida al latido de un corazón. En ocasiones frenética y en otras un maldito sopor. Tan triste como un drama donde los buenos siempre pierden. Y, quizá por esto último, el único diario superviviente de la provincia me había ofrecido la columna trasera de su edición de papel.

La última página, las últimas palabras que recordaría el lector antes de doblar el periódico.

Acepté por ellos y por mí. Pensé que había transcurrido el tiempo suficiente para que la marea bajara y pudiera reencontrarme con mis orígenes. La idea de escribir una vez por semana, de obligarme a salir a la calle y contar la vida desde mis ojos, me sedujo.

Por primera vez, alguien atendería a lo que tenía que decir antes de pasar la hoja.

Entonces, allí plantado junto a la cristalera de una conocida cadena cafetera, de pronto, sentí la llamada pasajera de la curiosidad y me detuve en un semáforo.

Un sentimiento extraño, como un repentino dolor de cabeza antes de una

tormenta.

Guiado por el ruido de la sirena de ambulancia lejana, levanté la vista cuando un coche de Policía, a toda velocidad, apareció por la calle Mayor a escasos metros del paso de peatones.

Sonó un fuerte y agudo derrape.

El olor a goma quemada en el asfalto vició el aire.

Una mujer mayor que esperaba a mi lado me agarró con fuerza del brazo. El vehículo derrapó y salió disparado en línea recta, cruzando el Portal de Elche.

Se oyeron gritos. Los coches estacionados en la bajada de la avenida esperaban a que todo pasara. Todo sucedió rápido. Las bocinas se amontonaban en el ruido. Después llegó la calma.

—¿Está bien? —Pregunté mirando a esa señora que parecía una momia—. Ha estado cerca.

—Sí, hijo... —dijo ella, arrugada y secándose las gotas de sudor de la frente con un pañuelo de papel. Usaba un perfume dulce y llevaba los labios de color carmín—. Ay, Dios... No tengo el cuerpo para estos sustos.

—No hace falta que lo jure...

La señora me soltó el brazo y me agradeció la ayuda. Después continuó su camino.

Sorprendido, noté cómo el corazón me latía con fuerza.

Coloqué la mano sobre el pecho y escuché lo que el cuerpo intentaba decirme.

No era miedo, ni siquiera sorpresa.

Era la adrenalina de estar perdiéndome algo, de saber que esa podría ser la próxima historia de mi nueva columna.

Todas las personas tenemos una guerra interna con la que debemos lidiar una vida entera. La mía era aquella, había nacido con ella y no tenía nadie para detenerme.

Sin pensarlo de más, me escabullí entre la multitud, crucé la calle y cambié de rumbo para seguir el rastro del coche patrulla.

Atravesé la plaza Gabriel Miró, bajo la atenta y curiosa mirada de comerciantes, hosteleros y clientes que parecían ajenos a lo que pasaba o se comportaban como meros espectadores de una carrera de ciclismo.

La caminata me llevó hasta la calle del Cid, un estrecho callejón de viviendas antiguas, entradas de aparcamientos, portales tapiados y fachadas coloridas con la pintura desconchada por los años y la humedad. Un lugar céntrico y de sobra conocido por el vicio, las peleas entre borrachos y la presencia de damiselas que regalaban minutos de su amor por unos cuantos billetes azules.

Me encontré cómodo moviendo la suela de los zapatos por las baldosas de la acera, dejándome guiar por las consecuencias del azar.

Estaba vivo y no existía mejor sensación que esa.

El coche patrulla se detuvo al final de la calle, junto a un viejo portal. A su lado, una ambulancia esperaba las órdenes de los agentes.

Dos policías se bajaron del coche y entraron en el edificio. En la puerta, tres mujeres y un hombre se movían nerviosos. Intercambiaron unas palabras con los médicos de la ambulancia. Algo había sucedido en una de las viviendas. Eché un vistazo por los balcones y noté la presencia de los vecinos más curiosos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté a la primera persona que se cruzó en mi camino.

Era un hombre chato, con un cigarro en la boca, una camisa de cuadros arremangada hasta los codos y pantalones de pinzas. Sus gruesas cejas parecían pegadas a la montura de las gafas. Su expresión, una auténtica broma.

El tipo dio una calada malhumorado y expulsó el humo con fuerza.

—Lo que tenía que pasar... —dijo tras la pausa—. Los municipales siempre llegan tarde.

—Problemas en el vecindario, ¿eh?

Pero el comentario no le hizo gracia alguna.

El tipo dio otra calada y esperó antes de responder.

—Los ricos no tienen estos problemas. A ellos les hacen más caso.

—No lo tengo eso muy claro...

No era su día, ni tampoco el mío para hablar con desconocidos.

Un Mercedes clase C de color negro cruzó el callejón a toda prisa y desvió la atención de aquel hombre.

Alguien gritó para que frenara.

La Policía no había tenido tiempo a cerrar el paso y el conductor del coche alemán se había metido en el lugar equivocado.

Harto, el desconocido tocó el claxon hasta tres veces. El bullicio aumentó en la calzada. Los tres desconocidos de la puerta insistían en que se marchara en

dirección contraria.

—Esto es a lo que me refería, ¿sabes? —dijo el hombre señalando al deportivo. Finalmente, el conductor bajó la ventanilla y cruzó unas palabras con los médicos de la ambulancia. Uno de ellos arrancó el motor y movió la furgoneta hasta que permitió el paso al vehículo. Después el Mercedes se perdió en la lejanía con un fuerte ruido de motores—. Privilegios.

Me adelanté unos metros para acercarme al portal. La tensión aumentaba, lo podía oler, lo podía sentir bajo los poros de mi piel.

—¡La va a matar! —gritó una de las mujeres en la puerta.

Era rubia, delgada y tenía la piel arrugada. Su acento era extranjero, tal vez de algún lugar del centro de Europa. A medida que veía con más claridad la escena, entendía mejor la situación. Lo había visto en otras ocasiones. Dinero, pasión y poder. Había quien mataba por una de esas razones y también quien lo hacía por las tres. Observé de lejos la entrada. El interior del edificio estaba sucio y ruinoso.

Un segundo coche de Policía Local me alertó con la sirena. Me retiré y dos agentes, un hombre y una mujer, espantaron a los fisgones.

Instantes después, llegaron los refuerzos y el vehículo azul de los nacionales se detuvo junto a la ambulancia.

De allí salieron tres policías vestidos con su uniforme azul. Estaban fuertes, puede que demasiado como para plantarles cara. Cruzaron el umbral y subieron las escaleras. Después se oyó un alto, varios gritos femeninos procedentes de diferentes lugares. Luego la voz de un hombre desesperado.

Se escuchó un fuerte golpe. El cristal de una ventana se hizo añicos y todos retrocedimos asustados. No se me había perdido nada en aquel lugar, pero la curiosidad por conocer el desenlace me obligó a quedarme hasta el final.

Segundos más tarde, uno de los policías acompañaba a una chica protegida con una chaqueta de chándal. Sus pasos dejaron un ligero rastro de sangre sobre la acera, propio de un corte superficial. La muchacha caminaba sin fuerzas, temblorosa y semidesnuda. Entró en la ambulancia y ésta se puso en marcha.

Después, otros dos agentes sacaron esposado a un hombre mayor que la chica. Lucía bigote, era alto, fuerte y tenía la piel tostada. Parecía ebrio, aturdido pero, sobre todo, derrotado. Los policías lo metieron a la fuerza en el coche patrulla.

—Hay quien no diferencia entre amor y negocio —dijo el espontáneo de la camisa de cuadros. Se echó las manos a los bolsillos y caminó hasta la puerta del establecimiento del que había salido—. Gracias a Dios, ésta ha tenido más suerte que otras.

Sus palabras me hicieron reflexionar.

Preferí no decir nada y guardarme la opinión, pues quién era yo para juzgar a

quien ponía en peligro su vida a diario.

La escena continuó, pero había perdido su encanto. De nuevo, me había dejado engatusar por una desgracia que a nadie le interesaba.

Algunas historias no merecían ser contadas.

Miré el reloj y eran las dos de la tarde. Soledad no terminaría su jornada hasta las ocho. El estómago pedía su turno y yo no encontraba el momento de enfrentarme a la barra de un bar.

Odiaba comer solo. Era patético.

Con una estúpida sonrisa en la cara, di media vuelta y regresé por donde había venido, regocijándome en mis propios pensamientos y entregándome, una vez más, a las bienaventuranzas que el día tenía preparadas para mí.

Cuando llegué a la esquina de la calle, me coloqué las Wayfarer y miré hacia la costa por el cruce de la calle Valdés.

Una bella rubia se cruzó en mi camino hablando por el teléfono móvil. Nos miramos durante un instante, pero ella tenía la atención puesta en su conversación. Me embelesó con los ojos marinos y me regaló de recuerdo el perfume que dejó impregnado en su estela. Uno de esos ángeles nórdicos que llegaban cada año a la ciudad, cuando los rosales se ponían en flor.

Recompuesto, sentí una presencia a mi espalda. El tufo de la colonia era familiar, para nada femenina.

Me giré y lo encontré frente a mí, a dos metros de distancia.

Era él, el inspector Rojo. Mi amigo, mi sombra y mi carta astral.

Nuestro último encuentro había sido en Lisboa. Después, como solía hacer y a lo que ya me había acostumbrado con los años, no había vuelto a saber de él.

Sonreía con picardía, pero con la suficiente seriedad para no preguntar al respecto.

El polo negro marcaba su pectoral y dejaba a la vista unos bíceps que abultaban el doble que los míos. Había trabajado en el gimnasio más de la cuenta. Llevaba el pelo corto, fijado con gel y sus indistinguibles gafas de aviador.

—Algunas cosas nunca cambian, ¿verdad, amigo? —dijo con voz de ultratumba.

Lo miré y me pregunté el porqué de su visita.

—Algunas personas... tampoco.

CAPÍTULO DOS

Rojo tenía buen aspecto, quizá el mejor que había tenido desde que lo conocía. Guardaba tantas preguntas por hacerle, que no sabía por dónde empezar. Una vez roto el hielo del reencuentro, me acompañó a uno de aquellos lugares que solíamos frecuentar en el pasado.

Caminamos hasta el Mercado Central y me puso al día de sus movimientos. Rojo continuaba siendo el Inspector Jefe de la Brigada de Homicidios del CNP de Alicante. Tras su inesperada aparición en Lisboa, me contó que se había tomado un respiro en dar con el paradero de Eme, la mujer que en tantos problemas nos había metido. Llevar dos vidas paralelas nunca había sido un deporte saludable y los achaques del esfuerzo continuo empezaban a hacer mella en él.

La plaza del mercado de abastos brillaba de vida y alegría. Pese a vivir en la misma ciudad, sentí que había perdido contacto con ella.

Las calles estaban renovadas, los comerciantes habían habilitado varios bares en la plaza en los que servían aperitivos, botellines de cervezas y vermú bien fresco antes de la comida. Ruido en la calle, personas de diferentes edades y un mismo lema: disfrutar del verano, de la vida y de los pequeños momentos.

Me sentí culpable. Había olvidado todo aquello.

El olor a pescado fresco, a cerveza de barril y máquina de café expreso. El jolgorio, las risas desternillantes y las conversaciones con los desconocidos con los que compartes espacio. A veces, el dinero y la comodidad nos impone un estilo de vida que, a pesar de las apariencias, está lejos de las necesidades más intrínsecas de nosotros mismos. Parece que, una vez subes al podio de la fama, ya no puedes bajar dos escalones.

Contemplando el paisaje humano que se movía a mi alrededor, atravesamos el meollo hasta llegar al otro lado de la plaza y bajar por unas escaleras de cemento que nos acercaban a la calle Pintor Velázquez.

Rojo sabía cómo pasar desapercibido entre la multitud sin que nadie lo delatara. Era un foco de inspiración. No todos los policías podían decir lo mismo, pero él no era un oficial al uso. Quien aprende a llevar máscara toda su vida, se mueve con gracia en el baile de disfraces que es la vida.

Dejamos atrás la sala Stereo, aspiré con fuerza y comprobé cómo el tiempo se había llevado los recuerdos de mi pasado. Vivir en la memoria llegaba a resultar agotador. Ahora, muchos de los locales se habían convertido en bazares chinos, establecimientos de compra y venta directa y salones de belleza y relajación. Empecé a entender que vivía en una realidad que poco se asemejaba a los tiempos que corrían.

Para mi suerte y la de mi estómago, algunos sitios seguían remando a pesar de las modas, las crisis y los disparates que desde otros países pretendían imponer.

El cartel blanco con el toro negro seguía en el mismo lugar donde siempre había estado.

El bar Guillermo, aquel lugar tan costumbrista que formaba parte de la herencia cultural alicantina, se mantenía a flote para servir a una clientela fiel desinteresada en los tiempos modernos.

Llegamos hasta la esquina de la calle y cruzamos la estrecha entrada de madera marrón que invitaba al interior. El lugar se mantenía igual que siempre: la barra de madera, la nevera de cristal donde guardaban las raciones, el mapa de Alicante en blanco y negro entre las baldas de las botellas, los jamones colgados del techo y el arco de ladrillo que separaba la entrada y formaba un íntimo comedor, con las paredes cargadas de fotografías de la ciudad en sus tiempos remotos.

Tanto Rojo como yo éramos hombres de barra, de apoyar el codo y tener un pie sobre el suelo, pero habíamos llegado tarde y nuestro sitio ya estaba ocupado.

—Ese olor... —dije mientras nos acercábamos a una mesa de madera pequeña con sillas del mismo color—. Parece que fuera ayer cuando estuvimos aquí.

—Los bares nunca cambian —contestó Rojo—, las personas sí y, desde que nos conocemos, tú has cambiado bastante.

El oficial rio.

—Mejor no me hagas hablar.

—Reconócelo, Caballero. Te has hecho un sibarita.

Un hombre de camisa blanca y pantalón negro se acercó a nosotros. Nos ofreció una carta, pero no la necesitamos, así que pedimos una ración de ensaladilla rusa, croquetas de bacalao, huevos estrellados con patatas y jamón y un plato de hígado de pato, acompañados de una botella de tinto de Marqués del Puerto.

—¿Hígado de pato? —Preguntó Rojo. El camarero tomaba nota de nuestro encargo—. ¿En serio?

—¿No te gusta?

—Lo que yo te decía... —respondió haciendo una mueca—. Un sibarita.

El empleado no pudo evitar la sonrisa.

—¿Eso es todo, señores? —Preguntó al terminar de anotar.

—Dos cañas bien frías, si es tan amable... —añadió Rojo—. Hay que hidratar el cuerpo.

Los tres nos reímos y el camarero se despidió de vuelta a la cocina.

—Desconocía esa faceta tuya, tan humorística... —comenté—. ¿Has conocido a alguien?

—En absoluto. Sólo me he relajado. Me sienta bien no jugarme la vida a

diario.

—Ya veo... —contesté. Las cervezas llegaron acompañadas de unas aceitunas partidas. Brindamos y la espuma cruzó mi garganta como un bálsamo celestial—. Supongo que habrás estado al tanto de mis movimientos.

Era una afirmación retórica. No necesitaba preguntar para saber que Rojo siempre me tenía en su punto de mira, como un guardaespaldas, como si me hubiese integrado un chip en el hombro.

—Más o menos —respondió y suspiró con desgana—. Son cinco veranos haciendo de niñera. Digo yo, que ya era hora de pasar el relevo a alguien...

—¿Te refieres a Soledad? —Pregunté. Él asintió con la mirada. Con una agente en casa, no había por qué preocuparse—. Ella no es como tú.

—Te recuerdo que su padre y yo fuimos buenos amigos —explicó—. Ella es como su padre.

—Eso no cambia nada.

Los platos de ensaladilla rusa y de croquetas llegaron a la mesa. Rojo optó por desviar la conversación. Venía en son de paz y no parecía tener ganas de subirse al cuadrilátero dialéctico.

—¿Qué te trae por la ciudad? —Preguntó hincando el tenedor en la pequeña montaña de ensaladilla—. Pensé que te habías hartado de ella y por eso compraste ese casón en la playa.

—Las noticias vuelan... ¿Has estado por allí?

—¿Lo dudas?

—¿Y por qué no tocaste a la puerta?

—No me has invitado —respondió con falsa molestia—. Ya sabes que no me gusta incordiar.

—Tú nunca has necesitado que te inviten.

Y Rojo soltó una carcajada, por primera vez en esa tarde.

—Ahora, en serio, ¿estás trabajando en algo nuevo?

Me sorprendió su insistencia. El oficial jamás preguntaba por mis labores. Mi presencia, para él, era un sinónimo de embrollo. Sólo se aseguraba de que no terminara en algún lío mayor.

—Los del Diario Información me han ofrecido escribir una columna de opinión en la contraportada —expliqué y probé una croqueta de bacalao. Aquello era un placer divino—. Mi visión de la ciudad, dicen.

—El escritor más odiado de Alicante habla a sus ciudadanos...

—No soy el más odiado —recriminé. El camarero trajo la botella, sirvió en una copa y señalé a Rojo para que lo probara. Después de dar el visto bueno, llenó las dos copas de tinto—. Siempre hay algún político al que odiar más.

Pero las palabras del oficial iban cargadas de seriedad.

—Aquí la prensa no está muy contenta contigo —prosiguió mirando cómo el líquido rojo se movía por el cristal—. Vendiste tu intimidad y sus secretos en todas esas novelas, dejando algunos nombres por los suelos... A eso, súmale que te has cosechado una fama de doble filo en estos últimos años, mientras te llenabas los bolsillos. Tus colegas de los periódicos no quieren saber de ti y supongo que ahora menos, después fichar por su equipo, cobrar el doble que ellos y trabajar menos de la mitad... Aún así, enhorabuena.

Su respuesta me zarandeó el orgullo. Lo peor era que Rojo tenía razón.

—Fueron ellos quienes me llamaron. Yo no los busqué.

—No me fastidies, Caballero, que nos conocemos... —replicó inclinando la cabeza y dando un sorbo a la copa—. Sabes como yo que podrías haber rechazado esa oferta. Te sobra el dinero, ¿o es que ya te lo has gastado todo?

—No es eso, joder... —dije mirando hacia la barra—. Tú no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo —contestó con paternalismo—. Eres como el rabo de una lagartija. Ni muerto puedes estarte quieto... Te gusta demasiado que hablen de ti.

—Prefiero que sea para bien.

—Mucho pides tú —dijo y agarró una croqueta—. Dime la verdad... Todo esto es una excusa para volver al ruedo, ¿cierto?

El empleado trajo dos platos más.

—Su hígado, señor —remarcó apuntando a la broma—. Que lo disfruten y buen provecho.

Todo tenía una pinta muy apetitosa.

—Gracias... —dije y regresé a la pregunta—. Siento desilusionarte, Rojo, pero no te sigo.

—Vaya, no me vengas ahora con que te cuesta leer entre líneas...

—De verdad, que no sé a dónde quieres llegar.

—Después de Lisboa, no has vuelto a escribir nada... —continuó y se me erizó el vello. No hay nada más desagradable que enfrentarse a la verdad cuando esta sale de la boca de otro. El orgullo y el ego despiertan como el animal arisco y rabioso que ve en peligro su territorio—. Y te está matando lentamente. Por eso has corrido detrás del coche patrulla, como un niño detrás una golosina. No puedes remediarlo, Caballero, y niegas aceptarlo.

—¿El qué?

No quería escuchar lo que iba a decirme.

—Que te has quedado sin magia... No te fustigues, a todos nos pasa.

Noté el sudor bajo mi camisa. Sentí un fuerte calor repentino en mi rostro y le eché la culpa al vino.

—Eso es absurdo. Todavía me queda mecha por quemar...

—Admítelo, Gabriel —insistió con un tono conciliador—. Siento ser yo quien te lo diga, pero soy tu amigo. Te has quedado sin balas, eso es todo. Da gracias que no te pasa en la cama... En fin, ahora te queda hacer lo que el resto para mantener la vida que llevas. Es completamente lícito.

Di un sorbo a la copa de vino, aunque hubiese deseado bebérmela de un trago.

Mi problema con Rojo era que él carecía de escrúpulos para decirme lo que pensaba y mi orgullo era demasiado grande para digerirlo sin enervarme.

De ese día, lo último que había imaginado era que termináramos hablando de mi final. Perdí el apetito, apenas probé el hígado y vaciamos la botella con la compañía del resto de platos. El alcohol siempre ayudaba a calmar los silencios y asentar las verdades, por mucho que éstas dolieran.

Llegamos al café y evitamos los postres.

—¿Qué hay de ti? —Pregunté—. ¿A qué viene ese cambio de imagen?

Rojo sonrió y dio un golpecito al mantel con la cucharilla metálica.

—Yo también he agotado mi munición —confesó. Le costaba reconocer sus propias derrotas, casi tanto como a mí—. Después de Lisboa conduje hasta Francia. Tuve problemas con el carburador de la moto y me quedé tirado en Hendaya. Mientras la reparaban, aproveché para organizar las ideas. Un día me desperté y me pregunté qué coño estaba haciendo con mi vida, de aquí para allá, buscando a la líder de una organización criminal a nivel internacional... yo solo. Pero eso no era lo que hacía. Estaba ciego. La realidad era otra... Me estaba perdiendo la juventud de mi hijo, la posibilidad de ver a su padre feliz, después de tantos años. La ocasión de hacerle creer que podemos ser una familia normal, con una vida tranquila y sin mentiras ni secretos.

—Hombre, muy normal no eres.

—Vete al carajo.

Terminamos los cafés y pasamos a la crema de orujo.

Pese a todo, debíamos celebrar nuestro reencuentro.

—¿Qué es lo siguiente? —Pregunté con miedo a quemarme.

Rojo levantó la mirada y se mantuvo en silencio unos instantes. Después sonrió.

—Ya te lo he dicho —contestó y dio un sorbo al chupito de licor—. No hay siguiente paso. Las cosas en el trabajo están tranquilas, no quiero más follones, y por eso estoy aquí. Tampoco voy a meterme en los tuyos. Debemos mover ficha, amigo.

Rojo colgando las botas en mi cara. Una verdad a medias porque las suyas siempre iban con doble rasero.

Pero, por otra parte, no le faltaba razón.

Desde el primer encuentro, nuestras vidas habían estado unidas por los problemas que yo causaba. Había conseguido un amigo, pero también a un hermano mayor que me echaba un capote cuando más lo necesitaba. Empero, como había dicho en la mesa, debíamos mover ficha y empezar a cuidar de nuestros propios asuntos. Madurar debía ser aquello, cambiar las responsabilidades de mano.

—Bueno, ¿entonces qué? —Preguntó intrigado. Sus ojos se alumbraron de nuevo—. ¿Vas a hablarle a tus lectores sobre el amigo policía? No me obligues a asaltar tu apartamento a medianoche...

Nos reímos. La conversación subió de frecuencia y tomó un tono jovial.

—Descuida, mantendré tu anonimato, si es que queda algo... —respondí y me bebí el sorbo de crema de un trago. Después pedí la cuenta al camarero, haciéndole una señal con la mano—. Como siempre, tus palabras han caído como un jarrón de agua fría. Necesarias aunque dolorosas.

—No te pongas a llorar ahora, hombre...

—Ya te gustaría verme entre lágrimas... ¿Sabes? Tal vez descarte esa colaboración.

—¡Venga, no jodas! Estás siendo demasiado duro contigo... —criticó—.

La fama te ha hecho de plastilina, Caballero. Puede que necesites una pausa, unas vacaciones para replantearte qué rumbo vas a tomar. Trabajar sin presión, buscar otros temas... Ya sabes, esas cosas que hacen los artistas. No te puedo ayudar demasiado pero, si dejas de buscar, la vida siempre te pone delante lo que necesitas.

—Quizá tengas razón.

—Suelo tenerla y lo sabes.

Reímos por última vez y pagué la cuenta dejando una propina generosa.

Abandonaron el bar y caminaron de regreso al barrio viejo de la ciudad.

Sin notarlo, habían pasado las horas, la plaza del mercado de abastos estaba vacía y tranquila y el sol comenzaba a tomar un tono anaranjado con rumbo hacia el crepúsculo.

—Llámame cuando quieras hablar —dijo el oficial—, siempre y cuando no sea desde los calabozos.

—¿Por quién me tomas? —Pregunté y nos dimos la mano con fuerza a modo de despedida.

—Tus apariciones nunca son casuales, Gabriel.

—Las tuyas tampoco, Vicente.

—Serás cabrón...

—Siempre lo he sido un poco.

—Cuídate y dale recuerdos a Soledad —dijo y se despidió caminando en

dirección contraria a la mía.

Esperé a que desapareciera como esas personas que aguardaban sentadas en los cines hasta que los créditos finales se fundían en negro. A la espera de una sorpresa final. Pero no hubo ninguna.

Rojo dobló una esquina y yo tomé rumbo al aparcamiento donde había dejado mi Porsche Boxter rojo, el descapotable que simbolizaba el principio de una bonita historia de amor con el mundo.

La despedida del oficial me hizo pensar en ella.

Pronto llegaría al apartamento que compartíamos en la ciudad. Sería nuestra última noche juntos antes de su curso de instrucción. Me hubiese gustado decirle que no se fuera, que no me dejara allí con mis demonios, pero no podía, ni ella haría nada al respecto.

Comprobé las llamadas y no tenía ni siquiera un mensaje.

Era su última noche, debía ser especial.

Me detuve en una tienda veinticuatro horas y compré una botella de vino blanco y unos bombones. Esa velada cenaríamos en casa y yo cocinaría para ella.

Alcancé el aparcamiento de Alfonso X El Sabio, destapé la lona que protegía el techo, me subí en el deportivo y puse la bolsa en el asiento del copiloto. Después salí al exterior y me encontré con el tráfico de una tarde cualquiera en la capital.

Una ligera brisa con olor a salitre y neumático acarició mis pómulos.

Siempre había pensado que conducir un descapotable no tenía sentido, hasta que me monté en uno.

Por los altavoces Coltrane tocaba su *Summertime*, a lo lejos podía ver el castillo de Santa Bárbara y por la calle las chicas lucían sus piernas bronceadas bajo los vestidos finos y coloridos que tan de moda se habían puesto ese verano. Y es que no existía mejor época para disfrutar de la vida, para beber buenos vinos y reír en mejor compañía, para amarse cada noche y emborracharse de gracia bajo las estrellas mientras las olas del mar te arrastran hacia el sueño. No existía tal cosa como la Costa Blanca en verano.

Cuando aterricé en el apartamento, Soledad todavía no había llegado.

Puse a enfriar el vino en el congelador y me armé de valor en la cocina para preparar la cena. Hacía tiempo que no cocinaba nada especial para ella. Así que corté varios calabacines para combinarlos con la merluza al cava y los langostinos que había comprado esa misma mañana, en la lonja de Santa Pola. Abrí la nevera, destapé un botellín de cerveza y sopesé las palabras de Rojo mientras echaba unas gotas de aceite sobre la sartén.

Razón no le faltaba. Me costaba creer que había agotado todas las historias que tenía por contar. Hacía tiempo que sufría una crisis creativa, pero todo se debía a lo mismo. Me faltaba algo que no encontraba en la vida. Y es que, no me bastaba con contentarme con una existencia feliz, ausente de problemas, carente de chispa. Necesitaba algo más, regresar a las raíces, a la razón por la que me había comprometido con las historias de la calle, con la única verdad que existía para mí. Tal vez fuese un problema de ego, no querer que el tiempo pasara mientras contemplaba desde una ventana cómo otros solucionaban el mundo a golpe de titular. Decidí no sopesarlo más de la cuenta cuando la sartén empezó a humear.

De pronto, escuché las llaves al otro lado de la puerta de la entrada. Después se oyó el golpe del cerrojo. Era ella.

—Estás aquí —dijo Soledad con una voz dulce y sosegada. Estaba cansada, pero noté algo más en su tono, cierta pesadumbre al saber que aquella sería nuestra última cena en mucho tiempo. Aunque no me lo dijera con palabras, sabía que a ella tampoco le apetecía alejarse de mí.

Caminó hasta la cocina y me abrazó por la espalda. Después nos besamos.

Olía extremadamente bien, siempre lo hacía.

Su cortina de pelo acarició mi cara.

—Qué rico, Gabri... —susurró atrapándome entre sus brazos—. ¿Celebramos algo hoy?

Pobre Soledad. Me había olvidado de ella y, aún así, seguía queriéndome como el primer día. Me sentí afortunado a su lado. Era la única persona capaz de hacerme olvidar el resto de cosas que sobrevolaban mi cabeza. Ella tenía ese don.

La besé en los labios, saqué dos copas, abrí la nevera y agarré la botella de vino. Después la descorché y serví el caldo.

—Por nosotros.

Ella sonrió.

—Claro, ¿por quién si no? —Dijo y se mordió el labio inferior—. Echaba de menos tus platos. El fin de una relación comienza por el estómago.

—No me digas eso...

Ella me dio un ligero golpe en el brazo.

—Estoy de broma, tonto —replicó juguetona—. No quiero que esta noche suene a despedida. Las odio. Así que más te vale fingir que actúas con normalidad.

—Como usted desee, señorita —contesté y alcé la copa. Después di un trago y la miré a los ojos, antes de volver a la cocina—. Tan sólo buscaba sorprenderte.

—Lo haces a diario sin esforzarte, aunque no siempre sea para bien —dijo con tono jocoso y se acercó de nuevo a mí—. ¿Cómo ha ido tu día? ¿Has vuelto a lamentarte de lo triste que es la vida en la barra de algún bar?

Guardé silencio unos segundos.

Podía contarle la verdad, aunque también podía no hacerlo.

—He tenido más suerte esta vez... —contesté. La merluza se cocinaba en la plancha—. He comido con Rojo.

Ahora fue ella quien hizo una pausa. Miró a su copa y dio un trago largo. No pareció hacerle demasiada gracia.

—Todavía estás a tiempo de venirte conmigo.

—Tranquila —dije, giré la cintura y puse mis manos sobre las suyas—. Esta vez ha venido más relajado de lo normal.

—Si no hablo por él...

—No tienes por qué preocuparte. Las cosas han cambiado.

Ella rio con sarcasmo.

—¿Desde cuándo? ¿Desde esta mañana?

—Déjame explicártelo... —respondí antes de sacarla de sus casillas. Todo tenía una razón de peso, pero la cocina no era el lugar para abrir un frente en el que llevaba las de perder—, en la mesa.

Terminé de cocinar, serví los platos y nos sentamos a la mesa de cristal del comedor. Las velas estaban encendidas y el ambiente era más cálido de lo que hubiera imaginado.

Soledad estaba hermosa, radiante. Normalmente lo estaba, pero esa noche, ya fuese por el calor de la luz o las ganas que tenía de dormir con ella, brillaba como una estrella.

—Esta merluza está deliciosa, Gabri... ¿Desde cuándo cocinas tan bien?

—Desde cuándo no lo hago, te preguntarás.

—Ahora que conozco tu secreto, te obligaré más a menudo —respondió y nos reímos. Volvimos a brindar—. Y bien, ¿en qué lío te estabas metiendo para que se presentara tu amigo a socorrerte?

—En ninguno, esa es la sorpresa. Digamos que fui yo quién lo buscó, no él a mí.

—Buen intento, pero no cuela.

—Rojo ha decidido... ya sabes... —arranqué. Las palabras salían con dificultad. Hablar del pasado me resultaba incómodo—. Ha decidido dejar sus cuestiones personales a un lado.

—Y tú te las has creído.

—No.

—Pues yo menos.

—Pero estaba distinto, más calmado. Parece que se haya hartado de no encontrar lo que buscaba.

Soledad dio un bocado al pescado. Agachó la vista y volvió a mirarme a los ojos.

—¿Y tú, Gabriel? —Preguntó con la copa en la mano—. ¿Has encontrado lo que buscabas?

Su pregunta me tambaleó.

Me sentí como un boxeador hastiado, aguantando antes de caer derrotado sobre la lona.

Pero qué estúpido era.

Así que agarré mi copa, extendí la mano libre y acaricié sus dedos por el hueco que había junto al plato. Su cuerpo vibró y el mío floreció.

—Lo encontré hace tiempo —contesté tranquilo, con una sonrisa en los labios—. Y lo tengo delante de mis ojos.

Esa noche hicimos el amor como dos universitarios en plena explosión primaveral. Bajo las sábanas y semidesnudo, dormí como un bebé recién nacido, sin pausas, ni despertares fruto de pesadillas o sueños pesados.

A la mañana siguiente, tras una ducha y un café bien fuerte, acerqué a Soledad hasta la estación de trenes en mi coche. En ocasiones, le incomodaba subir en el deportivo por el mero hecho de que todo el mundo nos observaba. Ella era más tímida y menos presuntuosa que yo. Respecto a mí, no tenía problemas en ir en su coche pero, a causa de un despiste mío, lo había dejado aparcado en la casa de la playa.

Cuando llegamos a la estación, las máquinas estaban en marcha a la espera de los pasajeros que hacían cola para embarcar.

Caminamos en silencio hasta una de las colas de personas y noté la tensión de su cuerpo. Nos íbamos a extrañar en exceso. El problema es que ella no tenía idea de cuánto notaría su ausencia. Al llegar al control, dejó su maleta en el escáner y me soltó la mano.

—Supongo que hasta aquí —dijo acariciándome la cara con la palma de la mano. Estaba fría y en sus ojos todavía podía notar el cansancio acumulado—. Pórtate bien, no me hagas sufrir más de la cuenta.

—Nos vamos a ver en unas semanas, no te pongas melodramática, anda...

—Tienes razón —dijo y dibujó una mueca—. Volveré a leer alguno de tus libros, ya que no me vas a llamar.

—Haré un esfuerzo —respondí con dulzura. Odiaba hablar por teléfono, pero ella era mi excepción—. Lo prometo.

—Cuídate, Gabriel —dijo, me abrazó y nos fundimos en un beso eterno del que no me quise desprender. Pero a la vida no le importa lo que ansiemos, pues poco tiene que ver con nuestros deseos.

Soledad cruzó el paso de control y caminó arrastrando su maleta hasta uno de los trenes que iban con destino a Madrid.

Miró atrás, se despidió de nuevo con la mano y desapareció tras la puerta del vagón.

Suspiré profundamente y sentí una ligera caída emocional, como si fuera el pétalo de una flor.

Seis meses por delante, ciento ochenta días de espera hasta que retomase la rutina en pareja. La oportunidad para escribir un nuevo libro, replantear mi existencia y, por qué no, aceptar mi trágico final.

Miré el reloj de la estación, que marcaba las nueve de la mañana, y me dije que era demasiado temprano para cavar mi propia tumba.

El estómago me rugía y qué mejor para calmarlo que un desayuno bien cargado en la cafetería que separaba el interior del aparcamiento privado.

Entré y el olor a café y bollería recién hecha me invitó a quedarme.

Las cafeterías de las estaciones tenían cierto encanto difícil de encontrar en otros lugares. A diferencia de los aeropuertos, el viajero de tren raramente consumía antes de subir. Si lo hacía, era porque llevaba demasiado tiempo entre vagones, hastiado del café aguado y de los menús precocinados. Por tanto, los bares de las estaciones eran su reducto, el lugar en el que leer la prensa antes de encauzar su vida, una vez más, entre raíles. Rostros desangelados, cuadernos de notas, revistas de crucigramas, cervezas en el amanecer. La infinidad del tiempo distorsionaba la realidad y quien sumía su vida entre ferrocarriles llegaba a sentirse en tierra de nadie.

Por desgracia, esa mañana la cafetería estaba vacía. Un empleado recogía con una escoba la suciedad del suelo.

Me acerqué a la barra, observé la vitrina de cristal y esperé a que la camarera me atendiera.

El olor dulzón y viciado llegaba a ser agradable.

Ella se acercó. Tenía el pelo largo y oscuro como el carbón de las vías, recogido en una cola de caballo. Su rostro era redondeado, con ojos saltones y poseía una nariz puntiaguda. Con agradecida amabilidad, para ser tan temprano, me atendió sin reparo. Pedí un café solo y uno de esos cruasanes rellenos de jamón cocido y queso fundido.

Mientras me servían, a mi vera, encima de una mesa vacía y llena de vasos sucios, encontré doblado un periódico. Me levanté de mi sitio, di varios pasos hasta él y lo traje de vuelta.

Después lo abrí.

Me quedé atrapado por un titular.

Uno de los imperios más grandes estaba a punto de caer.

CAPÍTULO TRES

Para muchos de los mortales que vivían centrados en su trabajo, en las vacaciones de verano o en las facturas que llegaban a mediados de mes, imaginar que algunos de sus vecinos podían pertenecer a la nobleza española, era el último de sus pensamientos. Sin embargo, la realidad era otra y en la Comunidad Valenciana vivían más de doscientos cincuenta nobles que, a diario, mantenían en silencio el legado de sus antepasados. A pesar de que muchos vivían cercanos a Valencia, Alicante no se escapaba de su presencia. Desde su existencia, la ciudad portuaria siempre había tenido el encanto para atraer a grandes inversores debido a su condición de capital pequeña, el clima mediterráneo y el puerto marítimo.

La noticia se abría con un fuerte titular, breve, directo y marcado en negrita. Una de las familias más antiguas y ricas de la provincia, encabezada por la condesa de Terranostra y emparentada con el monarca Juan II de Aragón, anunciaba públicamente la venta del Holding Terra, la sociedad de cartera que regentaba la familia desde hacía más de un siglo. Tras el franquismo, una vez recuperados los terrenos bloqueados por la dictadura, la condesa supo rentabilizar sus tierras convirtiéndolas en terreno edificable por toda la costa, a la vez que invertía en el crecimiento de negocios inmobiliarios, en las bodegas de vinos y en los sectores de la hostelería y de la restauración.

El tiempo le dio la razón, los inversores extranjeros pusieron en el ojo en sus negocios y su estrategia elevó hasta diez veces los beneficios del grupo que la familia dirigía.

Pero todo periodo llega a su fin.

La crisis inmobiliaria, unos hijos acostumbrados a una existencia cómoda y sin preocupaciones y la avanzada edad de la condesa sin haber encontrado un sustituto a su altura, provocaron el paso definitivo para abrir una nueva etapa en manos ajenas.

La noticia, que era cualquier cosa menos novedosa, apuntaba a un grupo japonés como posible comprador de la sociedad.

Conocía ese tipo de movimientos.

Una práctica muy común en los gabinetes de prensa de las empresas que, bajo talonario, se anunciaban en los diarios una vez ya estaba el negocio cerrado. Los periodistas sólo tenían que editar y publicar, sin cuestionárselo dos veces, echando a un lado lo que sí importaba para el día siguiente, cuando ya era demasiado tarde.

No me habría sorprendido por lo leído si no hubiese sido por la fotografía que habían publicado para ilustrar la información.

Ocupando más de un tercio de la página, Leonardo de Torrevella, hijo menor de la condesa y portavoz de los negocios familiares, aparecía vestido de traje

azul marino y gafas de sol.

Un hombre con porte, de espaldas anchas, cabello oscuro, facciones alargadas y rostro serio. Un chico guapo y alto que había heredado la belleza aún latente de la madre y la clase nobiliaria de su difunto padre.

Junto a él, una hermosa y delgada mujer de tez blanca, ojos oscuros y cabello castaño, vestía un conjunto de falda y chaqueta de color crema. Era María Luisa de Torrevella, la hermana mediana. Su preocupación por el anuncio era más que notable.

Me fijé en lo que pude ver de ella en la foto, observando cada detalle de su lenguaje corporal y me pregunté cómo no había coincidido con esa mujer anteriormente.

El destino se las arreglaba para cruzar unos caminos y separar otros.

Finalmente, al otro lado de la foto, junto a la madre, sin el porte de Leonardo y con el semblante de alguien que hubiese preferido seguir en la retaguardia, Federico de Torrevella, el mayor de los tres hijos de la condesa, agarraba la mano arrugada de su madre. Tenía los ojos hundidos y una notable calvicie que intentaba ocultar peinándose hacia un lado.

Aunque a simple vista sólo se trataba de una noticia de sociedad con la que llenar las páginas de un formato en decadencia, cualquiera que tuviera un poco de olfato se daría cuenta de que las caras largas no encajaban con el titular.

Me pregunté cuál sería la trampa.

En otras circunstancias, no me hubiese alarmado que, una vez enterrada la condesa de Terranostra, los vástagos hubiesen hecho trizas el patrimonio familiar. Pero no era tal el caso.

Con la madre aún en pie y dando una imagen de unidad, el comunicado apestaba a podrido de lejos.

La camarera me sirvió el cruasán recalentado en un plato y una taza de café blanca con mi expreso de máquina. Sorbí para notar la temperatura en mis labios y di un bocado al emparedado.

Terminé de leer el resto de la noticia y pasé las demás páginas sin encontrar nada de interés.

El titular chirriaba demasiado. Era demasiado evidente para que quedara en algo anecdótico.

Tan pronto como empecé a fantasear con aventuras e investigaciones clandestinas para acercarme a la familia y conocer sus motivos, olí el perfume de Soledad, todavía impregnado en mi camisa, acompañado de sus palabras. Después llegaron las de Rojo y finalmente doblé la gaceta y la dejé sobre la barra.

Era mejor quedarse quieto en lugar de meterse donde a uno no le llamaban.

De pronto, sonó la voz por megafonía anunciando la llegada del tren de alta velocidad procedente de Madrid.

Concluí mi desayuno con gusto y pagué para salir de allí antes de enfrentarme a un nuevo día. Al cruzar la puerta del bar que me devolvía al interior de la estación, vi la silueta de alguien que me resultaba más que familiar.

No podía ser cierto, era ella de nuevo, después de tanto tiempo.

Lara Membrillos, la estrella del informativo del mediodía, la voz que susurraba a los españoles a la hora de la comida, la antigua compañera de Facultad de Periodismo para la que había sido invisible hasta que el éxito tocó a mi puerta.

Pese al paso del tiempo, había sabido sacar punta a una belleza natural, imponente y despampanante. No todos podíamos decir lo mismo. Su rostro se había ganado la gloria tras participar en uno de esos programas televisivos donde los famosos bailaban con desconocidos.

Más tarde, aparecería en las contraportadas de las revistas femeninas anunciando cremas para la piel.

Su carrera iba más allá de la pantalla, igual que su ambición.

Sin embargo, Lara y yo no nos habíamos vuelto a dirigir la palabra desde nuestro último encuentro en Elche, el mismo verano en el que conocí a Soledad. Por entonces, yo era otro, más truhán y menos señor. Por entonces, Lara miraba, como solía hacer, por su propio interés y yo, en el ojo del huracán, no estaba a dispuesto a contarle todo lo que había averiguado sobre el asesino en serie que tenía acongojada a toda una ciudad.

Después de aquello, ella no supo más de mí, aunque yo sí de ella. Tal vez mi renovada imagen, con el paso de los años, despertó un interés en la presentadora que hasta entonces había obviado. Ella podía tener al hombre que quisiera bailándole el agua, pero se había encaprichado conmigo. No lo entendía.

Lara Membrillos me escribió algunos mensajes de texto que jamás tuvieron respuesta. Yo estaba conociendo a Soledad y, la entonces teniente, se había ganado de sobra mi corazón.

Por esa razón, allí a escasos metros de ella, me avergoncé de no haber respondido a Membrillos como debí en su momento, haciendo justicia a mi apellido.

Cuando intenté escabullirme, ella estaba en mi camino.

—¿Gabriel? —Preguntó agachando la montura de las gafas de sol. Llevaba una camisa de color azul cielo remangada y por la que dejaba ver un colgante dorado y la línea de sus pechos. La tela de los vaqueros blancos se ceñía a sus muslos. Lara jugaba al despiste con cada movimiento, llamando la atención de las miradas con la inocencia de quien vive en una burbuja. Ella sí era una estrella

mediática con luz propia—. ¿Eres tú, Gabriel?

Me ruboricé por un segundo. Ese maldito calor interior, otra vez.

—Lara, qué sorpresa...

Sin esperarlo, se abalanzó sobre mí para darme un cálido abrazo.

Lara olía a perfume caro, fresco aunque empalagoso. Era una de esas personas que disfrutaba dejando su marca.

Se acercó a mi rostro y me besó los carrillos. Sentí una ligera presión de su pecho sobre el mío.

Lara Membrillos, la mujer imparable.

—¡Mi escritor favorito! —Exclamó. Algunas personas se fijaron en ella—. ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo... —contesté apretando la mandíbula para forzar un hoyuelo en mi mejilla derecha—. ¿Echas de menos el arroz de mamá?

Ella soltó una carcajada y me tocó el brazo. Me fijé en la alianza de compromiso que llevaba en el dedo.

—Siempre tan chistoso... —respondió al recomponerse—. No, esta vez no creo que tenga tiempo de ir a Elche. He venido por asuntos de negocios, ya sabes...

—Cosas de celebridades, imagino.

—Más o menos —dijo y volvió a sonreír. Le iba bien y era feliz. Había llegado a su cúspide, contentándose con ella, a diferencia de mí—. ¿En qué estás ahora?

No me apetecía iniciar una conversación sobre la crisis existencial por la que estaba pasando. Ni ella tenía por qué soportarla.

Cavilé con rapidez y elaboré una artimaña para salir de allí airoso.

—En lo de siempre —dije confiado—. Que nunca falten las historias...

—Ni la imaginación —terminó la frase, citando a Antonio Hidalgo, amigo y profesor al que había perdido años atrás. Lara soltó una risa ligera cargada de la nostalgia de aquellos tiempos. El pasado y la memoria nunca eran una buena combinación—. Parece que fuera ayer.

Nos miramos a los ojos con complicidad sin entender sus intenciones.

—Sí... ¿Qué haces esta tarde, Lara?

Mi pregunta la dejó sin habla.

—No lo sé... No tengo planes después de las seis —explicó confundida—. ¿Me estás proponiendo una cita, Gabriel?

Entonces fui yo quien rio.

—Dejémoslo en un encuentro amigable entre dos personas que hace tiempo que no se ven —contesté sorteando su indirecta—. Vayamos a cenar, a tomar algo. Será divertido recordar batallas del ayer.

Lara parecía sorprendida.

Al contrario de lo que podía creer, mis intenciones no iban más allá del entretenimiento y la compañía. Tenía curiosidad por escuchar su historia, nada más.

—Está bien —respondió—. Me hospedo en el Amérigo.

—Cinco estrellas. No esperaba menos de ti...

—Si vas a trabajar, al menos, duerme bien —contestó—. Te espero a las siete en la puerta.

—Entendido.

—Por cierto, ¿tienes mi número?

Se formó una pausa incómoda.

—Sí.

Ella suspiró como si hubiese recordado un trágico episodio.

—Claro que lo tienes... —dijo recompuesta—. A las ocho. Sé puntual. Detesto a los tardones.

Lara Membrillos se marchó y abandonó la estación junto al montón de personas que había llegado con ella en el mismo tren.

Me quedé pasmado, con la mente en blanco y una cara de idiota que prefería no ver en el reflejo de ninguna ventana.

No sabía lo que estaba haciendo.

Aunque mis intenciones eran buenas, sabía que siempre lo complicaba todo. Y ya no por mí, sino por ella.

Tal vez me sintiera mal por mis acciones del pasado.

La culpa es la peor de las cargas y siempre buscamos el modo más rápido de librarnos de ellas.

Fuera como fuere, me prometí que sería divertido.

Soledad ya había llegado a Ávila cuando me abrochaba los botones de la camisa blanca con la que acudiría a mi encuentro.

El viaje había ido bien, sin sorpresas y a partir de esa tarde, tendría que adaptarse durante seis meses a un entorno nuevo.

Charlamos lo justo y evité contarle sobre mi encuentro fortuito con Membrillos. Pensé que era innecesario. Aunque confiábamos el uno en el otro, las distancias nunca eran buenas consejeras.

Salí a la calle y me subí al coche. Estaba sucio, pero no importaba. Lara no lo vería. Una noche con ella incluiría alguna que otra copa, así que lo último que deseaba era un control policial que me retirara el carné de conducir.

Una vez hube aparcado en el centro de la ciudad, me dejé caer hacia la costa sumergiéndome en la multitud que pululaba por las tiendas, los bares, las terrazas y disfrutaba de un verano caluroso e idílico. El sol se ponía y los peatones eran una amalgama de gente arreglada antes de una cita formal, aquellos que llevaban el chándal como seña de identidad y los que regresaban de la playa en chanclas y toallas encima del hombro. La temporada estival parecía que careciese de normas.

Bajé por la rambla y llegué hasta la esquina que me llevaba a la plaza mayor. Allí, iluminada por focos y protegida por una bonita cristalera, Lara Membrillos esperaba en el interior del hotel vestida con un vestido negro. Por supuesto, era una mujer confiada que conocía la posición que representaba. Cada detalle estaba calculado.

Miré el reloj, todavía tenía cinco minutos, pero al saber que estaba allí, caminé hasta la puerta, donde un miembro de seguridad vigilaba a los huéspedes.

—¡Vaya! ¡Sí que cambia la gente con el tiempo! —Exclamó al verme. El vigilante me echó una mirada odiosa, como si no estuviera a la altura de la cita. Todos sabían quién era ella, pero nadie conocía quién era yo.

—La primera impresión es la que cuenta —contesté. Lara salió a la calle y miró alrededor—. ¿Y tu coche?

No existía nada peor que ser una emperatriz de barrio.

—Seguro que en tu hotel te consiguen un taxi.

Asintió a regañadientes y entró de nuevo hasta la recepción.

Minutos más tarde, un coche blanco nos recogía en la puerta del hotel.

Cruzamos el corazón de la ciudad callejeando por el casco histórico y el chófer nos dejó frente a una de las calles que lindaba con Castaños.

La noche entraba con esplendor y el auge de la juventud con ganas de comerse la madrugada podía olerse en el ambiente.

Membrillos desconocía a dónde la llevaba, pero estaba seguro de que mi elección le sorprendería.

Aposté por el Bistrot, un local exclusivo de estética parisina que ocupaba los bajos del Teatro Principal de Alicante. La terraza, decorada por palmeras, mesas altas, taburetes de madera y grandes sombrillas de tela blanca sobre una superficie de tablas, brillaba con esplendor frente a la fachada del histórico edificio. Allí no había un alfiler. Hombres con americana y acicalados, mujeres elegantes cargadas de bisutería. El Bistrot era conocido por su alta exquisitez culinaria y una selecta carta de vinos. Un mundo al que no pertenecía, pero en el que me había acostumbrado a estar.

En una situación normal, hubiese optado por un lugar más clásico, más castizo, pero Lara Membrillos era una de esas celebridades que buscaba la excentricidad por encima del disfrute, así que imaginé que allí, rodeada de caras conocidas del panorama alicantino, se sentiría como pez en el agua.

Un joven empleado nos llevó hasta una de las mesas.

Para mi suerte, había reservado previamente a nombre de la presentadora. Nunca fallaba. De haber sido el mío, tal vez estuviéramos cenando en otro lugar. Y es que una cara conocida siempre tenía más peso que una firma, por muchos ejemplares que ésta vendiera. Los escritores, como otros muchos artistas que plasmaban sus trabajos pero se hacían ver poco, nunca llamaban la atención, ni siquiera a la hora de pagar.

—Me encanta este sitio, ¿es nuevo? —Preguntó Membrillos anonadada por el paisaje que la rodeaba. Ella, tan acostumbrada al elitismo de Madrid, ponía el listón bien alto. Y no me importaba. Sólo quería hacerla sentir cómoda, compensarla por esos mensajes perdidos en la memoria de mi teléfono—. Me has vuelto a sorprender. Viniendo de ti, pensé que me llevarías a un lugar...

—Los prejuicios te pueden, Lara —dije y reímos. Detrás de cada chiste siempre hay una verdad, y mi comentario no había sido una broma.

Dimos un vistazo a la carta, pedimos quesos curados, croquetas de leche de oveja Latxa, boletus guisados, quisquilla con tartar en sopa de cerezas y un crianza de Pago de Carraovejas de 2009 con el que, tras ver el precio, supe que habría saldado mi cuenta.

Hablamos de informalidades bajo una noche tranquila con un cielo azul estrellado, la luz de las farolas y el airecillo mediterráneo.

Cuando el metre llegó con la botella para su degustación, señalé a Lara para que hiciera los honores. Ella miró cómo el caldo rociaba la copa y esperó a que el empleado terminara. Después, movió la copa como una experta en materia y dio un ligero trago. Puso la mirada al cielo dispuesta a evaluar la calidad del vino y con sólo una mirada supe que no tenía la más remota idea de lo que se estaba bebiendo.

—Está bueno —contestó asintiendo y dejó la copa sobre la mesa.

Sinceramente, esperé algo más.

El metre sirvió a los dos y brindamos.

—Me alegro que te guste.

—Eres una caja de sorpresas, Gabriel.

—Más bien, diría que soy una caja de truenos —contesté. El comentario le sacó una sonrisa. No existía tensión alguna entre nosotros, ni siquiera sexual. Eso me alivió. Por fin, podía disfrutar de la compañía de una mujer atractiva sin que los demonios empezaran a cantarme al oído. Entendí que eso era lo que significaba estar enamorado de otra persona—. Ahora, cuéntame... ¿Quién es el agraciado?

Los ojos de Lana se abrieron y desvió los ojos a su sortija. Tuve la impresión de que se había ruborizado.

—Pues no te lo vas a creer... —dijo ella tomando aire para crear intriga—. Supongo que me habrás visto en este programa de baile, ¿verdad?

—No soy de ver la tele, pero algo he oído.

—Bueno, no importa —respondió ignorando mi comentario—. Resulta que, durante los ensayos, conocí a uno de los productores del programa, que a su vez es uno de los accionistas de Canal 5...

—Y te enamoraste de él...

—No, no en el primer encuentro —explicó—. Así, de primeras, no me impresionó. Ya sabes, los estudios están llenos de chicos guapos que entran y salen, de aquí para allá. Te haces una idea, ¿verdad? Todo el mundo quiere salir en la tele, es otra realidad...

—Me lo imagino —dije y di un trago al vino. Estaba realmente bueno. Me pregunté cuánto duraría el soporífero relato.

—El caso es que, un día, este hombre, Alfredo, apareció mientras practicábamos una de las coreografías —prosiguió con entusiasmo—. Y yo con ropa de gimnasio, sudada, te lo puedes imaginar... Comenzó con palabras bonitas sobre mi trabajo, mi carrera y que quería llevarme a los informativos de su cadena, que es la competencia.

—Hasta ahí, llego, Lara...

—Pero, claro... no podía ser —argumentó—. Así que me invitó a cenar, sin pretensiones, para profundizar un poco más. Él quería conocer más sobre mí, de mi origen. Decía ser un enamorado de Elche y ya sabes que a mí con eso me gana cualquiera...

—Claro...

—Un auténtico galán, Gabriel, como los que no quedan hoy —remarcó. La pobre había tenido malas experiencias sentimentales—. No intentó nada, ni siquiera un acercamiento. Me llevó a casa en su propio coche y me dejó allí,

todo muy informal, muy llano. Reconozco que su apariencia no me cautivó desde el principio, pues he estado con hombres más atractivos, pero supe ver que estaba ante un auténtico seductor. Aquello me hizo pensar y nuestros encuentros empezaron a ser más frecuentes.

—Qué cosas tiene la vida, ¿eh? —Pregunté mientras disfrutaba de la película que se había montado en la cabeza. A ella siempre le había gustado ser la reina del baile—. ¿Quién dio el primer paso?

—Él, bueno... los dos —reuló—. ¿Qué importa eso? Yo no me iba a declarar. Sabía que estaba divorciado, que había tenido otras relaciones. No me podía enfrentar al rechazo. No, mientras siguiera en ese programa...

—Pero vuestros sentimientos se correspondían.

—Así es.

—Bonita historia —dije y alcé la copa—. Por ti y por Alfredo. Me alegro de veras.

Lara sonrió y nuestras miradas se tocaron como un chispazo. Tal vez estuviera feliz, tal vez no, pero había logrado lo que siempre había deseado y eso era digno de admirar. No siempre se llega a la meta. A veces, una vida no es suficiente.

Me alegré por ella y le deseé lo mejor en silencio.

Los platos empezaron a llegar a la mesa. Degustamos y disfrutamos como niños ante los manjares que nos habían traído. Era reactivo a ese tipo de lugares de moda, pero debo reconocer que no me arrepentí de mi elección.

—Cuéntame sobre ti —dijo limpiándose los labios con una servilleta de tela—. ¿Sigues con esa chica? ¿La policía?

Membrillos había hecho sus deberes.

—Así es —dije y serví más vino en las copas. El tinto empezaba a relajar mis órganos y eso era una buena señal—. El orden ha venido bien a mi vida.

—Nunca mejor dicho.

Volvimos a reír. Era lo más ingenioso que había dicho en la noche.

—¿Sabes, Gabriel? —Arrancó lanzando al aire un interrogante que me hizo temblar—. Siempre serás una espinita clavada.

Levantó la copa a la altura de su rostro para ocultarse como la niña pequeña que habitaba en su interior.

—Me alegra saber que me llevarás allá donde vayas —dije sorteando la trampa que me había puesto y desvié la conversación—. ¿Cuáles son tus planes en la ciudad?

—Estaré aquí dos días más, hasta el sábado. Después regresaré a Madrid y en una semana me iré a Venecia con Alfredo unos días.

—Un clásico.

—En toda regla. Y me gusta.

Brindamos de nuevo.

Pese a que Membrillos fuera una depredadora social, resultaba divertida y me caía mejor de lo que recordaba. Como el vino, las personas también envejecen, no sólo por fuera. Algunas con más gracia y otras incapaces de soportar.

Tras los postres, pedí la cuenta y me digné a no mirar el interior. Lara me lo agradeció. Dispuestos a abandonar el lugar tras una magnífica velada, miré a la presentadora. Tenía la atención puesta en algo que ocurría a mis espaldas, por lo que no podía entender qué pasaba.

—¿Sucede algo, Lara?

Ella frunció el ceño y apretó los labios poniendo cara de intriga.

—Hay una chica ahí... —dijo señalando con el índice—. Su cara me resulta de lo más familiar, aunque no sabría decirte el porqué.

—Qué demonios... —respondí. Intrigado me giré, pero sólo vi un montón de comensales disfrutando de la noche—. ¿Quién?

Y entonces la vi.

No tardé ni dos segundos en reconocerla, por muy cambiada que estuviera.

Tenía el cabello más largo y lucía mechas californianas que le sentaban fenomenal. Iba acompañada de un hombre rubio de piel bronceada, hortera sin complejos, con una americana veraniega y una camisa de lino debajo por el que mostraba su pectoral trabajado en el gimnasio. Poseía un mentón prominente y la mirada verde esmeralda.

Estaba ante una transformación radical.

Ella había dejado atrás las camisetas de grupos de rock y los pantalones desgastados y ahora vestía de noche, con un conjunto negro con transparencias. Una vez pasada la insensatez de la primera mitad de la veintena, los años la habían devuelto al grupo social del que procedía. En las manos, un monedero rectangular del mismo color.

Me quedé sin saliva. Los astros se habían alineado en mi contra llevándose a Soledad y dejándome en medio del abismo. Si encontrarme con Lara Membrillos había sido una sorpresa, esto ponía la guinda al pastel.

—¿Gabriel? —Preguntó la chica.

Esa voz, ese tono, ese perfume.

—¿Blanca?

Sí, era ella. Blanca Desastres, después de tanto tiempo. Mi exnovia, mi segundo amor verdadero, mi punto de inflexión. La chica por la que estuve a punto de dejarlo todo.

CAPÍTULO CUATRO

Durante unos instantes, no supe qué responder. Me había quedado sin palabras, algo poco frecuente en mí. Blanca Desastres estaba allí, delante, y lo más inteligente que hice fue quedarme en silencio.

Fue una casualidad que los dos nos encontráramos en el mismo lugar. Era verano, muchos madrileños viajaban hasta la costa para pasar sus vacaciones y aquel restaurante era uno de los sitios de moda de la ciudad. Puede que aquel hubiese sido mi error. Me costó mucho superarlo, pero nuestra relación no podía funcionar. Si Lara Membrillos era la antítesis de lo que buscaba en una mujer, Blanca Desastres era la periodista idílica con la que siempre había imaginado tener un romance.

Y así sucedió, pero todo se fue al garete en cuanto el sueño terminó y la vida real nos puso a cada uno en nuestro sitio. Los líos, las aventuras peligrosas y correr tras la noticia era un chute de adrenalina, pero ella buscaba estabilidad, formar una familia y comprar una casa.

Más temprano que tarde, se acabó hartando de mis llegadas a deshoras, de las juergas nocturnas que concluían con el amanecer, de los conciertos de jazz, de mis dramas de escritor contra la sociedad y de la precariedad salarial que sufría por entonces.

Siempre pensé que, si hubiese esperado un poco más, quizá habríamos aguantado. Pero el azar no lo quiso y convencerse de ello era una simple bobada.

Blanca era de una familia acomodada del centro de Madrid y la presión le pudo. Así que entendí que decidiera pasar página, dejar de lado a los correccaminos y buscavidas como yo para sembrarse un futuro fructífero dentro de la profesión. Y, de paso, encontrar a un hombre con la cabeza en su sitio. Después de nuestra ruptura en la capital, no volví a verla jamás, ni supimos el uno del otro, hasta ese momento.

—Qué sorpresa verte por aquí —dijo ella con desconfianza—. No te hacía yo por estos sitios...

—Sin embargo, yo a ti sí —contesté—. Vaya, me ha costado reconocerte. El cambio te sienta de maravilla.

—Gracias —dijo y sonrió por educación. Podía sentir el resentimiento en su voz—. Tú, en cambio, estás igual.

—Si funciona, para qué cambiarlo, ¿no crees?

—Ya, ya veo... —respondió y miró con recelo a mi acompañante—. Siempre bien acompañado. Hola, mi nombre es Blanca.

Lara sacó pecho y extendió la mano. Puede que Blanca desprendiera clase al caminar, un porte que no se conseguía con dinero, pero Lara no tenía miedo a nadie. Era el rostro de España.

—Encantada, soy Lara —dijo y estrechó la mano—. Vosotros habéis tenido algo, ¿verdad?

Primer rechazo de Lara directo al estómago de Blanca. Estaba jugando al ataque, sembrando celos en el compañero de mi expareja, convirtiéndome en el tema de su conversación por el resto de la noche.

—Verdad —dijo Blanca con brevedad—. Buen olfato, ni que fueras periodista.

Ambas rieron con extrema falsedad. La situación era tensa, picante y yo no podía más que aguantarme las ganas de salir corriendo de allí.

—¿Qué te trae de vuelta por la ciudad, Blanca? —Pregunté quitándole hierro a la conversación.

—Oh, perdona. Él es Pedro —dijo presentando al chico—. Estamos de vacaciones una semana. Después regresaremos a Formentera. Mejor ahora que en agosto. Esto se pone insoportable.

—Siempre fuiste de islas.

—Es que tiene el amarre allí —explicó Blanca.

—Hemos venido en mi yate —añadió él.

La conversación se ponía cuesta arriba.

—Vaya, debes ganar mucho para ser... ¿Modelo? —Pregunté con gracia, pero no pareció agradaarle.

—Empresario —respondió sin mostrar ápice de empatía—. En mi familia, los Lacruz, tenemos un negocio de exportación de acero.

—Interesante —dije—. Llámame cuando necesitéis una biografía.

Blanca se giró hacia su acompañante y lo agarró del brazo.

—Me alegro de verte, Gabriel —comentó antes de marcharse—. Ha sido una sorpresa encontrarte... aquí. Que te vaya todo muy bien.

—Lo mismo digo, Blanca. Hasta la próxima.

Blanca Desastres y Pedro se fueron hacia el interior del restaurante. El regusto del café se había transformado en una sensación amarga y densa. Ver a Blanca no fue una grata sorpresa.

—¿Hasta la próxima? —Preguntó Lara siguiéndolos con la mirada—. ¿De verdad quieres volver a ver a esa insolente malcriada?

Giré el rostro, apoyé el codo en la mesa y acaricié a Lara por la barbilla.

—¿Sabes, Lara Membrillos? Eso no lo decido yo... Quiera o no, siempre hay una próxima vez.

Pese al sabor agridulce que me había dejado la cena, la velada terminó sin sobresaltos. Ver a Blanca, después de todo, me había revuelto las tripas. Los amores no se olvidan con la facilidad que solemos creer. Hay personas que son reemplazables para el corazón, pero no para la memoria.

Paseamos bajo la algarabía de la noche y el tráfico de los coches que cruzaban las arterias del centro de la ciudad. Recordamos momentos del pasado y, por un momento, me sentí como Bogart en una película de los años cuarenta.

Finalmente, acompañé a Lara hasta su hotel. Tenía mis dudas de aquello, pero no cabía otra opción. Uno debe cumplir con el código al que es fiel y el mío era éste, por mucho que cambiara la sociedad, por mucho que ésta quisiera hacerme creer que pertenecía a otros tiempos.

En la puerta, Lara Membrillos se quedó quieta, silenciosa y leí en sus movimientos que estaba a punto de ofrecerme una última copa. Una señal de agradecimiento, quizá. Tal vez, algo más. No lo supe, porque no iba a ser yo quien diera ese paso.

—Ha sido una noche redonda, Gabriel —dijo sujetando el monedero de Louis Vuitton con las dos manos. En otra ocasión, me habría lanzado. Pero, por una vez, tenía las ideas claras y el resto no era más que producto de la ciencia ficción—. Hacía tiempo que no me divertía tanto. No esperaba que fuera así.

—No todos los escritores somos tipos aburridos —contesté. Ella sonrió. Bajó la guardia y entendió que habíamos llegado al final—. Eres una mujer estupenda. No permitas que te engañen con cuentos de sirena.

Ella abrió los ojos sorprendida. Esperaba otra respuesta.

—Tendré en cuenta tu consejo —dijo y miró hacia el interior del hotel, ahora vacío y tranquilo—. Es tarde, mañana tengo un largo día por delante... Llámame si necesitas algo, o si quieres tomar un café.

—Será un placer.

Dio un paso al frente y se acercó a mí.

El corazón se me aceleró.

Lara me dio un beso en la mejilla y se quedó frente a mis ojos, a escasos centímetros de mi rostro. Una mirada penetrante a la que un hombre difícilmente se resistía. Se separó y esbozó una mueca.

—Buenas noches, señor Caballero.

Fue una noche calurosa, en la que me costó conciliar el sueño por diferentes razones. Tenía la plenitud de haber hecho lo que sentía y eso me alivió el dolor de tripas que Blanca Desastres había dejado en mí.

En efecto, como Rojo había dicho, algunos cambian y yo era uno de ellos.

Dormir a solas se convirtió en un ejercicio de alta dificultad. La cama parecía el doble de grande sin Soledad y no hice más que dar vueltas buscando una posición que no encontraba.

A la mañana siguiente, los rayos de sol primerizos de la mañana me abrieron los ojos. Sería otra jornada calurosa y ese apartamento, de la noche al día, se había convertido en una prisión mental.

Me di una ducha bien fría, preparé café y decidí que volvería a la casa de la playa hasta que Soledad regresara. Allí estaría más tranquilo, sin la tentación de volcarme en las barras de los restaurantes y cometer algún acto pecaminoso. Era mi cautiverio personal y me venía bien pasar unas semanas alejado de la actividad social. Así pondría en orden mis ideas, escribiría la columna para el diario y empezaría ese libro que tanto se me estaba atragantando.

Bajé a la calle hasta la cafetería de la esquina para desayunar. Los bares de barrio siempre ayudaban con las crisis personales. No había más que echar un vistazo y escuchar las opiniones innecesarias de otros para darme cuenta de que no estaba tan mal. Supongo que era un acto reflejo y que todos los clientes pensábamos lo mismo del resto.

Olía a pan tostado, zumo de naranja natural y bollería industrial.

Me senté en la barra metálica y pedí lo de siempre: un café expreso y media tostada de pan con tomate rallado y unas lonchas de jamón serrano. Alguien echaba dinero a la máquina tragaperras del fondo. Esa sí que era una forma de acercarse a la fortuna.

Me deslicé unos centímetros y alargué el brazo para leer las noticias del día. Hacía tiempo que había dejado de leer la prensa que no fuera de papel. La red se llenaba de información que no llegaba a recordar horas más tarde.

Para mi asombro, al pasar las primeras páginas, volví a encontrarme con una noticia que captó todo mi interés. Empero, esta vez no fue curiosidad lo que experimenté, sino pánico.

Alguien había provocado un incendio y las llamas estaban a punto de quemarme.

CAPÍTULO CINCO

La fotografía que ocupaba el centro de la página mostraba, de nuevo, a la condesa de Terranostra agarrada del brazo de su hija, María Luisa de Torrevella. Era una imagen de archivo sacada de una de gala benéfica en la que María Luisa parecía más joven y la condesa respiraba vitalidad.

Sobre la foto, y con un montaje elaborado a última hora, habían estampado un sello rojo, como en las películas de espías, con la palabra EXCLUSIVA en rojo. A su lado, unos documentos escritos a máquina con aspecto de telegrama. La noticia decía así:

La familia de Torrevella al borde del colapso

Una fuente anónima revela las causas por las que la condesa de Terranostra ha puesto en venta su mayor fortuna.

La pasada noche del jueves, la redacción del Diario Alicantino recibió un informe anónimo en el que se explican las razones por la que la Beatriz Luceros de Finestrat, condesa de Terranostra, anunciaba la venta del grupo empresarial familiar.

Lejos de las declaraciones de su hijo, Leonardo de Torrevella, director del conglomerado de empresas familiar, la urgencia por deshacerse de más de la mitad del accionariado se debe al desastre financiero que arrastra el grupo Holding Terra desde más de diez años.

Más de quinientos despidos en el último trimestre. Tres empresas liquidadas en los últimos años. A pesar de las apariencias, la sucesiva mala gestión de las cuentas y diversas inversiones desafortunadas en el

sector inmobiliario han puesto a los nobles en la quiebra. Por otro lado, la redacción Diario Alicantino posee en exclusiva un sumario de los movimientos que cuestionan la dudosa rentabilidad que ha mantenido a flote las empresas.

Hasta el momento, como responsables de la verdad y del oficio, antes de verter calumnias a los afectados y ser víctimas de un engaño en los tiempos que corren, fiel a nuestra ética, la dirección del diario se guardará el derecho a publicar el resto de datos hasta que corrobore la validez de estos.

Aunque la fuente se presenta de carácter anónimo, diversos periodistas experimentados de la provincia barajan algunos nombres como posibles autores de este arriesgado comunicado. Debido a la sintaxis y al estilo en el que están redactados los expedientes, todo apunta a un afamado escritor alicantino de novela, anteriormente también periodista y colaborador de los diarios comarcales.

Las manos me temblaban. Escuchaba los latidos de mi corazón como el tictac de una bomba a punto de explotar. No es que me considerara el ombligo del mundo. Era obvio que la redacción de ese diario se refería a mí. Al menos, cabía esa posibilidad dentro de mi cabeza.

Pensar en lo que podría venir después me paralizó.

Cuando fui a dar un sorbo al café, se había enfriado. Desde que Soledad se había marchado, parecía haberse creado un caos confuso a mi alrededor.

Tenía que ser una broma de mal gusto, una estratagema de algún antiguo empleado despedido o de alguien que tenía ganas de hundir a la familia. Seguro que existía una explicación, y me habían elegido a mí como cabeza de turco. Di dos bocados a la tostada para no irme con el cuerpo el ayunas, pagué y salí de allí.

Pensé con claridad, rápido y concreto. Mi letargo de playa y escritura tendría que esperar unas horas.

Sólo había un grupo de personas que me podía ayudar a encontrar luz en todo ese asunto. Lamentablemente, mi visita no les pondría de buen humor.

A veces, no se tiene alternativa.

Toda la vida se había dicho que las noticias corrían como la pólvora por su facilidad para propagarse. Sin embargo, prefería pensar que, a diferencia del polvo combustible, la información era más parecida a un virus letal. Una bacteria que pasaba de boca en boca, mutando, convirtiéndose en otra cosa hasta que arrasaba con todo.

Además de contar algo que pudiera ser cierto, las noticias se fabricaban para que la gente tuviera algo de que hablar durante las horas que pasaba despierto. Nadie deseaba vivir entre silencios incómodos.

Me subí al deportivo y pisé el acelerador concentrado en una sola dirección.

Regresé al centro de la ciudad, crucé el barrio de Vistahermosa, dejé a un lado el estadio del Hércules y aparecí en la avenida Doctor Rico. Allí, a lo lejos, estaba el templo que me ayudaría a aclarar el embrollo en el que me querían meter.

La redacción del Diario Información se encontraba junto a un solitario McDonald's. El edificio era grande, amplio y mantenía un aspecto decente a pesar de los años. En la puerta había el tránsito típico de una factoría de noticias: becarios, taxis que recogían a reporteros, cámaras, algún que otro agente de seguridad y, sobre todo, fumadores.

Atrás quedaban los días en los que yo me unía a la cortina de humo. La vida en esas cuatro paredes era lo más parecido a un programa de telerrealidad. Sabías cuando entrabas, pero nunca cuándo salías.

Detuve el coche en el aparcamiento contiguo a la redacción y mi presencia despertó las primeras miradas. Algunas de admiración, otras de odio, la mayoría de resentimiento.

El Información era el diario más fuerte de la región y en el que todos confiaban, o así lo había sido durante mucho tiempo. No obstante, en una época de titulares rápidos, clics virtuales y noticias falsas, habían perdido tracción.

Tras la desaparición de otras gacetas, el Diario Alicantino se convirtió en el panfleto sensacionalista que cubría lo que el Información dejaba a un lado. La competencia más directa. Una plantilla estelar, cientos de miles de euros de financiación y un accionariado concentrado en llenarse los bolsillos a costa de los trapos sucios ajenos.

No obstante, que estos fueran ahora los buenos de la historia, no significaba que fueran mejores que sus competidores.

Mi paso por allí había sido temporal. Siempre había trabajado para la competencia, ahora extinta, hasta que comencé a colaborar con algunos reportajes. Nuestra relación terminó tras varios percances profesionales. Contar en mis libros lo que pensaba desde las entrañas, fue uno de ellos.

Así que me había ganado un séquito de adversarios innecesarios que no

dudarían en venderse al mejor postor con tal de tirarme del trono. Pero no me importaba. Ningún rey gobierna sin enemigos.

Mi esperanza estaba allí, en un entendimiento, en encontrar el lado más humano de quienes dirigían todo aquello. Por supuesto, a cambio de algo. Siempre había un precio que pagar a la hora de hacer favores.

Bajé del auto y caminé hacia el interior. A mi paso, notaba los ojos de las personas con las que me cruzaba, atravesados en mi nuca como clavos de acero.

Cuando crucé la entrada principal, un puñado de recuerdos me erizaron el vello. El olor a papel, a café de máquina, a equipos informáticos. El eco de mis pasos era perturbador. Una secretaria me recibió en el mostrador.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —Preguntó. Su rostro era desconocido para mí.

—Me gustaría hablar con Leandro Agulló, el director —dije. La mujer me miró con desaire—. Si puede ser, claro.

En un acto reflejo, dirigió su mano hacia el teléfono de la mesa. Después, rectificó.

—El señor Agulló está ocupado, pero si me da su nombre...

Puse los brazos sobre el recibidor y me acerqué unos centímetros.

—Dígale que está aquí Gabriel Caballero.

Su cuerpo tomó una posición defensiva, aunque no parecía saber con quién trataba y eso la confundió.

—El señor Agulló no recibe visitas fuera de agenda —explicó—. Le puedo dejar una nota y se pondrá en contacto con usted en cuanto lo considere.

—Es una urgencia, señorita —insistí—. No cometa el error de quedarse sin empleo.

Fui demasiado duro, lo reconozco. Pero surtió efecto.

Me aproveché de su falta de conocimiento para empujar todavía con más fuerza. La mujer reflexionó unos segundos mientras yo seguía allí plantado. Después descolgó el teléfono y marcó un número.

—Buenos días, señor Agulló... —dijo y se escuchó una voz inteligible por el auricular—. Sí, lo sé, pero hay aquí un señor que insiste en hablar con usted... Gabriel Caballero dice llamarse... Está bien, sin problema. Así haré.

Colgó y me miró con desaprobación. Luego sacó una tarjeta con banda magnética para invitados y me la entregó.

—El señor Agulló le espera en su oficina —dijo a regañadientes—. Está en el...

—Conozco el lugar —interrumpí y sonreí para calmar la situación, pero no pareció relajarse—. Gracias por su atención.

Me dirigí hasta la entrada y crucé ante la vigilancia del personal de seguridad.

Las cosas habían cambiado. En otros tiempos, no había más que un bedel encargado de quitarle el polvo al mobiliario.

Caminé por los pasillos hasta las escaleras y evité asomarme a la redacción principal en la que los periodistas tecleaban a toda velocidad. De pronto, antes de tomar los peldaños que me llevaban a la primera planta, noté que alguien me seguía.

—¿Caballero? —Preguntó una voz ronca y cansada.

Cuando me di la vuelta, allí estaba él.

Cargado con una cámara de fotos y una mochila al hombro, Pomares, el fotógrafo por antonomasia de la provincia, me observaba en la distancia. Su reacción fue una amalgama de emociones. Pomares y yo habíamos sido compañeros en el pasado, hasta que nuestra relación llegó a su fin a causa de mi impertinencia. Me había aprovechado de su ingenuidad y eso tenía sus costes.

En aquella profesión, quien creía ser amigo de todos sin separar entre lo personal y lo profesional, terminaba convirtiéndose en el charco de lágrimas que nadie quería soportar, viendo cómo el resto ascendía mientras nada ocurría a su alrededor.

No existe nada peor como dar lástima.

Pomares era el ejemplo más claro del fracaso.

Su aspecto seguía siendo el de un ser que se abandona con el paso de los días. Desordenado, con una camiseta descolorida, vaqueros desgastados y una barba que hacía esfuerzos por crecer.

—Hombre, Pomares... —dije sin acercarme—. Cuánto tiempo...

Su impotencia era más que obvia. Hasta una planta podía sentirla.

—Si estás aquí por lo que creo, me alegra decirte que estás acabado.

En efecto, el virus se había propagado y Pomares estaba al tanto de que me habían señalado como principal autor de la filtración de los Torrevela.

—Te recuerdo que ahora trabajo con vosotros —dije esquivando el comentario—. Espero que leas mi columna.

—Sigues siendo el mismo gilipollas de siempre... —contestó babeando odio—. Ríete mientras puedas. A cada cerdo le llega su San Martín y contigo han tardado demasiado.

—Veo que tú tampoco has cambiado —dije caminando hacia las escaleras—. Lo siento, no tengo tiempo. Hablaremos otro día.

—Te fotografiaré cuando te metan entre rejas —comentó a mis espaldas.

Seguía allí quieto, plantado.

—No olvides sacar mi mejor perfil, recuerda que es el derecho... —dije y subí los escalones dejando atrás su silueta.

Hablar con él me dio mal augurio. Nunca había temido a Pomares, pero

parecía tan seguro de sí mismo que sus palabras me condicionaron.

En la planta superior, la puerta del despacho de Agulló estaba abierta. Para más inri, en el interior no estaba sólo él, sino también Alfonso Serrano, veterano redactor jefe, cincuentón, delgado, camisa de cuadros de manga corta y monturas rojas de pasta; y Luciano Román, otro cuarentón profesor de universidad vestido de americana blanca y con aires de Tom Wolfe.

—Esto sí que es un recibimiento —dije mostrando las palmas de las manos, fingiendo una sonrisa para ganarme la simpatía del trío.

—Pasa, pasa, Caballero... —dijo Agulló limpiándose la frente de sudor—. Siéntate, anda.

Agulló corrió la cortina de la cristalera para que no pudieran vernos desde el exterior. Román cerró la puerta con seguro y se apoyó en un mueble con los brazos cruzados. El aire acondicionado mantenía la temperatura fresca del cuarto.

Agulló tenía el despacho decorado con imágenes en las que aparecía él y algún famoso. También había recortes de noticias enmarcadas, un ordenador de pantalla fina sobre el escritorio y un mueble cargado de archivadores.

Alfonso Serrano me ofreció un vaso de agua y una silla para que me acomodara.

Tuve la sensación de que había mordido un cebo invisible. Me vi acorralado por el tercer grado que estaban a punto de hacerme esos tres.

Las cosas no parecían salir como había esperado pero, antes de juzgar la situación, debía jugar mis cartas sobre la mesa.

—Imagino que no estás aquí para hablar de las condiciones de tu contrato... —comentó Agulló sentándose en su sillón de cuero. Escuché unas risillas de fondo. En el escritorio había un ejemplar fresco del Diario Alicantino. Supe por dónde iban los tiros—. Tú dirás, Caballero.

Se formó un silencio en el cuarto.

La voz no me salía. Estaba allí para pedirles ayuda. Me iban a destripar vivo a cambio de ella.

—Iré al grano —dije y di un sorbo al vaso de plástico—. Espero que no le hayáis echado pentotal...

—Déjate de gilipollecés, ¿vale? —Respondió tajante el director—. ¿Qué quieres?

—Respuestas —dije. El agua fresca aclaró mi garganta—. No sé quién está detrás de esto, si es una campaña contra mi persona o si están utilizando mi nombre para otros fines, pero no tiene ninguna gracia. Hace tiempo que dejé de meterme donde no me llaman.

—Y lo rentabilizaste bien, amigo... —comentó Roman.

—A ver si lo entiendo, Gabriel... —dijo Agulló—. Nos quieres decir que tú no tienes nada que ver con estas publicaciones. Es eso, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces denuncia al diario —respondió Alfonso Serrano con voz sacerdotal.

—No he venido aquí para eso. Quiero saber quién está detrás de este asunto y saber por qué me señalan a mí y no a otro, por ejemplo.

Leandro Agulló rio con sutileza.

—¿Seguro que no es otra de tus campañas de promoción para seguir en alza? —Preguntó el director con mofa—. A nosotros nos beneficia y todo...

Román dio un paso hacia delante y puso una fotocopia encima de la mesa. Era uno de los documentos filtrados. Exactamente, un correo electrónico. A diferencia de cómo habían mencionado en el diario, quizá para darle más misterio a los lectores, estaba escrito en ordenador y no a máquina.

Después sacó otra fotocopia y la puso al lado.

—Encuentra las siete diferencias —dijo soberbio. La segunda fotocopia era uno de los correos que yo había intercambiado con Agulló en el pasado.

En efecto, el estilo, la puntuación, las palabras usadas, la sintaxis... Todo era idéntico. Alguien, con muy malas intenciones, había estudiado mi escritura para copiarla al detalle—. No existen, ¿verdad?

—Se te olvidó lo más importante, Gabriel —añadió Alfonso Serrano—. La redacción es primordial para identificar a su autor. Firmar es secundario.

—Este texto es apócrifo.

—Lo que tú digas, majo... —replicó Román y volvió al mueble.

—Escucha, Gabriel —dijo Agulló cansado de tal pérdida de tiempo—. Seas tú o no, no podemos hacer nada por ti, por muchas razones... En estos momentos, tu nombre es un mancha en el nombre de la profesión.

—Pero...

—Si me preguntas —prosiguió—, la idea de darte una columna en el diario fue meramente económica y, a pesar de nuestro rechazo, no nos quedó otra... Órdenes de la junta, ellos mandan. Por suerte, lo que tú escribas, nos exime de responsabilidad... Sin embargo, aquí tratamos con otro asunto. Ayudarte, nos pondría en mal lugar entre los colegas, tú me entiendes... ¿Verdad? Quizá debiste pensarlo antes de ponernos a parir en tus noveluchas de venta al por mayor... En fin, eres un hombre afamado y con dinero. Cúbrete las espaldas... Eso es todo lo que puedo aconsejarte.

—No necesito un abogado —respondí ofendido—. No me han acusado de nada.

—De momento —dijo Román. Parecía divertirse verme como un ruiseñor

desplumado—. Si tienes suerte, no te hará falta, pero... yo que tú, me blindaría. Los Torrevela son gente de poder.

—Y esa condesa de Terranostra... —añadió Serrano preocupado—, tiene fama de tener los ovarios bien puestos.

Guardé silencio.

No supe bien qué decir y miré a los tres hombres que me atendían.

—No pensáis echarme una mano, ¿cierto?

—No —dijo Agulló.

—Estáis perdiendo vuestro tren —argumenté—. Tenéis la oportunidad de tumbar a los del Diario Alicantino para siempre y lo vais a dejar escapar por orgullo.

—Así es —respondió Román.

—Y no sólo eso. Además de permitir que os roben ventas y dejar que un farsante se burle en la cara del gremio, vais a permitir que me apaleen públicamente.

—La vida son decisiones, Gabriel —dijo Serrano—. Lo siento. Nosotros hemos tomado la nuestra.

Había usado todos mis recursos y ellos no parecían dispuestos a recular. Lo último que podía hacer era macharme de allí removiendo sus conciencias idealistas.

—Está bien, como queráis... —dije y me puse en pie con expresión indignada—. De nuevo, se demuestra la ética que existe en el oficio. Os acordaréis de ésta, ya lo creo... y os lamentaréis de haberos quedado con los brazos cruzados.

—Suerte con todo —dijo Agulló inmutable—. La necesitarás.

Resoplé, caminé hasta la puerta y tiré del pomo. Antes de marcharme, me dirigí al director.

—Por cierto, respecto a esa columna... Ya os podéis buscar a otro.

No existía mejor analgésico que un buen trago después de una situación angustiada. Mis intenciones no eran las de emborracharme y tampoco beber me ayudaría a olvidar. Pero el gusto de una copa siempre me ponía en mi sitio recordándome que no todo estaba perdido.

Sentado en una mesa del Noray, un bonito bar de carácter minimalista y situado en el paseo marítimo, apaciguaba mi mente con un vermú en la mano y un ejemplar del Diario Alicantino mientras observaba los barcos atracados en el puerto, a escasos metros de mí.

Un pensamiento fugaz a destiempo me llevó a recordar a Blanca Desastres y a ese idiota que la acompañaba. Bobadas. Eran historia o debían serlo en ese momento para mí.

Ese maldito artículo me arruinaría la existencia.

Al salir de aquella redacción, me sentí tan desamparado que no supe a quién recurrir. Empero, soy de las personas que cree que todas las casualidades del destino tienen un porqué.

Ávido, supe ver que mi encuentro con Lara Membrillos no había sido una coincidencia superflua.

Tan pronto como aparqué en el centro de la ciudad, mientras esquivaba los lugares más conocidos y maquinaba un paso que me pusiera por delante de esos cretinos, no dudé en llamar a la presentadora para que me socorriera.

Buscaba compañía, un hombro en el que llorar y a alguien que entendiera mi punto de vista. De mi círculo más personal, Soledad era la última persona a la que deseaba llamar. Le había prometido mantenerme al margen de los embrollos y las malas noticias no le harían sentir mejor. Por otro lado, mi fiel amigo Rojo no podía hacer mucho por mí. A pesar de su red, quien sabe si infinita, de contactos, meterse con la familia Torrevella eran palabras mayores. Rojo tampoco sabía nada sobre cómo funcionaban las entrañas del Periodismo. Así que jugué mi órdago a la grande y puse en Lara todas mis esperanzas. Tras una llamada, la suerte se puso de mi lado y Lara, desconozco si por interés o pura simpatía, accedió a reunirse conmigo para el aperitivo.

Un rato más tarde, allí sentado viendo ondear las velas de las embarcaciones, sentí una fragancia despertar mis sentidos. Después escuché el taconeo de los zapatos sobre las tablas de madera que formaban la plataforma.

Lara vestía de un modo informal, con gafas de sol de concha, vaqueros rotos por las rodillas, zapatos de tacón y una blusa blanca veraniega. Llevaba el pelo recogido y el rostro apenas maquillado. Parecía otra, más natural e igual de linda.

—Pensé que tardarías más en llamarme —dijo con cariño—. ¿Qué tal, señor escritor?

—Mal —dije señalando al vaso de vermú vacío—. ¿Has leído las noticias locales?

Lara se quitó las gafas. Parecía interesada por lo que tenía que contarle.

—No, no he tenido tiempo —respondió. El camarero se acercó y pidió una copa de cava—. Tiendo a desconectar cuando no trabajo. No creo que el mundo se venga abajo sin mí...

—El tuyo, seguro que no...

—¿Qué sucede, Gabriel? —Preguntó y le acerqué el periódico. Ella lo abrió, vio la noticia y su expresión cambió sorprendida. Luego pasó las páginas y cerró el ejemplar—. ¡No!

—Sí —dije desanimado—. Encima mienten. Yo no lo he escrito. No tengo nada que ver con eso...

—¿Qué piensas hacer?

—Ni idea —dije y levanté la mano para que me pusieran otro trago—. Lo peor de todo es que vengo de hablar con los del Información y no están dispuestos a echarme un cable...

Lara parecía pensativa.

—¿Por qué alguien haría algo así?

—Yo qué sé —dije—. ¿Por qué la gente ve Gran Hermano? El mundo es un completo sinsentido, Lara.

—Me gustaría ayudarte con esto pero, ya sabes...

—Sí, sí... No te preocupes —expliqué calmándola. No quería cargar en ella mi culpa—. No te he llamado para que uses alguno de tus contactos. Simplemente, necesitaba hablar con alguien que me entendiera.

Ella puso su mano sobre la mía. El anillo de compromiso seguía ahí.

—Eso es muy tierno por tu parte, Gabriel... —dijo con una sonrisa—. Lamentablemente, no voy a tener tiempo de quedarme por aquí, pero se me ocurre algo. Conozco a una persona que podría ayudarte en este asunto.

—Si es un periodista, mejor olvidarlo...

—No, no. Para nada —aclaró segura de sí misma—. Lo último son más periodistas en esta historia.

—Entonces, ¿quién? ¿Un guardaespaldas?

—No, escucha —dijo tomando aire y me miró fijamente—. Ahora que lo recuerdo, tengo su contacto por aquí.

Sacó el teléfono, buscó en la agenda y encontró un nombre.

—Sorpréndeme...

—No conozco a la condesa de Terranostra personalmente —explicó mirando a la pantalla—, pero, hace unos años, me reuní con el abogado y consejero de la familia para un reportaje sobre la nobleza en España. La imagen que di de ellos

entusiasmó a la condesa. Después de aquella entrevista, acudí a algunos eventos. Es un hombre de total confianza y estoy segura de que te podría ayudar si se lo pido. Tanto a ellos como a ti, no les interesa este asunto.

La idea era tentadora, pero demasiado arriesgada.

Iba demasiado lejos. Ni siquiera me habían acusado de nada.

—¿Harías eso por mí? —Pregunté inseguro—. No sé, Lara. Aprecio tu ayuda, pero creo que es meterme en la boca del lobo. Esto que han publicado son sólo suposiciones, bulos... Ni siquiera han mencionado mi nombre. Esta gente vive del sensacionalismo.

Ella asintió.

—Lo llamaré esta tarde —insistió—, por si se pusiera peor el asunto... No le diré quién eres. De eso te encargarás tú... si lo crees necesario. Piénsalo, es tu última carta.

Mi última y única carta.

Cuando se juega sabiendo que ya lo has perdido todo, la partida se convierte en algo más arriesgado que un simple pasatiempo.

CAPÍTULO SEIS

No me agradaba la idea de llamar a ese tipo sin necesidad.

Mostrarme públicamente ante el asesor de la familia, me ponía en jaque. Vería mi rostro, sabría identificarme. Aunque escribiendo mi nombre en los buscadores se podían encontrar fotografías, no era lo mismo. Las personas tomábamos diferentes anotaciones en una primera impresión, un cara a cara. Rojo me había hablado de ello. Quienes denunciaban ilícitamente a través de las fotos, solían describir a los sujetos tal y como los veían: cabello, rostro, altura, color de ojos... Sin embargo, quien lo hacía desde la experiencia, ya fuese testigo o víctima de un suceso, además de los rasgos físicos, también ponían énfasis en el movimiento, los detalles de su cuerpo, la respiración, los tics e incluso la manera en la que caminaban.

Presentarme ante ese hombre, despejaría todas las dudas.

Rodolfo Soriano era su nombre.

Lara me envió su contacto en un mensaje de texto, terminamos las bebidas y me despedí de ella, esta vez, con más preocupación y menos galantería que en nuestra cita previa. Una vez más, me di cuenta de que los ángeles existían, escondidos siempre en quienes menos se espera.

Preocupado, caminé hasta el aparcamiento y regresé a mi coche. Se me ocurrió que lo mejor era desaparecer de allí hasta que todo se aclarara. En mi interior todavía quedaba la esperanza de que hubiese sido un malentendido.

Tenía que serlo.

Por una vez, no era yo quien se metía en problemas. Estaba libre de culpa y confiaba en la justicia divina. Pero, antes de caer en la tentación del pecado, de cometer estupideces fuera de lugar, producto de la soledad y la sobrecarga de pensamientos, decidí poner rumbo al apartamento de la playa, a unos quince kilómetros de allí.

Abandoné la ciudad bordeando la costa por la carretera nacional del sur. A mi derecha, el grandioso palmeral de la ciudad, las fábricas abandonadas, la periferia y su forma de entender la vida. A mi izquierda, la inmensidad del mar, siempre presente; las vías de los trenes de cercanías que iban y venían desde Murcia. El olor a salitre, a varadero, a verano.

El aire soplaba contra mi cara como un ventilador.

Ráfagas calientes mezcladas con intermitentes atisbos de frescura. La carretera se bifurcaba, así que tomé el desvío que continuaba pegado al mar y dejaba a un lado a la cola de vehículos que se dirigían a la ciudad de Elche. Disfrutaba de la vista del paisaje. No era mejor ni peor que otros que había visto, pero era mío, nuestro.

La tierra seca y amarillenta combinaba con los tonos azules del mar y el verde de las palmeras que aguantaban las altas temperaturas del estío. Un lienzo que

muchos detestaban, sobre todo, tras no haber visto otro paisaje en años.

Santa Pola era un pequeño pueblo que vivía de la pesca, la agricultura y de la hostelería. Desde las últimas décadas del franquismo, el municipio se había convertido en la residencia vacacional de los vecinos de Elche, así como de madrileños, vascos y otros ciudadanos de la Península. Las temporadas pasaban de estar las calles vacías, a que más de cien mil personas convivieran en las terrazas de los bares.

Una vez terminadas las alegrías, como la marea, todo volvía a la calma.

Pero los tiempos cambiaban y ahora era más común encontrar a familias de foráneos parloteando en idiomas crípticos para el oído, mientras disfrutaban de una paella a las diez de la noche.

Mi compra en la parte este del municipio había sido una inversión profesional. Durante el año, estaba libre de vecinos y curiosos. Allí no había nada más que casas junto al mar, de gran tamaño, minimalistas y de corte colonial; pertenecientes, en su mayoría, a fabricantes ilicitanos de calzado y empresarios de la provincia. Muchas de ellas desocupadas hasta los meses de julio y agosto.

Después de mudarme a vivir con Soledad, el apartamento que poseía en la ciudad se me quedaba pequeño para escribir. Eso fue lo que le dije a ella. Sin embargo, todo los escritores poseen sus manías y la mía era tener alrededor a otras personas mientras tecleaba, por mucho que las quisiera.

Un día, paseando por allí, con la imagen de la isla de Tabarca al fondo, lo decidí como si de un antojo se tratase. Soledad no puso inconveniente, pues era mi dinero y mi deseo, y elegimos la vivienda que mejor se adaptaba a nuestras necesidades.

Así que allí estaba, a escasos metros de mi vivienda en una calle estrecha del este del pueblo, poco transitada aunque sin lugar en el que aparcar, donde el terreno edificable terminaba y una carretera de asfalto salvaje conducía hasta las dunas. El faro iluminaba a los barcos desde lo alto de la montaña.

Pulsé el botón del mando y la puerta metálica se abrió. Me recibió un dúplex de color blanco y de corte minimalista con grandes ventanas de cristal translúcido. Una edificación rectangular y sin techo de teja como guardaban las otras casas, con garaje privado y una pequeña piscina en desuso.

El paseo se encontraba lleno de parejas que caminaban con las manos agarradas. Montones de coches regresaban de las calas que había bajo el faro. A lo lejos, vi un viejo Ford aparcado en una explanada, junto a las rocas. Un grupo de hombres montaba con paciencia sus cañas de pescar.

Las gaviotas sobrevolaban el cielo en busca de algo que echarse a la boca.

Miré alrededor y comprobé que la vivienda contigua estaba vacía. No es que me importara, pues no había cruzado más que el saludo con mis vecinos. Eran de

Elche, un matrimonio tranquilo y educado con dos hijos criados entre algodones.

Nada más entrar, vi el automóvil de Soledad en el interior de la parcela. Aparqué el deportivo en el interior del garaje y abrí la entrada principal de la casa, una voluminosa puerta de madera.

Olía a cerrado, a polvo y a pintura. Algunas viviendas, a pesar de los meses, mantenían ese olor a nuevo.

Había sido un día largo, lleno de sobresaltos inesperados. Cada vez que me despistaba, la mente me traicionaba con pensamientos tóxicos. Largarme de allí, irme una temporada a Ávila con Soledad, llamar a Blanca Desastres para verla de nuevo... Ninguno de ellos me aportaba nada, así que opté por caminar hasta la nevera y refrescarme con algo que me llevara a otros terrenos.

Abrí el frigorífico, cogí un botellín de Mahou y vi el ordenador portátil de aluminio sobre la bancada. Me senté en un taburete de la cocina y lo encendí. Después abrí una ventana del navegador y busqué información sobre la condesa de Terranostra y su familia.

En el peor de los casos, si iba a enfrentarme a ellos, debía conocer sus debilidades. Pero internet no me ofreció más que un puñado de resultados de noticias relacionadas con la compra y venta de propiedades, reseñas sobre restaurantes, noticias de sociedad y un árbol genealógico de la familia. Pese a todo, fue extraño atar toda la información: tres hijos herederos y una madre dispuesta a poner las fundación de su legado en manos de unos nipones.

Tal vez ese aficionado que pretendía imitarme, hubiera descubierto algo real, pero seguía sin entender por qué me había elegido a mí.

Las posibilidades eran variadas: un seguidor de mi trabajo, un antiguo compañero de trabajo con ganas de hundir mi reputación; un ex empleado con complejo de novelista, un miembro del propio clan dispuesto a sacar tajada de todo aquello...

Di un trago a la cerveza. Esta última idea tenía más sentido.

Revisé las fotos de nuevo.

Examiné a los descendientes de la condesa. María Luisa, la bella y única hija, solía aparecer junto a su madre en las fotografías. Un cisne delicado, insuficiente y sin pareja oficial. Quién sabe si traumatizada por la presión de una madre autoritaria.

También estaba Leonardo de Torrevella, cuarentón, guapo y frío como un témpano. Tenía la apariencia de ser tenaz, calculador y carente de empatía hacia los suyos. Puede que la vida en un colegio internado le cambiara para siempre. Que la ausencia de un padre, fallecido en un accidente de tráfico antes de que él cumpliera los doce años, le obligara a tomar las riendas de su propio destino. Estaba seguro de que no sentía el menor aprecio por sus otros hermanos, quienes

no tenían profesión alguna.

Finalmente, siempre apartado de las fotos y con la expresión desairada, fuera del lugar, como si no quisiera aparecer en la foto, estaba Federico.

El dandi alocado de la familia, el hijo pródigo y favorito de la condesa. Un juguete roto desatendido por la fragilidad de su madre, el temperamento de su hermano mayor y la rivalidad con una hermana que copaba la atención de las cámaras.

Tenía fama de mujeriego, de fiestero y, sobre todo, de ingenuo.

Cuando me di cuenta, el sol de la tarde se había fundido en el cielo como oro líquido y el resplandor del crepúsculo se colaba por la cristalera. Pedí una pizza Margarita a domicilio y seguí buceando en el ciber espacio sin éxito. Necesitaba un abogado. Uno de los buenos. Lo más preocupante era que, si me denunciaban, podía pasar, como mínimo, tres años entre rejas. El pulso me tembló. Era todo tan absurdo...

De pronto, el teléfono sonó. El nombre de Soledad apareció en la pantalla.

No estaba en las mejores condiciones para mantener una conversación honesta pero, no hacerlo, traería sus consecuencias más tarde.

—Vaya, el desaparecido... —dijo con voz afable. Sonaba cansada y decidí guardarme las sorpresas—. ¿Has vuelto ya a tu dieta de pizza y cerveza? ¿O todavía no has regresado a casa?

Me conocía demasiado bien.

—No han pasado veinticuatro horas y ya me echas de menos... —contesté obviando su pregunta—. ¿Qué tal el viaje?

—Largo. Me tocó al lado con una de esas personas que roncan al dormir —dijo y nos reímos—. Por lo demás, bien. Los compañeros son simpáticos, aunque me temo que será un periodo intenso.

—¿Tengo que preocuparme por algo? —Pregunté con falsa curiosidad. No era celoso. Sabía que podía confiar en ella, a pesar de que Soledad tuviese pretendientes a diario. No concebía nuestra relación de otra forma. De lo contrario, convivir con alguien sería un infierno.

—Hay compañeros guapos y más fuertes que tú —respondió juguetona—, pero me has malacostumbrado a las emociones fuertes y me temo que ellos son bastante predecibles...

—El físico envejece, la mente nunca deja de crecer...

—Sobre todo, la tuya... —dijo y suspiró—. ¿Sigues en casa o has vuelto a tu cueva?

—Es una cueva muy bonita y con vistas al mar —respondí—. Tengo pensado escribir, probar cosas nuevas y mantenerme ocupado para que se me ponga cuesta arriba tu ausencia... Trataré de encontrarme a mí mismo estos días. Quizá

sirva de algo todo esto.

—Lleva cuidado, Gabri... —contestó tras soltar una risilla—, no sea que te pierdas buscándote... Ahora tengo que dejarte, estoy hecha polvo y mañana me levanto a las cinco.

—Entiendo —dije aliviado.

—Prométeme que me llamarás, aunque sea para decirme hola.

—Promesas, promesas...

—Hazte un favor y escribe una nota en la nevera. Te acordarás de mí cada vez que abras una cerveza.

—¿Y si se me olvida?

—Te llamaré para recordártelo —dijo y bostezó—. Buenas noches, Gabri.

—Buenas noches, Sol.

Corté la llamada y dejé el aparato sobre la superficie.

Me sentí mal por no haberlo dado todo, pero no fui capaz. Los nervios me comían las entrañas y temí que Soledad lo hubiese percibido también. No podía contarle lo que estaba pasando, al menos, hasta que sucediera algo relevante.

En el fondo, lo que tenía no era más que un ovillo de emociones en mi interior.

Fui a la nevera, tomé un bolígrafo y escribí lo que Soledad me había indicado. Realizar una actividad pensando en un ser querido, funcionaba como analgésico emocional.

Después salí de la cocina, tomé las escaleras que me llevaban hasta la planta superior y entré en la habitación.

A través de la ventana, una cristalera dividida que ocupaba casi toda la pared, vi un lucerito en el mar. Solitario, navegando en una noche de cielo raso y estrellado. Ese barco era una metáfora de mi vida. Tan solo en medio de un océano de personas.

Me quité la ropa, entré en la cama y me tumbé boca arriba.

La brisa de la noche era agradable y desde allí podía escuchar a los grillos y a los jóvenes que comían pipas en los bancos de la calle y hablaban de cosas mundanas. Disfrutaba mirando a las estrellas.

Obviamos lo insignificantes que somos.

Lentamente, mis músculos se relajaron y la paz llegó a mi cuerpo cerrándome los párpados, llevándome hasta los caminos de Morfeo.

Deseé que todo hubiese sido un mal sueño. Desperté y me desperecé estirando cada uno de los músculos de mi espalda. Eran las siete y media de la mañana y el Lorenzo estaba fuera. Tras el descanso, me sentí rejuvenecido, aliviado y mucho mejor que el día anterior.

Tomé una ducha, me vestí y salí al exterior de la casa. El sol brillaba, iba a ser un día extremadamente caluroso. Lo sentía en el aire.

Rompiendo mi rutina habitual, decidí ir a por la prensa. No me quitaba de la cabeza que algo hubiese ocurrido mientras dormía.

Cogí las llaves del coche de Soledad y me metí en vehículo. Todavía olía a ella y eso me hizo sentir bien. El Fiat 500 de color crema parecía una lata de sardinas comparado con mi deportivo, pero era más manejable y fácil de conducir por las estrechas calles del pueblo. Cuco y moderno. Suficiente para pasar desapercibido con estilo.

Conduje hasta un pequeño supermercado que había en la entrada de la zona residencial y aparqué junto a unos contenedores. Después caminé hasta el interior con la impresión de que todos me miraban. No era más que una falsa sensación.

Compré una barra de pan y miré las portadas de los diarios. En principio, ninguno llamaba mi atención. Miré de nuevo alrededor y agarré un ejemplar del Diario Alicantino como si se tratara del Santo Grial. Sin aparentar preocupación, sonreí a la tendera, pagué por mis compras y me puse el periódico bajo el brazo.

Al regresar al coche, ávido y nervioso, abrí las páginas y busqué un titular que me diese una respuesta. Y allí estaba, junto a mi rostro.

La noticia iba acompañada de un montaje con cuatro fotografías: un folio escrito a mano, el rostro de preocupación de Leonardo de Torrevella, un informe redactado y una de las fotos promocionales que había hecho para mi último libro.

Nuevas irregularidades y preocupación en la alta sociedad

Leonardo de Torrevella, director del grupo empresarial Holding Terra, ha expresado públicamente su preocupación por las difamaciones vertidas sobre su familia y lo denunciará ante la Justicia.

Tras la llegada de los documentos filtrados al diario por una fuente anónima durante los últimos días, en los cuales se destapaban las prácticas ilegales que la familia Torrevella ha ocultado tras años en relación a sus negocios, la redacción del Diario Alicantino vuelve a publicar parte del informe que desestabiliza las negociaciones de venta de los Torrevella con sus inversores japoneses.

En la fotografía adjunta a esta noticia se encuentran algunas de las facturas que varios de los restaurantes, pertenecientes al grupo de empresas, han falseado en los últimos trimestres. Tras constatar, a través de exempleados y antiguos clientes, que las prácticas fueron realizadas con el propósito de tapar la nefasta gestión, sin pronunciarse sobre este asunto, la familia Torrevella ha comenzado los trámites con sus abogados para llevar a la corte al periodista y escritor alicantino Gabriel Caballero.

Como auguró la redacción de esta gaceta, lingüistas y profesionales del sector apuntaron sin titubeo al literato tras analizar la sintaxis y el estilo de los informes filtrados. Hasta el momento, el escritor no se ha pronunciado al respecto de las acusaciones, aunque muchos creen que es otra de sus artimañas promocionales para levantar una carrera literaria que llega a su fin. Una estrategia que le podría costar la

libertad.

No podía respirar en el interior del vehículo. Bajé la ventanilla ansioso. Tenía las manos humedecidas y el aire de la calle no era suficiente para llenar mis pulmones.

Encendí el aire acondicionado, cerré las páginas y dejé el periódico en el asiento del copiloto. Conté hasta diez y respiré profundamente. Debía calmarme como fuera. Me resultaba imposible pensar con el corazón acelerado.

Saqué el teléfono móvil del bolsillo y busqué entre los contactos. Allí estaba su nombre: Rodolfo Soriano.

La idea seguía sin convencerme. Los abogados de otros, nunca eran de fiar. Reunirme con él no haría más que complicarlo todo, ponerme más nervioso todavía.

Sopesé la decisión e introduje las llaves en el contacto del coche para regresar a casa.

Para mi sorpresa, cuando llegué a la calle donde se encontraba mi vivienda, atisé un coche de Policía aparcado en la puerta de mi propiedad. Dos hombres vestidos de paisano y un tercero de uniforme esperaban a que alguien les abriera. Ese alguien era yo.

Tal vez estuvieran allí para detenerme. Quizá sólo desearan hacerme unas preguntas. Por desgracia, yo seguía siendo un ser primitivo, un hombre de instintos incontrollables por la lógica y dirigidos por la intuición. Aquella visita no me auguraba nada bueno y, aunque largarme de allí sólo agravaría más mi situación penal, necesitaba tiempo para pensar antes de dar una respuesta.

Lentamente, eché marcha atrás y regresé a la bifurcación de la carretera. Sin llamar la atención de los agentes, tomé la dirección opuesta y salí de la zona residencial para salir por la carretera que subía por la montaña. Debía ser rápido, conciso y pensar con acierto. Tarde o temprano, darían conmigo. Si no ellos, Soledad. Y eso pondría fin a todo lo que tenía en esta vida.

Una vez en la carretera, tomé la cuesta y me desvié por un camino de grava que llevaba al mirador del faro. Un lugar romántico y turístico para muchas parejas pero, a esas horas, era un lugar seguro en el que estacionar sin despertar sospecha.

Bajé del coche para estirar las piernas y cargar los pulmones. Volví a mirar la pantalla del teléfono y pensé en quién más podría llamar antes de jugar, como había mencionado Membrillos, mi última carta.

No tardé mucho en aceptar que estaba solo y cargado de problemas hasta el cuello. Una vez pulsara el botón verde, no habría marcha atrás.

Pensándolo bien, de nada sirve retroceder cuando nos encontramos al borde del precipicio.

CAPÍTULO SIETE

Fue mejor de lo que había imaginado. Me sentí revitalizado, como si hubiera tirado parte de mi equipaje al mar.

Tuve la sensación de que ese hombre esperaba mi llamada.

Como había prometido, Lara Membrillos había puesto al abogado al corriente de la situación, quizá más de lo que hubiese sido necesario, pero no podía juzgarla por ello. Por ende, a pesar de las demandas del hijo de la condesa, Rodolfo Soriano no había iniciado ningún tipo de acción todavía.

Hablamos unos minutos y le dije de encontrarnos en un lugar neutral de la ciudad. La plaza del Mercado Central de Alicante era un buen lugar para ello.

Diferentes salidas, un entramado de calles que conocía y la posibilidad de escapar airoso en caso de que me hubiese tendido una trampa. Agradecido, el consejero de la familia aceptó en reunirse conmigo, detalle que interpreté como un intercambio de favores.

El encuentro se realizaría a las once de la mañana, hora perfecta en la que el mercado de abastos se encontraba en hora punta y los bares de los alrededores sacaban las mesas a las terrazas para preparar el momento del aperitivo. Esto nos daría margen para escabullirnos entre la multitud y dialogar con calma.

Aunque desconocía su apariencia, él sí conocía qué pinta tenía yo, así que me indicó que llevaría un panamá de color crema con el cinto negro. No puse objeción, pues probablemente fuese el único en toda la plaza con sombrero.

Una vez en la ciudad, atravesé la entrada de la vieja estación de trenes, crucé la avenida de Alfonso X El Sabio y dejé el coche en el aparcamiento que había junto a la plaza del mercado.

Salí de allí con la sensación de tener miradas por todas partes. Desde niños aprendemos a huir cuando hacemos algo que no debemos.

Bordeé la plaza del 25 de Mayo y subí los escalones por uno de los laterales. En unas horas, aquel lugar se convertiría en un patio de encuentro para treintañeros dispuestos a comenzar una tarde que terminaría cuando las baterías se les apagasen. Pero todavía era pronto.

Decenas de personas entraban y salían con bolsas de plástico y carritos de la compra. Olía a pescado fresco, a salitre, a verdura recién traída del campo y al aceite frito que salía de las máquinas de churros.

Vestido con una camisa blanca abotonada hasta las mangas y unos pantalones de pinzas del mismo color que su sombrero, Rodolfo Soriano esperaba de pie mirando al horizonte bajo sus Ray-Ban Clubmaster. Llevaba un corte clásico y tenía el cabello ondulado, manchado de canas y peinado hacia un lado. Lucía un bigote fino que iba acorde a su forma de vestir y a la generación que pertenecía. Soriano tendría poco más de sesenta años y se mantenía en buena forma. Lo que

más me llamó la atención fue el color de su piel. Bajo el sol, acalorado, parecía un tomate fresco. Aunque se mantenía serio, se mostraba un tipo entrañable, todo lo contrario que había percibido a través del teléfono.

—Puntual como un inglés —dije acercándome a él. Estrechamos la mano, miré a nuestro alrededor para cerciorarme de que no iba acompañado y me coloqué a su lado—. Gracias por venir.

—El placer es mío, señor Caballero —respondió con tono firme pero educado—. Lamento que haya llamado tan tarde.

—Ya... —dije y me mordí el labio inferior—. He leído las noticias. Acompañeme. Será mejor que demos un paseo. ¿Ha venido solo?

—Así es.

Tomé la iniciativa y nos dirigimos hacia el interior de la nave que formaba el mercado. Era un lugar enorme, como casi todos los mercados centrales de los municipios españoles. Allí, separados por secciones, columnas y láminas de acero, los comerciantes ponían a la vista la calidad de sus productos: carnes, pescados, verduras, frutos secos, aceites... Cualquier comestible natural tenía cabida en el interior de aquel edificio histórico, diáfano y rectangular de carácter ecléctico.

Soriano caminaba a mi lado con una mano en el bolsillo y otra libre. Parecía tranquilo, mucho más que yo.

—Lo primero de todo —dije rompiendo el hielo—, debe usted saber que yo no tengo nada que ver con lo que han publicado. Ni el más mínimo interés.

—Eso me consta, aunque no lo crea —respondió para mi sorpresa—. Por esa razón he accedido a reunirme con usted.

—El hijo de la condesa no piensa lo mismo...

—Mi posición es la de abogado y consejero de la familia —replicó justificándose—. Sin embargo, estoy alejado de las decisiones que puedan tomar los miembros.

Cruzamos los puestos de frutas y vi una sombra deslizarse entre la multitud. Algo no marchaba bien.

—¿Qué debo hacer para convencerle de que Torrevela está equivocado? —Pregunté apresurado. La sombra volvió a moverse—. Sin pasar por los juzgados, claro...

—Encontrar a quien está haciéndose pasar por su doble.

Qué ingenioso, pensé.

—Comprenderá que no tengo el tiempo ni los recursos para ello... —contesté—. Estoy seguro de que usted sabe algo más sobre esta historia.

De repente, las dos sombras que había percibido, tomaron forma humana.

Tras nosotros, a varios metros y abriéndose paso entre los clientes de los

mercaderes, los dos hombres que habían tocado a mi puerta estaban allí, recortando las distancias.

—Escuche, me temo que tengo que dejarle —dije con desasosiego—. Reúnase conmigo para el café. Hay un lugar llamado Hostal Maruja, en dirección al sur... Encuéntreme ahí.

—Pero... —dijo el hombre. Después se dio cuenta de los agentes que nos seguían—. Hasta más tarde, señor Caballero.

Rodolfo soriano se apartó hacia un lado y los agentes empujaron a una cola de personas que esperaba para comprar pescado. Dos mujeres se encararon contra los agentes a gritos. El caos y la confusión llenó el pasillo del mercado.

Me agaché y corrí en cuclillas una decena de metros hasta que di con una de las salidas laterales para carga y descarga de vehículos. El bullicio aumentó y la discusión subió de tono.

Interrumpidos por la confusión de los viandantes, los policías se quedaron atrapados entre la multitud. Sin mirar atrás, corrí como un caballo de carreras hasta el aparcamiento, busqué el coche y abandoné el lugar aprovechándome de la salida de otro conductor. Se oyeron bocinas a mi paso, llamadas de atención y sirenas de la Policía.

Cuando me di cuenta, había alcanzado la plaza de toros y, aunque no condujera un bólido, las sirenas tomaron otra dirección. Les había dado esquinazo por los pelos. En aquella ciudad, camuflarme entre la masa como un ser camaleónico era una de mis especialidades.

Las olas del mar rompían en la orilla dejando un rastro de espuma. El reflejo de los rayos brillaba sobre el agua y, a diferencia de lo que aquello era en verano, estaba rodeado de ruido y personas mojadas que caminaban sin bañador. Nadie me encontraría allí. Era el último lugar donde la Policía buscaría. A esas alturas, ya habrían visitado mi otra residencia, sin éxito alguno.

El Hostal Maruja era un lugar al que guardaba cariño. Una gran casa construida durante el franquismo en la playa del Pinet, una pequeña bahía de pescadores, que había servido durante años como hostel turístico de la zona.

Fachadas blancas desconchadas por la humedad, pilares de mosaico de piedra y casas de dos plantas con medio metro de acera, sirviendo ésta de muro y límite del mar, eran parte del decorado.

No obstante, la gracia de visitar aquel sitio en invierno se perdía por completo una vez llegado el verano.

Crucé la carretera secundaria bordeando la costa hasta tomar el desvío que me llevaba a un extenso pinar salvaje junto a una gran explanada de tierra amarillenta llena de vehículos. Abandoné el coche entre un montón de árboles y caminé doscientos metros por el polvoriento camino hasta llegar a la puerta principal.

Entrar en aquel sitio me trajo demasiados recuerdos.

Allí, veranos atrás, cuando la vida me trataba peor y vivía entre ideales para salvar la verdad de las garras del sistema, pasé un par de noches con Blanca Desastres.

Fueron días románticos, junto al mar, trabajando codo con codo, amándonos, sintiéndonos parte de algo. Como siempre sucedía, mi primera impresión fue trágica. Recordaba ese sitio de otra manera, tal y como mi memoria lo había distorsionado con el tiempo.

Una vez hube reservado y dejado las pocas pertenencias que guardaba en una habitación de la segunda planta, bajé hasta el bar y me senté en una silla de plástico roja junto a una mesa de madera. A mi lado, una familia hablaba en valenciano y comía raciones de sardinas asadas. Observé a los bañistas disfrutando de las olas, a los niños construyendo castillos de arena sin un propósito concreto.

Las vacaciones permitían que desconectáramos de todo aquello que nos impedía ser tal y como éramos.

El camarero me trajo un botellín de cerveza muy frío y no me dio tiempo a darle un trago cuando vi tras el cristal el panamá del abogado.

—Un lugar acogedor —dijo Soriano quitándose el sombrero a causa del calor. Tomó una silla y se sentó a mi lado—. Un lugar seguro, sin duda.

—Los hay peores —contesté—. ¿Le han seguido?

—¿Cree que soy tan estúpido?

—Disculpe la desfachatez —dije echándome hacia atrás—. Espero que no le incomode la falta de mantel de tela...

—Descuide —dijo y rio—. Si yo le contara...

—Precisamente, eso es lo que me gustaría. Que me cuente.

El camarero regresó. Pedí una ración de calamares a la romana, sepia a la plancha, pan tostado con tomate rallado y otra cerveza para el invitado.

—Le seré honesto, Caballero. Este asunto me preocupa.

—¿Por qué ha accedido a verse conmigo?

Dejó el panamá sobre la mesa y dio un trago a la cerveza que le habían puesto. En su expresión noté que la necesitaba. Ese hombre estaba cargando con demasiado estrés.

—Su amiga tiene un poder de convicción innegable —explicó aclarándose la voz—, además de que tengo mis propias teorías sobre todo lo que está sucediendo.

—Usted dirá, porque yo no tengo ninguna.

—La condesa está preocupada por las filtraciones, pero más aún por lo que esto pueda significar para sus hijos. Existe un interés claro por que se venda la cartera de empresas, así como que no se haga.

—Explíqueme eso.

Miró al botellín y reflexionó sobre sus palabras. Temía que le tirara demasiado de la lengua. Era un hombre precavido, leal a sus clientes.

—La razón por la que me he reunido con usted no es porque la señorita Membrillos me lo haya pedido —dijo, hizo una pausa y miró por encima de sus monturas—. Uno tiene experiencia, sabe hacer su trabajo y estudiar con quién trata. En su caso, sé lo que ha hecho hasta ahora, tanto oficial como extraoficialmente, por lo que su perfil, como ya le he dicho antes, queda descartado como posible sospechoso.

—La prensa no piensa lo mismo.

—Ambos sabemos que esa basura quiere cargar con usted —respondió—. Por el contrario, hay miembros de la familia que podrían tener interés en que así lo hiciera.

—¿Guerra entre hermanos por el poder familiar?

—No, en absoluto —aclaró—. Hace apenas un mes y medio, Sabrina, una sobrina segunda, hija del difunto primo de la condesa, llegó de vacaciones a la finca. En principio, su visita iba a ser temporal. Ella vive en Suiza desde bien pequeña... pero, ya sabe, siempre hay tiempo para estrechar lazos perdidos con los miembros de la familia, sobre todo, cuando existe dinero por medio.

—¿Cree que puede ser ella?

—No he mencionado tal cosa —reculó—. Lo que sé es que, en tan poco tiempo, la relación con sus primos ha... digamos que cambiado.

—Un momento... —dije recapitulando. Era él quien me estaba llevando a su terreno—. Antes de empezar, quisiera saber si los informes publicados son ciertos. Eso marcaría un punto y aparte en esta conversación.

—No he venido a hablar de ello.

—Lo tomaré como una afirmación —respondí. Su expresión seguía inmaculada, aunque a mí no me engañaba. Era un profesional, sabía guardar más de un secreto—. Todavía no entiendo qué quiere de mí. En estos momentos, estoy expuesto a una posible denuncia pública por, supuestamente, hacer pública una información sensible y privada, además de las calumnias hacia la familia Torrevella... Todo esto, sin sumarle haberme dado a la fuga de las autoridades...

—Dé un trago y vaya más despacio, Caballero.

—Sigo sin entender por qué tendría usted que ayudarme —dije y planté el cebo.

Soriano se abanicó la cara con el panamá.

El calor era su debilidad.

—Tengo entendido que es un buen investigador, más allá de lo que escriba después... Que tiene un don para estas cosas, vaya.

—Y quiere que investigue para usted quién está detrás de este lío.

—¿Sabe? Yo también soy un hombre de intuición... y creo que, si logra dar con su doble, la persona que se está haciendo pasar por usted —señaló confiado—, encontraremos también a quien pretende partir en dos la estabilidad de la familia.

—Dígame una cosa, ¿esto tiene que ver también con los japoneses? —Pregunté. Soriano dio un sorbo a la botella y la volvió a poner sobre la mesa—. Entiendo. Es usted un hombre parco en palabras... ¿Cuál es el precio?

El abogado esbozó una sonrisa.

—Es usted un chistoso.

—No, no es una broma.

—Salir airoso de ésta —dijo y miró a la mesa. Después se dirigió a mí—. Siento informarle de que no está en posición de pedir nada más.

—Tenía que intentarlo... —respondí. Volví a inspeccionar a aquel tipo. No era peligroso, aunque sí desconfiado de los listillos como yo. Debía ganarme su confianza—. Entrando en materia... Hablamos de un conflicto de intereses en el seno de la familia.

—Eso es lo que pienso.

—Entonces, se me ocurre algo.

—Sorpréndame.

—Consígame un encuentro con ellos de forma casual —dije. Mis palabras iluminaron su rostro, cambiándole la expresión por primera vez en toda la conversación. Le había sonado a disparate—. Es la única manera de conocer a la familia y sacar mis propias deducciones.

—¿Es otro de sus chistes?

—En absoluto —contesté. Ahora el confiado era yo. Membrillos estaba equivocada. Mi última carta no era el abogado, sino involucrarme en ese enredo. La señal que había buscado durante tanto tiempo, la tenía delante de mí—. Yo también soy un tipo de intuiciones, aunque mi fuerte es la presencia, el *face to face*.

—¿*Feis tu feis*? —Preguntó descolocado.

—El cara a cara, maldita sea.

—Qué cosa más absurda, por Dios... ¿Cree que no le reconocerán en el momento que se presente?

—Nadie ha dicho que me tenga que presentar —rectifiqué—. Puedo hacerme pasar por otra persona.

—¿Y qué hará? —Cuestionó despreciando mi iniciativa—. ¿Cambiarle el peinado?

—No, ni tampoco apareceré con un bigote como el suyo —respondí y lo puse en su sitio—. Déjeme eso a mí. Tal vez les suene mi nombre, pero dudo mucho que hayan visto mi rostro en alguna parte... ¿Leen la prensa los Torrevela?

—No en la que usted aparece.

—¿Qué hay de las noticias?

Soriano se frotó los labios con el índice.

—Leonardo sólo lee las páginas de color salmón. Del resto, ya le informan sus asesores. Es un hombre ocupado, ¿sabe?

—No lo pongo en duda. Ha de ser arduo dirigir a todo un servicio...

El comentario no le hizo gracia, pero ese hombre estaba dispuesto a ceder.

—Esta noche celebrarán una cena en el restaurante del hotel Polamar de Santa Pola... —dijo a regañadientes. Me sorprendió que fueran a un sitio así y entonces se explicó—. A la condesa le gusta el trato y la comida. Como comprenderá, los nobles han dejado de ser bien vistos con el paso de los años. A ella le trae recuerdos de cuando iba con su marido... Estarán todos, incluso la sobrina. Será a las diez.

—Gracias por su confianza.

—Es todo lo que tiene —dijo, agarró de nuevo el botellín y se lo terminó de un trago—. Si lo arruina, nuestro trato habrá concluido.

—¿Eso significa que la denuncia esperará?

Se puso el sombrero y se levantó de la silla. Después miró a la playa y buscó

la salida entre la muchedumbre.

—Por el bien de los dos, espero que sepa lo que está haciendo, Caballero —dijo de pie—. Antes de marcharme, me gustaría pedirle que...

—Sí, sí —interrumpí molesto. Siempre decían lo mismo—. Esta conversación nunca existió.

El abogado, en un acto informal, levantó el pulgar de su mano derecha y se tocó el ala del panamá.

—Gracias por su tiempo —sentenció e inició su camino hacia la salida—. Disfrute de su aperitivo.

CAPÍTULO OCHO

La misión no era fácil y tampoco disponía de mucho tiempo. En toda mi vida, había fingido ser muchas cosas pero nunca otra persona.

Dada la situación y la imposibilidad de ser visto en la ciudad, viajé hasta el centro comercial más cercano para hacerme con algunas prendas y preparar mi vestuario. La ocasión lo requería.

Cuando regresé al hostel, tomé una ducha y me vestí con unos pantalones de pinzas de color blanco bien entallados, un par de mocasines burdeos, una camisa azul celeste y, por supuesto, mi americana estrecha de color azul marino.

Con el pelo todavía húmedo, apliqué un gel fijador sobre mi cabeza y después me peiné hacia atrás como solían hacer los más remilgados.

El toque final, unas gafas con cristales sin graduar, de montura redonda y gruesa. Me observé ante el espejo. Parecía Cary Grant con aspecto de empollón y supe que ese detalle disiparía toda sospecha de ser reconocido.

Listo y concienciado, abandoné el hostel, ahora más relajado, y caminé hasta el coche.

El hotel Polamar se encontraba a unos diez kilómetros de mi lugar de partida. El reloj marcaba las nueve, así que tenía tiempo de sobra para aparcar y dejarme ver antes de que llegaran los Torrevela.

Una vez en el pueblo, pensé en ir hasta mi casa y comprobar que todo estaba en orden, pero no me podía arriesgar a que me sorprendieran sin cerrar el trato con el abogado de la familia. Una metedura de pata y todo el castillo de naipes se vendría abajo.

Situado en la calle de los Astilleros, junto a la comisaría de Policía, el hotel era un gran edificio de ladrillo a orillas de la playa, con una vista de ensueño pero de aspecto moribundo y anticuado.

Ya tenían que ser buenos los recuerdos que ese lugar evocaba a la condesa, pensé.

Durante los años setenta, el Polamar había sido un símbolo del turismo y de las celebridades, como Sara Montiel, que se hospedaban allí. Sin embargo, poco quedaba ya de aquel encanto, a pesar de los esfuerzos por darle un lavado de imagen.

Varias banderas colgaban de la entrada principal, rotulada con una tipografía fea que pretendía otorgar frescura a la puerta.

En la parte baja, y por uno de los laterales que daban a la playa de Levante, se encontraba la entrada del restaurante.

El paseo peatonal estaba transitado por familias de turistas y locales que paseaban tras una cena en el bulevar del puerto o en el casco antiguo. La noche era agradable, fresca pero sin viento. Viendo a todas esas parejas cogidas de la mano, me pregunté por qué nunca antes había llevado a Soledad por allí.

Lo lamenté y pensé en llamarla para decirle lo mucho que la echaba de menos, pero era tarde y tenía que concentrar mis pensamientos en otros quehaceres.

Subí los peldaños de una escalera de mármol y entré en el restaurante. Mientras esperaba a que me recibieran, vislumbré suficientes mesas vacías sin reserva, por lo que supe que la noche comenzaba con buen pie.

—Disfrute de la cena y le invitamos al baile que habrá a partir de las doce —dijo la empleada del restaurante, una mujer entrada en la treintena, rubia y con los labios ligeramente operados.

—¿Baile?

Ella asintió. Estupendo, con suerte, tendría una excusa para acercarme a ellos.

—También puede ir a la última planta del hotel —dijo al comprobar mi reacción—. La terraza está abierta hasta las tres de la mañana.

El lugar me sorprendió. Pese al estilo del salón, propio de otra época, de baldosas amarillas y marrones como si fuera un tablero de ajedrez y columnas cargadas de láminas innecesarias, las mesas estaban bien presentadas y las vistas al mar ayudaban a subir la puntuación.

Entre los comensales que ocupaban el resto de mesas había extranjeros y foráneos de otras partes del país. Los primeros, sobre todo, eran fáciles de identificar.

Pedí una copa de vino blanco, una ensalada de marisco, una ración de quisquilla y una rodaja de merluza al vapor como plato principal. No convenía actuar con el estómago demasiado lleno y caer en las garras de la somnolencia. Cuando un camarero se acercó a la mesa con la botella de vino para llenarme la copa, su mirada se dirigió hacia la entrada de un modo magnético.

Giré el cuerpo con delicadeza.

Rodolfo Soriano, la condesa de Terranostra y el resto de sus acólitos, habían llegado al restaurante.

No pude evitar fijarme en la belleza innata de María Luisa, la heredera. Era más hermosa en persona que en las fotografías. Su cabello castaño había tomado un tono rubio y brillante, quizá por la exposición a la tórrida luz del sol. Su silueta era como un camino peligroso en el que resultaba fácil perderse y morir allí.

No le faltaba nada, ni tampoco le sobraba.

Vestida con unos pantalones de noche y una fina blusa que cruzaba su cuerpo, dejando al descubierto parte del hombro derecho, agarraba a su madre del brazo.

La condesa, maquillada con una colorida sombra de ojos y cargada de joyas, caminaba a paso lento rodeada de sus hijos.

A diferencia de las damas, Leonardo no lograba sucumbir a la informalidad de su familia y había optado por la pulcritud de un traje como solía hacer.

Finalmente, Federico, el mayor de los tres, acompañado de una joven pelirroja de mirada pícaro y piel blanquecina, vestía con una camisa blanca y una americana que le quedaba grande de mangas. Crucé una mirada con Soriano, que parecía más nervioso de lo habitual y volví a inspeccionar a la pelirroja, guapa, delicada y peligrosa por su lenguaje corporal.

La temida sobrina de la condesa.

—Afortunados sus maridos —dije mirando la copa de vino. El camarero volvió la vista a su tarea.

—Solteras e inaccesibles —respondió inclinando la cabeza hacia un lado como signo de decepción—. Son nobles. Quién sabe... en otra vida.

—Mueren igual que nosotros —dije mirándole a los ojos con voz grave—. No esperes a otra vida.

Recibió mis palabras con optimismo, pero éste se desvaneció a los pocos segundos.

Pensó que sería un idealista.

Quizá, el chico jamás tuviera las agallas para hacer algo así.

En fin, no me importaba. Mis asuntos eran otros y la partida acababa de empezar.

La cena transcurrió sin sobresaltos. La familia parecía disfrutar de una tranquila reunión, quedando en la sombra por el alboroto de otras mesas. Tuve tiempo para pensar en mí, en lo que estaba haciendo, en quién podría estar detrás de todo, haciéndose pasar por mí, haciéndome sentir como un auténtico traidor. Sin respuestas a ninguna de mis preguntas existenciales, cuando pedí el café, vi cómo Rodolfo se había levantado de la mesa para ir al baño. Hizo un ligero movimiento de manos que interpreté como aviso para que siguiera sus pasos. Aproveché el momento para encontrarme con él sin llamar la atención.

Entonces, cualquiera podía darse cuenta de nuestra complicidad.

Abrí la puerta con sigilo, asegurándome de que ninguno de los empleados me vigilaba. En el interior, vi a mi cómplice lavándose las manos. Antes de esputar palabra, una mirada a través del espejo me indicó que aguardara. Había alguien más con nosotros.

Segundos después, un hombre corpulento con aspecto nórdico abandonó una de las letrinas y se dispuso a utilizar el lavabo. Me escondí por momentos en el segundo baño que había libre y esperé a que se marchara.

—Ya puede salir —dijo Soriano con voz seria. La situación le incomodaba y entendí que era una de esas personas que había pasado toda su vida manteniendo el control de sus actos—. Si tardo mucho, sospecharán.

—Usted tiene ya una edad... —dije a modo de broma—. Dudo que lo hagan.

No pareció hacerle ni pizca de gracia mi comentario. Una vez más, el vino me había alargado la lengua de más.

Me dio un repaso de desaprobación con la mirada.

—La cena está siendo un desastre —comentó—. ¿No tenía nada mejor que ponerse?

—Le dije que pasaría desapercibido y eso he hecho.

—No pensé que desapercibido significaba invisible para usted —dijo secándose las manos con un trozo de papel—. No se quite las gafas.

—Me quedan bien, ¿verdad?

—Le hacen parecer más tonto y eso juega a su favor —contestó tirando la toallita a una papelera—. Cuando termine la cena, la condesa subirá a la última planta del hotel para tomar una copa. Pídase un daiquiri y le hará la gracia que no ha conseguido conmigo. Ella tomará lo mismo.

—Como Hemingway.

—¿Quién? —Preguntó confundido—. Haga lo que le digo y llame su atención. Si le pregunta por qué lo bebe, dígame que le recuerda a Cuba. Invéntese algo sobre sus viajes por el Caribe.

—Pero... yo nunca he estado allí.

—Da igual, cuénteles cualquier banalidad. Ustedes, los escritores, saben cómo

hablar mucho sin decir nada, ¿no? Demuéstrelo —ordenó. Percibí cierta tensión en sus movimientos—. No importa lo que diga, ella hablará de sus viajes a Santiago. Siempre lo hace.

El abogado salió del cuarto y esperé unos minutos para que nadie nos relacionara.

Me lo había puesto difícil.

Todo lo que sabía del Caribe procedía de esas películas de piratas y de las novelas de James Bond. Temí que la condesa se limitara a tragar mis patrañas para ponerme a prueba y dejarme en ridículo. Tocaba improvisar. Los valientes siempre lo hacían.

Cerré la puerta de los lavabos y regresé a mi mesa donde me esperaba el café y el agua con gas que había pedido para aclararme el sabor del vino.

De pronto, sobresaltado, miré hacia la mesa de los Torrevela tras escuchar una fuerte discusión. Por alguna razón que me había perdido, Federico, exaltado, se levantaba de la mesa malhumorado y con un cigarrillo en la boca sin encender. La condesa parecía ruborizada por la escena que su hijo estaba haciendo. María Luisa le sirvió agua en un vaso para que achacara los calores de la vergüenza.

Leonardo, serio y con la mandíbula tensa, miró a su hermano y le dijo algo que no pude escuchar. Sus palabras enfurecieron aún más al mayor. El abogado se mantenía callado como un templario, ajeno a lo que sucedía. Y ahí estaba ella, la chica peligrosa, sujetando del brazo a su primo para que se calmara. Su papel en aquella historia era, cuanto menos, misterioso.

Después, Federico salió del restaurante agitado como un toro bravo, capaz de tumbar a quien se pusiera por delante. Y con él, la pelirroja.

Regresé a mi sitio y di sorbos al café concentrándome en lo que alcanzaba a ver con el rabillo del ojo.

Leonardo seguía quieto con los codos sobre la mesa, mostrando su decepción.

—Vámonos a casa, mamá —dijo la hija a lo lejos—. Será lo mejor.

—¡No, no! —Replicó la condesa—. Mi hijo no me va a amargar la noche, a estas alturas... Leo, hijo, pide la cuenta. Quiero subir a tomar una copa...

—Pero, mamá, la medicación... —advirtió el primogénito elevando la voz.

—Soy tu madre y haces lo que te digo —ordenó la mujer. Puede que estuviera a punto de perder el patrimonio, pero seguía tiendo a su familia bien atada—. Rodolfo, acompáñeme al ascensor... Te esperaremos allí, hijo.

Madre, hija y consejero se levantaron de la silla.

María Luisa le ofreció el brazo a la condesa y ésta lo rechazó valiéndose por sí sola. Después caminaron hasta la entrada del ascensor que los llevaba a la última planta.

Llamé al camarero y pedí que se cobrara. Durante la espera, observé el sobre de azúcar sin abrir que me habían servido junto al café. Lo bebía siempre solo, por lo que no me había dado cuenta de su existencia. Sin embargo, me gustaba leer las frases que alguien se dedicaba a escribir en ellos, pensando en que algún día las mías acabarían allí.

Esos sobres eran la galleta de fortuna patria, capaces de cambiar el rumbo del día en cuestión de segundos.

Di la vuelta a la bolsita y leí su contenido.

“Si crees que todo va bien, es que has obviado algo”.

La frase la firmaba un tal Miguel Campechano.

En definitiva, la frase no iba para mí, pues las cosas me estaban saliendo peor de lo imaginado.

Puse el sobre junto a la taza y giré el rostro hacia la mesa. Encontré a Leonardo hablando por teléfono.

Mi oportunidad para escaquearme era lo único obvio allí.

Pagué, dejé una propina considerable a ese muchacho y tomé rumbo hacia el recibidor del hotel. Saludé a los recepcionistas, pulsé el botón del ascensor y esperé viendo cómo los números del marcador digital descendían lentamente. Unas escaleras apartadas del hotel me sugirieron el camino más rápido, pero las cinco plantas de altura entraban en conflicto con la rodaja de pescado que intentaba digerir.

Entonces, a causa de mi descuido, sentí la sombra de Leonardo de Torrevella acercándose al elevador. Los nervios se apoderaron de mí. Era él quien iba a denunciarme y, de cerca, no le costaría reconocerme.

Sus pasos se detuvieron junto a los míos. Sonó la campana y las puertas se abrieron. El interior estaba vacío.

Esperé unos segundos.

Con suerte, me pondría delante de él dándole la espalda, pero el noble se adelantó a mi jugada.

—Pase, pase... —dijo con educación.

No me pude resistir y di un paso al frente colocándome al final del habitáculo. Después él hizo lo mismo, con andares firmes y elegantes.

—¿A dónde va? —Pregunté mirando a los números y evitando sus ojos.

—A la terraza —respondió. Lo tenía casi encima de mí. Estaba a punto de tirar todo el plan por la borda—. ¿Y usted?

Pulsé el botón con lentitud y despegué el dedo. Mi cabeza procesaba a toda velocidad una respuesta ingeniosa.

—También —dije sin más.

Crucé los brazos y olí el halo de su fragancia.

Miré hacia la recepción, tomé aire y las puertas se cerraron.

Cada segundo allí dentro, se hacía eterno. Con la atención puesta en los números, tan sólo deseaba salir al exterior y pedirme ese cóctel que me había sugerido el abogado. Todo lo solicitado que había estado el ascensor antes de subir a él, era historia.

Leonardo de Torrevela comprobaba la pantalla de su teléfono móvil con aparente concentración. Dios bendiga la tecnología en momentos como aquel. A falta de una subida más, bloqueó el dispositivo y me dirigió unos segundos de curiosidad.

Nuestras miradas se encontraron por accidente, su expresión corporal se abrió.

—¿Nos conocemos de algo? —Preguntó con la visión fija en mí y el mentón agachado.

Inconsciente, fruto del nerviosismo y el embuste, toqué el puente de mis monturas.

—No, que yo sepa —dije y sonreí inseguro.

—Su cara me resulta familiar —respondió abrumado—. Como si le hubiese visto en alguna parte...

—Seguramente me confunda con alguien que conoce... El subconsciente suele engañarnos con facilidad, siempre en busca de rostros similares.

—Tal vez... —contestó y dejó de insistir—. Puede que sean las gafas... Tiene razón. Le habré confundido.

Las puertas se abrieron y ésta vez fui yo quien cedió el paso a mi interlocutor.

La cafetería de aire retro no era más que un gran salón con sillones de estampados, mesas de cristal, radios antiguas, una gramola, una falsa biblioteca pintada sobre la salida de emergencia y una barra alargada de color rojo en la que un hombre y una mujer servían las bebidas.

La media de edad era superior a la mía, más acorde a la de la condesa. Una de las cristaleras tenía una salida al exterior. Varios grupos de personas bebían al otro lado de la ventana. De fondo sonaba una lista de temas aleatorios de piano jazz, con la intención de darle un toque de clase a un lugar que carecía de ella.

La condesa y su hija estaban sentadas en uno de los sillones del fondo, junto a Rodolfo Soriano, que ocupaba otro de ellos. El camarero llevó varios combinados en una bandeja de aluminio hasta la mesa.

Al salir del ascensor, Leonardo Torrevela fue con paso firme hasta su familia. Esperé que se calmaran los aires y di un vistazo por la sala. Aquel paripé no podría durar demasiado.

Saqué pecho y erguí la espalda para aparentar confianza.

Caminé hasta la barra con paso sereno y dando largas zancadas con el fin de llamar la atención de las dos mujeres. Una vez allí, me apoyé en uno de los taburetes.

—Buenas noches —dijo la empleada, una morena de ojos verdes, más joven que yo y con una sonrisa prometedora—. ¿Qué le pongo?

Tragué saliva y apreté el diafragma. Quería hacer un impacto.

—Un daiquiri, por favor —pedí con voz grave y sonora, imitando a los detectives privados de los años cincuenta—, con mucha lima, si es tan amable...

Ella asintió y esperé a que preparara el combinado con un brazo encima de la barra. Volví a dar un barrido a la sala para terminar en la mesa que tenía a mis espaldas.

Tocado y hundido.

Las pestañas de la condesa se movieron como el aleteo de una mariposa. Absorto, me pregunté si sería un flirteo.

Aboné la cuenta, agarré la copa por su alargado tallo y caminé hasta la terraza.

Desde allí podía ver toda la playa, el puerto y su esplendor en la noche, iluminado por luces amarillas y los tubos de colores que daban vida al nuevo bulevar.

Bordeé la terraza abriéndome paso entre desconocidos vestidos de noche y observé a los Torrevella tras el cristal. Leonardo no llegó a sentarse. Se agachó para decirle algo a su madre y se despidió del resto para tomar la salida.

La situación mejoró por momentos. Con Soriano a mi favor, camelarme a esas dos doncellas sería pan comido, además de entretenido. La diversión estaba asegurada.

Di un sorbo al cóctel y sentí la acidez de la lima en mi lengua. Me había pasado con las exigencias.

Caminé de vuelta y abrí la puerta. No hizo falta más que cruzar el umbral para llamar la atención de la condesa y de su hija.

—Buenas noches —dije asintiendo cuando las miradas chocaron. Debía ser cuidadoso con mis movimientos, elegante y seguro, como quien se juega su casa en una partida de póker. Cada segundo contaba. Alcé la copa y me dirigí a la condesa en la distancia—. Veo que todavía quedan personas con gusto. A su salud.

La condesa de Terranostra dirigió una mirada a su hija y ésta se sonrojó como una niña pequeña. Tenía sentido. Buscaba un pretendiente acorde a la finura de su hija y acababa de encontrar uno a su altura.

—¿Está solo?

Me hice el despistado señalándome a mí mismo.

—Pronto llegarán, espero... —contesté para bajar la guardia. Los solitarios nunca traían nada bueno.

—Siéntese con nosotros —dijo la condesa.

—¿Está segura? —Pregunté mirando a Soriano y la hija—. No quiero

interrumpir su noche.

—No interrumpes nada —dijo María Luisa girando, finalmente, el rostro hacia mí. De cerca era todavía más bella.

Titubeante, no supe bien cómo presentarme, así que opté por sentarme evitando las formalidades. Era la noche y no una reunión de negocios. Dado que Soriano ocupaba uno de los sofás y las damas el otro, me quedé en el tercero que había vacío junto a ellas.

—Agradezco la invitación —respondí elevando de nuevo la copa con una sonrisa preparada—. Mi nombre es Miguel Campechano... ¿Están de vacaciones por la Costa Blanca?

La condesa se rio con mi pregunta. Había mordido el cebo.

Beber le sentaba bien.

—No, en absoluto... —dijo ella respirando con placidez—. ¿Y usted, señor Campechano?

—En realidad, estoy de paso unos días por Alicante —expliqué poniendo un tono interesante en mi voz—. Tengo algunos negocios por esta zona.

—¿Qué clase de negocios?

Además de confiada, entrometida.

—Todos aquellos que generan beneficios —respondí y la mujer volvió a reír. Soriano parecía pasarlo francamente mal—. Inversión en criptomonedas, desarrollo de aplicaciones virtuales para teléfonos... Todo lo que tenga que ver con este mundo dos punto cero.

—Muy interesante... —dijo la condesa y dio un trago a su copa. Por supuesto, aquel ámbito la ponía fuera de juego—. Disculpe mi falta de educación, pero no le he presentado a mis acompañantes. Ella es María Luisa, mi hija, y este señor es Rodolfo Soriano, nuestro abogado.

—¿Y usted?

Soriano estaba a punto de sufrir un infarto.

—Beatriz de Finestrat —dijo ladeando la cabeza con una sonrisa—. La condesa de Terranostra.

—El gusto es mío, señora condesa —asentí con el rostro, señalé a María Luisa con la mirada y me dirigí a la madre, generando cierta incomodidad premeditada—. Si me permite, debo decir que ha heredado toda su belleza.

El comentario no tardó en sacar los colores de María Luisa, que se acaloró con el cumplido.

—Y la astucia —agregó la condesa.

María Luisa cruzó las piernas hacia mí, señal de interés silenciosa y dio un sorbo a una piña colada que sujetaba entre las manos.

—Dígame, señor Campechano —intervino con picardía—. Si dice estar

esperando compañía... ¿Por qué ha cenado solo esta noche?

La flecha se clavó en mi pecho.

Reí por puro nerviosismo, pero fui rápido y no permití que saliera al exterior.

—¿Me ha estado observando? Vaya, todo un elogio.

—El señor Campechano tendrá sus motivos —dijo la madre—. No seas tan entrometida.

—No es problema... —contesté quitándole hierro al asunto—. Lo reconozco, he venido solo, pero no se lo digan a nadie... De alguna extraña forma, este lugar me recuerda a mis viajes a Cuba... Sé que no tiene comparación, pero cierta decadencia y la sensación de que el tiempo no ha pasado por aquí, me hace sentir bien... La nostalgia se encarga del resto.

Las cuencas de la condesa se iluminaron. Soriano tenía razón.

—Pero, usted es muy joven...

Levanté una ceja.

—Que yo sepa, para viajar se necesita un billete, no la mayoría de edad —respondí—. Toda mi vida he sido un hombre de aventuras.

—¿Sabe? Me encanta Cuba, sobre todo, Santiago —dijo la condesa ya sumergida en la nebulosa de sus recuerdos—. No he conocido un paraíso igual...

—¿Y a usted? —Pregunté a la hija mientras los ojos de la madre se iban al cielo.

—A mí me gusta que le encante a mi madre —respondió con cierto coqueteo—. Como ve, todos salimos ganando.

—Yo todavía no he ganado nada —disparé—. ¿Dónde está mi premio?

María Luisa de Torrevella no pudo ocultar su sonrisa y agachó la mirada con timidez por unos instantes. Detrás de aquella muñeca de porcelana había un mujer astuta, calculadora y pícara. Conocía el perfil. No me lo pondría fácil.

—¿Se quedará mucho tiempo por Alicante? —Preguntó curiosa.

—Unos días.

—¿Es para todo tan breve?

—Depende del momento y del lugar.

Soriano no podía soportar más la tensión sexual que se había formado entre nosotros. Colorado como un pimiento, se abanicó con las manos y dio un trago a un vaso de agua.

—¿Saben? Siempre he sentido admiración por la vida palaciega —expliqué trayendo de vuelta a la condesa a la conversación—. Jamás pensé que terminaría tomando una copa con una de las familias con más renombre de la provincia... Me siento afortunado. Supongo que es mi día de suerte.

—No diga bobadas... —dijo la condesa con humildad—. Somos gente común, entregados a la corona, pero común, al fin y al cabo. Los hay con más

dinero que nosotros... Nuevos ricos, les llaman. Quizá sea usted uno de ellos.

Solté una carcajada. Aquello fue gracioso.

—Me temo que no —respondí y di un trago al ácido cóctel—. Sólo intento cuadrar mis cuentas.

Mis últimas palabras formaron un ligero silencio que apagó la conversación por unos segundos. Sorprendí a María Luisa con sus ojos puestos en mí y retiró la mirada.

Era hora de marcharse antes de dejarles un mal recuerdo de mi persona. Así que fingí que el teléfono vibraba en el bolsillo interior de la americana y me levanté. Después comprobé la pantalla con asombro y moví los dedos sobre el cristal para devolver el aparato al interior de la chaqueta.

—Ha sido un placer conocerles esta noche, pero siento anunciar mi retirada —dije dejando la copa sobre la mesa—. Sobre todo conocerla a usted, señora condesa, y a su hija... Ojalá el destino vuelva a cruzarse en nuestros caminos para seguir conversando en otra ocasión.

Como gotas de veneno, mis palabras surgieron el efecto deseado.

—No sea tan formal, señor... —dijo la condesa.

—Campechano.

—¿Por qué no visita nuestra finca antes de abandonar Alicante? —Preguntó entregada—. Estoy segura de que María Luisa estará encantada de ser su anfitriona.

Miré a la mujer. Ella guardó silencio.

Soriano, un paso por delante, se alzó de su asiento y me entregó una tarjeta de contacto.

—Llámeme cuando lo decida —dijo el abogado—. Me encargaré de encontrar un hueco que no interfiera con los compromisos de la familia.

Tomé la tarjeta, mostré mi mejor sonrisa y la guardé en el pantalón.

—Gracias —contesté—. Les llamaré. Agradezco su invitación. Disfruten de la velada.

Como el estudiante que sale después de un examen con la seguridad de haberlo pasado, caminé hasta el ascensor como si recibir invitaciones de la nobleza fuera parte de mi rutina diaria.

El plan había salido tal y como lo habíamos planeado, a pesar de no poder conocer en profundidad a ninguno de los miembros, ni tampoco examinar a ese Federico.

Pero no importaba. Lo que había conseguido era mucho mejor.

Tenía el paso directo a su mansión y eso me aventajaba. Por fin iba a sentirme como un caballero de verdad.

CAPÍTULO NUEVE

Una gaviota se posaba en mi ventana cuando sonó el teléfono. Abrí los ojos, cansado por el sinfín de emociones del día anterior, estiré el brazo hasta la mesilla de noche y agarré el teléfono.

El ave dio un salto y se perdió de mi vista.

Eran las siete de la mañana y en la pantalla aparecía un número desconocido.

—¿Sí? —Dije mirando por la ventana, curioso por quién habría al otro lado de la línea.

—Buenos días, Caballero —respondió Soriano con su particular tono militar—. ¿Todavía duerme?

—¿Se le ocurre otra cosa mejor que hacer?

—Disculpe... —murmuró. Estaba de buen humor—. Olvidaba que era escritor.

—¿A qué hora es la cita de hoy? Apenas he pegado ojo pensando en las armaduras que guarda la condesa en su casa...

—Muy astuto, pero no tan rápido —advirtió—. Hoy tengo para usted otra tarea.

—Ya decía yo...

—A pesar de que no comulgo con su manera de hacer las cosas, debo reconocer que anoche me impresionó. Por un momento, pensé que lo arruinaría todo. Lo vi venir, pero supo desenvolverse con arte.

—¿Así que han retirado la denuncia?

—¿Está sordo? —Cuestionó ofendido. Aquello era una negativa y entendí que ese abogado del demonio me exprimiría tanto como la lima de la noche anterior—. La condesa quedó prendida con usted... Está preocupada por su hija, ya sabe... Tiene una edad y sigue sin encontrar un pretendiente.

—Porque no querrá tener uno.

—Eso no es de mi incumbencia —aclaró—. Y tampoco de la suya...
Centrémonos.

—¿Qué quiere de mí?

—La señorita María Luisa estará en unas horas en el puerto de Alicante, en el yate de la familia —explicó con detalle—. Quiero que se presente por allí y la convenza para que se quede en tierra firme.

—Vaya, ¿a santo de qué?

—Dice que tiene la necesidad de acercarse al mar, pero es un embuste... Según mis fuentes, celebran una fiesta en los alrededores de la isla de Tabarca. No le quepa duda que estarán los moscones de la presa en busca de una instantánea. Por el bien de la familia, lo último que nos interesa es que publiquen fotografías de algún hijo de la condesa con aire despreocupado, después de la que está cayendo, ya me entiende...

—Entiendo —dijo pensativo—. Yo tampoco tengo intenciones de volver a esa isla... ¿No debería ser usted quien mediara con esto?

—Soy abogado y asesor, no su padre.

—¿Y qué opina la condesa?

El abogado rio.

—Para eso me paga.

—Espero que así estemos en paz.

—Yo también lo espero —dijo agitado—. No tarde demasiado. Allí estará ella con el patrón. Apresúrese antes de que sea demasiado tarde y no permita que les fotografíen juntos. Eso sería una desgracia.

—Para todos.

—Haga todo lo que esté en su mano —dijo y colgó.

La conversación me dejó destemplado.

Me había equivocado con ese hombre.

En el fondo, había sido un estúpido al creer que Soriano me dejaría entrar en su círculo de confianza tan rápido. Sólo miraba por su interés, por salvar su cuello y el de la condesa, y estaba dispuesto a chantajearme lo que hiciera falta siempre que le fuera útil.

Me puse una camisa azul y unos pantalones de color crema y salí del hostel tras el desayuno. Decidí prescindir de las gafas de vista, pues no iban a suponer ninguna diferencia.

Pensándolo bien, encontrarme a solas con María Luisa me daba una ventaja que Soriano había pasado por alto. Sin él presente, podría moverme con suavidad y delicadeza, marcando mis propios límites y los de la hija de la condesa. Estaba seguro de que ella me sorprendería, una vez estuviésemos a solas y no acompañados de su madre.

Conduje hasta Alicante en una mañana de cielo despejado que prometía ser calurosa. En menos de treinta minutos, había dejado el coche en el aparcamiento del puerto y me disponía a ir en busca de esa muchacha.

Soriano, nervioso, había olvidado darme más información sobre la embarcación, pero no fue necesaria. Sería más natural e improvisado.

Los barcos atracados rebosaban de tranquilidad. El puerto estaba desierto y sólo me encontré con algunos trabajadores públicos que limpiaban las calles. Bordeé el paseo mirando por las cubiertas hasta que, a lo lejos, di con las piernas bronceadas de una mujer. Era ella, no dudé en reconocerla. Llevaba el cabello recogido en un moño. Vestía una camiseta de color azul con los bordes de las mangas remangados y unos vaqueros cortos de color blanco.

Crucé la puerta del muelle y caminé a paso ligero sin que me viera.

Respiré hondo, estiré los hombros y preparé una de mis mejores sonrisas. El sonido de los zapatos despertó su atención.

Y allí estaba yo, casual, con las manos en los bolsillos del pantalón, la mirada protegida por mis Wayfarer negras y una relajada actitud ante la vida.

—¡Buenos días, señor Campechano! —Exclamó desde la popa del yate. A María Luisa pareció agradecerle mi inesperada visita—. Vaya una sorpresa...

—A decir verdad, para mí no lo es... —dije haciendo referencia al barco. Observé el nombre del barco: Trinidad. La obsesión de la condesa llegaba al otro lado del océano—. Bonito yate, por cierto.

Ella me devolvió la sonrisa.

—¿Qué hace tan temprano por aquí? —Preguntó—. No me diga que ha quedado con alguien, ya no le creería.

—No, para nada... Ni siquiera tengo barco. No podría permitírmelo —contesté dejándome fuera de su lista—. Aún así, soñar es gratis, ¿no cree? Me gusta verlos siempre que puedo. Eso es todo...

—Pues deje de soñar y suba —dijo animándome y me ofreció su mano. Ese detalle me sorprendió. Cogí sus dedos, finos y cuidados, y me impulsé para subir a la parte trasera—. ¿Ha subido alguna vez en uno?

—Nunca en uno como éste —dije y volví a sonreír. Aunque mostrarse

demasiado afable provocaba sospecha, no podía evitarlo. Esa mujer me desconcertaba—. ¿Va a alguna parte?

Ella me miró con recelo. Hubo algo en su vistazo que no me gustó. Si desconfiaba de mí, estaba perdido.

Tenía una larga faena por delante.

—A dar una vuelta, nada más.

—Quien da vueltas en el mar, termina perdido.

—Será una vuelta corta —dijo. Un hombre mayor que nosotros se acercó a la embarcación—. Aquí está Juan, el patrón.

María Luisa no parecía estar dispuesta a cambiar de opinión, pero debía intentarlo igualmente.

Me senté en uno de los sillones y miré a mi alrededor: barcos de todo tipo y de diferentes países. Navas que costaban más dinero del que yo vería en vida.

El patrón caminó hasta la sala de mandos y María Luísa trajo una botella de cristal de refresco de cola.

—¿Qué hay del cava y el caviar? —Pregunté haciendo referencia a la bebida—. Pensaba que ustedes se lo montaban mejor...

—Son las diez de la mañana, señor Campechano —dijo con desaire—. No le conviene beber antes de navegar. Podría sentarle mal.

Callé abatido por su respuesta y di un trago al refresco que me sentó como un bálsamo. A lo lejos, observé a una pareja que se aproximaba a nosotros, siendo incapaz de contemplar sus rostros a causa del sol.

Cuando di el segundo trago, la pareja ya había recortado distancia. Estaban justo debajo de mí.

—Esto sí que es una casualidad —dijo Blanca Desastres.

Iba acompañada de ese empresario con aires de modelo, vestidos de verano como dos turistas adinerados. El refresco salió de mi boca en forma de espuma. Era la última persona que esperaba allí y estaba a punto de hundirme en el ridículo—. ¿Desde cuándo navegas?

—Hola, Blanca... —dije aturdido—. No, no es mío...

María Luisa, que había entrado para hablar con el patrón, salió al exterior y puso los brazos en jarra.

—Anda, ya me extrañaba a mí que no estuvieras acompañado —contestó al ver a la hija de la condesa. Sentí rayos láser cruzándose entre ellas. María Luisa dio un paso al frente protegiendo lo que era suyo—. El otro día con una, hoy con otra, no has cambiado nada, querido...

Recé por que no pronunciara mi nombre. El cuello se me inflaba por momentos.

—¿Os conocéis? —Preguntó María Luisa acabando con las formalidades.

—Más o menos... —contesté—, cosas del pasado que no se llegan a olvidar.

—¿Perdona? —Preguntó Blanca ofendida.

—Blanca, no es momento de ponernos a sacar trapos sucios...

—Sí, mejor—sentenció María Luisa—. Hace un día demasiado bueno como para arruinarlo con historias del pasado, ¿verdad?

Se creó una tensión innecesaria. Observé a su acompañante y, por un momento, pensé que subiría hasta el barco para partirme la cara con sus manos de gigante.

Blanca y María Luisa se miraron con intensidad, hasta que la periodista agarró a su novio del brazo.

—Vámonos, antes de que el sol empiece a picar... —dijo y tiró de él para continuar el paseo en el muelle. Sin despedirme, observé a María Luisa que seguía los pasos de Desastres y su acompañante.

—¿Qué ha sido eso? —Pregunté intrigado.

—¿El qué? —Respondió y se retiró del borde de la popa.

—¿Conoces a esa mujer?

—Eres tú quien la ha saludado.

—Entonces, ¿por qué has dicho lo del pasado?

—Parafraseaba tus palabras —contestó. Yo me quedé mirándola y ella se detuvo frente a mí, harta de preguntas—. ¿Qué no entiendes?

El motor se puso en marcha y eso distrajo mi atención.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Ya te lo he dicho —dijo ella—. A dar una vuelta.

Nos movíamos.

—No he avisado... —respondí improvisando—, pero me mareo con facilidad.

María Luisa se acercó a mí y me puso las manos en los hombros.

—No te preocupes, relájate y no te pasará nada —contestó disfrutando con la escena—. Cuando quieras darte cuenta, estaremos chapoteando en el agua... Será más divertido de lo que esperas. Voy a traerte un bañador.

La había subestimado.

María Luisa era más ingeniosa de lo que hubiese imaginado. Me estaba poniendo a prueba.

El barco se alejó del muelle y lentamente nos marchamos del puerto. Había fallado a Soriano y no se me ocurría forma de detener a esa mujer sin tirarme al mar.

Tal vez aquello fuera lo más inteligente.

En medio del Mediterráneo, supe que no nos dirigíamos a la ínsula cuando el barco tomó rumbo norte y no este. A lo lejos veía la mancha que formaba Tabarca en el mar, cada vez más pequeña, hasta casi desaparecer de mi vista.

Olía a carburante y agua marina. La espuma del mar bordeaba el barco. El ruido de los motores se convirtió en parte de la melodía marina y el viento soplando en mi cara se transformaba en una sensación placentera.

Me quedé quieto unos minutos reflexionando sobre lo sucedido en el muelle, aguantando las preguntas antes de asaltar a esa mujer con ellas.

Que ella conocía a Desastres era tan evidente como que yo no sufría mareos. Pero, a saber, pensé.

Blanca Desastres había estudiado en colegios privados de Madrid, por lo que tampoco me extrañaba que ahora estuviera saliendo con un hijo de papá.

No la juzgaba, pues todos buscamos un porvenir. A veces, con nuestro esfuerzo y, otras, con el de otros.

A pesar de los años y la Historia de nuestra civilización, en la salud, el dinero y el amor, las reglas seguían sin parecer claras.

María Luisa abandonó el camarote con un bañador de rayas azules y blancas en la mano. Era uno de los clásicos, los que yo utilizaba, en los que el corte siempre quedaba por encima de la rodilla.

—Esto es lo que he encontrado —dijo ofreciéndomelo—. Es de Federico, creo que es tu talla.

—¿Vamos a bañarnos?

—¿Te da miedo el agua?

—No, en absoluto.

—Pues cámbiate —dijo ella y se rio—. Estamos llegando.

Entré en el interior del yate. Era amplio aunque no el más grande de los que había visto en el puerto.

En la parte delantera estaba aquel hombre a los mandos, sentado en asiento de piel acolchado. Junto a él, un salón cocina formado por muebles de madera, un fregadero, una nevera y una mesa rodeada por otro sillón. Unas escaleras daban a los dormitorios de la bodega. Bajé y pegué un vistazo. Las dos habitaciones parecían limpias. En una de ellas, sobre el colchón de una cama, estaban las prendas de María Luisa. Olía a perfume y desinfección. Anduve hasta el otro dormitorio, dejé mis pertenencias sobre la cama y me desvestí.

Cuando regresé al exterior, María Luisa se había desecho de los pantalones cortos y ahora lucía un triquini negro que dejaba al aire los laterales de su cintura.

Carne trémula.

Llegados a ese punto, entré en un ligero estado de confusión. Desconocía las

intenciones de María Luisa y me preocupaba no haberme sentido culpable por estar allí.

El patrón nos llevó hasta una de las calas que pertenecían a El Campello, un municipio costero que se encontraba a la misma distancia de Alicante que Santa Pola, pero al norte de la capital.

A lo lejos vi una montaña de edificios blancos y una playa de agua cristalina y arena natural. Una cuerda con boyas flotantes delimitaba el paso de los barcos y bañistas. El yate perdió velocidad.

María Luisa saltó hacia el agua sumergiéndose como un delfín. Me quité la camisa, la tiré encima de los sillones y la seguí. El agua fría despertó mis sentidos. Aquel chapuzón me devolvió a la realidad.

Ella flotaba en el mar como una sirena, ociosa al igual que una niña pequeña. Y yo, que iba en busca de la persona que intentaba arruinarme la vida, me preguntaba, si disfrutar por un rato, me pasaría factura.

Nadamos hacia el interior, chapoteamos como adolescentes entre miradas de complicidad y finalmente regresamos a la parte superior del barco.

—¿Te encuentras mejor? —Me preguntó con el cabello mojado. Le quedaba bien, dándole una imagen más informal, más cercana. Al final, iba a ser una buena persona—. No te he visto muy afectado...

—Habrá sido el barco, que no se movía.

—Iré a por el cava. Ya debe estar frío.

Mientras me secaba al sol, ella salió con una botella de Juve & Camps en una cubitera. Me entregó una copa, la destapó y sirvió el espumoso. Lejos de tierra firme, la sangre tenía el mismo color para todos.

Brindamos, bebimos y María Luisa se sentó frente a mí, al otro lado de la popa, en un asiento acolchado.

—No te imaginas cuánto necesitaba un día así —dijo despreocupada, como si nuestra confianza se fortaleciera—. Después de la que está cayendo...

—Perdona, no te entiendo... —fingí.

Ella me miró y se detuvo.

—Olvídalo, no te quiero aburrir —recoló y caminó hasta la mesa. Después agarró una cajetilla de Marlboro gris y se puso un cigarrillo entre los labios—. La vida no siempre es fácil.

—Precisamente, la vuestra es más fácil que la de otros...

Pero mi comentario le pareció una grosería.

—Eso es lo que muchos creen —respondió—, pero esto no está hecho para todos. Hay quien lo lleva mejor o peor, pero ser la hija de una condesa te da unas libertades y también unas obligaciones. Muchas veces me habría gustado no serlo.

Antes de sacar toda su bilis sentimental y hacer de aquello un drama innecesario, decidí tomar las riendas de la conversación y llevarla a mi terreno. Los sorbos de cava y el sol imponente me ayudarían con ello.

—No tienes que darme explicaciones, te entiendo perfectamente... —dije con voz conciliadora—. He leído algo en las noticias sobre lo que está pasando. Nunca es fácil cuando se trata de la familia.

—Precisamente eso es lo que más me preocupa, mi familia.

—¿Es cierto lo que cuentan?

Ella guardó silencio, miró a la copa, dio un trago y después dio una calada al cigarrillo.

—Si te soy sincera, no lo sé, aunque no me extrañaría... —respondió dándole con el dedo al filtro para deshacerse de las cenizas—. Yo no llevo los números, eso lo hace mi hermano Leonardo, mientras que Federico intenta meter mano en ellos. Pero sé que mi madre está preocupada y demasiado mayor para más disgustos...

—¿Tus hermanos sí y tú no?

—Es una batalla perdida.

—Ya, claro... —dije insatisfecho con su respuesta—. ¿Quién era esa mujer que os acompañaba en la cena?

Ella volvió a lanzarme una mirada.

Otro vistazo así y caería por la borda. Tenía que medir mi intensidad.

—¿A qué viene tanta curiosidad?

—No respondas si no quieres. Era por hablar de algo...

—Perdona, es que me pone de los nervios... —aclaró finalmente—. Es Sabrina, mi prima. Desde que está aquí, mi madre pierde los vientos por ella.

—Vaya, primeros síntomas de celos...

—No te equivoques —contestó—. Ha venido a por el dinero, pero nadie quiere verlo. Leonardo la ignora, Federico le baila el agua y mi madre le consiente lo que no está escrito, pero a mí no me toma el pelo.

Tenía una pregunta más para ella, pero decidí reservármela para más tarde. El sol picaba más de la cuenta y pronto tendría el mismo tono de piel que el abogado.

Disfrutando del espumoso y de su compañía, me acerqué un poco más a María Luisa con el fin de hacer de aquello un momento íntimo, aunque sin cruzar las líneas rojas.

—¿De qué conoces a Blanca Desastres? —Pregunté con voz grave y seductora—. No pensarás que me voy a creer tus embustes...

—No sé de lo que me hablas, la verdad —dijo ella sin moverse de su sitio.

—María Luisa, aquí no nos escucha nadie. Estamos en medio del mar.

Ella miró el reloj que colgaba de la cocina interior, sonrió y se levantó del sillón dejándome con la miel en los labios.

—¿Conoces algún lugar donde hagan buenos arroces?

—Conozco varios, pero...

—Tengo hambre... —dijo ignorando por completo mis palabras y mirando hacia la costa—. ¡Juan! Regresamos al puerto.

—Escucha...

—Siento interrumpirte, Miguel —respondió con voz suave—, pero soy una mujer frágil e incapaz de pensar cuando tiene el estómago vacío. Espero que lo entiendas... ¿A dónde me piensas llevar?

Me encogí de hombros y me puse la camisa para evitar convertirme en un chorizo criollo. Después me recosté en el asiento y miré en silencio a esa bella mujer.

La embarcación se puso en movimiento con dirección al puerto marítimo de Alicante.

Cansarme, un buen movimiento por su parte.

Me cuestioné cuál sería su estrategia, si es que María Luisa de Torrevella jugaba a algo, en caso de no improvisar.

De lo que estaba seguro era de que no se saldría de nuevo con la suya, no, con vino por medio. Tenía razón esa muchacha: iba a ser más divertido de lo imaginado.

CAPÍTULO DIEZ

Regresamos al puerto, caminamos hasta el aparcamiento y nos subimos en el Fiat 500 de color crema de Soledad.

Por supuesto, hubiese preferido conducir mi coche, pero era un riesgo que no iba a tomar. Puede que no fuese lo que ella esperaba de mí pero, a esas alturas de la película, me importaba un carajo.

En el interior del vehículo italiano parecíamos dos sardinas en lata.

María Luisa se fijó en la tapicería y encendió la radio. El locutor de Radio Nacional de España hacía un monográfico de Astrud Gilberto, la famosa cantante brasileña de bossa nova. Su voz era miel para nuestros oídos en una época en la que la música prefabricada copaba las listas radiofónicas. Con Gilberto poniendo banda sonora a nuestro trayecto, conduje hasta San Juan bordeando la costa. María Luisa permanecía silenciosa, disfrutando del paisaje como una turista más.

Entonces fue cuando entendí sus palabras.

No era fácil ser quien era, a pesar del lujo y las comodidades. Privilegios que servían como válvula de escape de una vida llena de presión y obligaciones. Arriba o abajo, la fragilidad de nuestra libertad era la misma para todos.

Crucé el centro y me dirigí al interior por la carretera que atravesaba las fincas alejadas del ruido. Minutos después y con las torres de edificios a nuestras espaldas, llegamos a Mi Casa, un restaurante conocido por sus arroces finos y la gastronomía típica alicantina, construido en el interior de una gran finca de aire rústico y rodeada de jardines. Un lugar bonito, rico y sin la necesidad de vestir de etiqueta. Hacía años que no iba por allí, pero era el sitio perfecto para comer sin sobresaltos y poder sonsacarle lo que necesitaba.

María Luisa vestía unos vaqueros y una blusa blanca y yo llevaba la misma ropa con la que había salido esa mañana.

El salón parecía una gran vivienda, pintado de blanco y con el techo de vigas de madera.

Un empleado nos llevó a una mesa para cuatro personas que había en uno de los laterales, junto a la madre selva del jardín. Me fijé en la decoración formada por cestos de esparto, tinajas restauradas y cítricos que daban color al entorno.

Con el poder de la decisión en mis manos, pedí una ensalada murciana, un plato de embutidos y un arroz de conejo y caracoles para dos. Para beber, opté por un crianza de Emilio Moro, ya que no tenían Ramón Bilbao, mi favorito.

María Luisa miraba a los comensales, personas de a pie, bien vestidas pero comunes como el resto de mortales. Las mesas del salón estaban ocupadas y habíamos tenido suerte de que una reserva se hubiera cancelado poco antes de llegar.

—Me encanta este sitio —dijo ella con asombro—. Es tan...

—¿Normal?

—Natural —aclaró—. Todo el mundo está disfrutando de su momento, sin importarle quién se sienta en la mesa de al lado.

—Por fortuna, suele ser así —dije con pena—. Al menos, en este país.

—En el país que tú conoces.

La metre trajo el vino, mostró la botella e invitó a María Luisa a que lo catara. A diferencia de Lara Membrillos, ella sí que tenía nociones de cómo hacerlo sin parecer una idiota. La base residía en la educación y en los intereses auténticos de cada persona, no en las modas ni en las apariencias.

—Me gusta, tiene un poso con fuerza. Genial para el arroz.

—Eres una caja de sorpresas, mujer.

—Crecí entre viñedos y barricas —explicó mientras la empleada servía el vino en las copas—. Alguien tenía que hacerlo. Leonardo y Federico siempre se interesaron más por las pesetas.

—El mayor contra el pequeño.

—Federico siempre fue el favorito de mi madre porque llegó el primero y eso Leonardo siempre lo llevó mal —explicó—. Ser el último para todo... Pero, con la muerte de mi padre, Leonardo se transformó de la noche al día. Se volvió más callado, tímido y empezó a generar problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Lo expulsaban de las escuelas, faltaba al respeto de los profesores... Mamá tuvo que enviarlo a un internado hasta que terminara el bachiller —prosiguió sin tapujos—. Apenas lo vimos en unos cuantos años y aquello pareció calmarlo. Para entonces, Federico se había ganado el trono y hacía lo que le venía en gana en la universidad, hasta que Leonardo empezó a estudiar.

—Lo dejó atrás...

—No, qué va —aclaró—. Leonardo se convirtió en otra persona después de pasar dos años en Nueva York. Había terminado Derecho y Administración de Empresas y se había marchado para estudiar un máster allí. Ninguno lo sabíamos, pero sólo mi madre parecía estar al corriente.

—Y Soriano.

—Sí, bueno... él es una extensión del cerebro de mi madre —dijo sonriendo y continuó—. Leonardo dijo que se quería hacer cargo del entramado de empresas, así, de la noche al día y sin haberlo consultado previamente.

—¿Y tu madre aceptó?

—¿Qué iba a hacer? —Preguntó—. Él le atacó donde más le dolía, reprochándole lo abandonado que se había sentido mientras que el resto llevábamos una vida feliz, un tema discutible pero, bueno... Puedes imaginar la reacción de Federico. A partir de entonces, las cosas en casa empezaron a ir peor

y todo se volvió extraño... Temo que Leonardo se esté cobrando una venganza personal. No me extraña que haya contratado a un escritor de poca monta para que publique las cuentas...

—¿Tú también crees que es ese infame de Caballero?

—No lo sé —contestó—. Pero Leonardo está obsesionado con hundirlo. Es confuso. Dicen que quien acusa a alguien sin razón, también oculta algo. Son mis hermanos, pero eso no exime que sospeche de ellos. Hay demasiados intereses personales en esta historia.

—Vaya, siento que todo haya tomado esta dirección... —dije anonadado por el bombazo que había soltado—. ¿Tienes buena relación con ellos?

Ella sopesó y dio un sorbo a la copa. El vino le afectaba como a todos y su debilidad era hablar demasiado.

—Como ya te he dicho, las personas cambian, al parecer, y no podemos hacer nada contra ello, por mucho que nos pese... Pero basta ya de este asunto, ¿qué hay de ti?

—¿De mí?

—Me he excedido hablando de mi familia —reprochó. No me gustó el giro que tomaba nuestra charla—. Creo que has oído más que suficiente por hoy. Cuéntame de ti, Miguel Campechano...

—Poco hay que contar... —contesté tocando la servilleta—. Soy hijo único, así que no puedo decirte mucho sobre hermanos. No llegué a terminar la universidad y decidí emprender por mi cuenta... Estuve de aquí para allá, invirtiendo, fracasando, hasta encontrar algo que me motivara... y aquí estoy. Para serte sincero, mi vida es algo monótona, aunque intento sacarle el mayor jugo posible a las oportunidades.

—¿Es ésta una de ellas?

Levanté una ceja y ladeé la cabeza.

—Para nada —respondí y di un trago a la copa. Los entrantes llegaron a la mesa y se lo agradecí a la persona que los trajo—. Ésta es una bonita casualidad. No tengo intenciones de aprovecharme de ti.

María Luisa se mordió el labio inferior ligeramente, como un acto inconsciente.

Pensamientos peligrosos.

—No llevas alianza... ¿Tienes pareja?

Otro golpe en toda la boca del estómago. Sabía desmontar a cualquiera.

—No me gusta ese término —respondí aireando su pregunta—. Las personas no se poseen, se acompañan.

—Entonces, ¿quién te acompaña?

—En estos momentos, María Luisa de Torrevella, la hija de...

—¡Chissst! —Susurró con el índice en los labios—. No lo digas...

Ella rio y bajó la guardia.

Supe que lo intentaría más tarde. Esa mujer no se iba a rendir con tanta facilidad.

Degustamos los entrantes y más tarde nos trajeron el arroz con conejo y caracoles en un bonito paellero de acero negro. El arroz estaba en su punto y en su justa medida, con apenas un dedo de grosor. El rostro de ella era un arco iris de sensaciones.

—Tu madre es una mujer simpática —comenté sacando de nuevo la conversación—. Cambió mi percepción de las cosas.

—¿De las cosas? De los nobles, querrás decir.

—Noble es todo aquel que posee un buen corazón.

—¿Y tú eres noble, Miguel?

—Eso creo. No necesito un título que lo corrobore...

Volvimos a reír.

Sentí que el alcohol empezaba a dar un color rosado a su cara y temperatura a la mía.

—Lo dices porque te invitó a la finca. A mí también me sorprendió.

—Soy un tipo afortunado —dijo con gracia—. Ahora falta que me invites a ver los viñedos...

Ella apoyó el tenedor en su plato.

—¿De verdad quieres verlos?

Le había dado donde más dolía, en su infancia. Con una sola mirada, entendí la falta de afecto que había recibido durante su infancia, cobijándose entre las uvas y los jornaleros que cuidaban de ella, aquellos que la veían como a una niña más, a pesar de ser la hija de quien les pagaba el pan. También vi que no estaba acostumbrada a los hombres como yo, aquellos que lograban ver más allá de su belleza o fortuna.

—Por supuesto. Estaría encantado de recibir una clase maestra.

Ella apoyó la cabeza sobre la mano.

—Supongo que te lo has ganado... —dijo abriéndose a mí—. Podemos ir antes de que te marches. Será un placer mostrarte dónde me he criado...

—¿Qué te parece al terminar la comida?

Ella me miró sorprendida, pero fue una reacción agradable.

—Está bien —dijo sonriente y agarró su monedero—, pero antes debo ir al baño... Si me disculpas.

—Pediré la cuenta.

María Luisa abandonó la mesa y se acercó a uno de los empleados del restaurante para preguntar por los aseos. Estaba siendo una comida fructífera.

Ahora sabía que no podía confiar más de la cuenta en Soriano si quería dar con el enigma familia. Él siempre respondería por la condesa.

Partiendo de la historia que me había contado y sin cuestionar su veracidad, el rompecabezas se complicaba: un hijo amargado por una adolescencia martirizada, otro con síndrome de niño terrible y una hija desolada que había crecido como bisagra entre los dos, sin la atención de su madre pero con el amor suficiente para preocuparse por ella.

A decir verdad, no me extrañaba que cualquiera de los tres tuviera intenciones de darle una lección a la condesa y al resto de la familia, sin contar con Sabrina, la misteriosa sobrina que había aparecido en el momento perfecto de la crisis para llevarse su trozo del pastel.

La mujer que nos había atendido al principio me trajo la cuenta en una carta de cuero. En el interior había un recibo y una pequeña nota doblada. Supuse que sería de agradecimiento.

La abrí y encontré un mensaje escrito a mano.

“Date prisa. El cazador está a punto de ser cazado.”

CAPÍTULO ONCE

Sentí un cosquilleo en el cuello.

Doblé la nota y la guardé en el bolsillo.

Me pregunté quién podría haber sido. Tal vez una broma, tal vez no. Quizá un mensaje de Soriano para alertarme de un peligro... Lo que estaba claro era que alguien me había estado observando mientras comía, y eso no me hacía la menor gracia. Si el cazador era yo, había que ser muy ingenuo para imaginarse quiénes eran los otros.

Cuando la mujer se acercó a retirar la carta, le sugerí con un gesto que se acercara.

—¿Quién le ha entregado la nota?

Ella se encogió de hombros.

—No sé de lo que me habla, señor... No he visto ninguna nota.

—Estaba en el interior, junto a la cuenta.

—De verdad, no tengo la más remota idea —explicó sin saber qué más decirme—. Puedo preguntar a mis compañeros.

En la distancia, vi la figura de María Luisa regresando a la mesa.

—Es igual, gracias —dije y la mujer se retiró. Cuando la hija de la condesa se acercó, me levanté de la silla y di un vistazo al salón poniendo atención en los comensales, pero no reconocí a nadie—. ¿Te parece si nos vamos?

—¿Ya? Pensé que tomaríamos café.

—Mejor lo hacemos en la finca —dije con movimientos torpes—. Acabo de recibir una llamada que me ha complicado la tarde...

—Podemos posponerlo para otra ocasión.

Me acerqué a ella, la cogí suavemente del brazo y la empujé hacia la salida.

—No, no, vamos...

Abandonamos el restaurante apresurados hasta el coche.

María Luisa caminaba confundida reclamando una explicación que no le podía dar. De hacerlo, no me llevaría hasta la finca y fracasaría en mi misión.

El coche ardía por dentro. Había olvidado colocar el parasol.

Arranqué, puse primera y salí de allí con la duda de si era cierto o no lo que decía el mensaje. Alejándonos del restaurante, por el espejo retrovisor no tardé en ver un Volkswagen Passat de color azul marino estacionado junto a la entrada. Hablando con uno de los empleados del restaurante, reconocí a uno de esos agentes de paisano que habían ido a visitarme en Santa Pola para después darles esquinazo en Alicante.

—¿Sucede algo? —Preguntó María Luisa desconcertada—. Actúas de un modo extraño, Miguel...

Encendí el aire acondicionado y giré la rueda al máximo para que se enfriara el vehículo. El sudor empapaba mi camisa. La digestión de la comida se volvía

más pesada.

—Tiene que haber sido el arroz... —dije y tomé la primera salida que encontré mientras observaba por el espejo—. Se me pasará.

—¿Sabes a dónde vamos?

La miré y ella se rio.

—No, para serte sincero...

—Al menos, conocerás Tibi —dijo y asentí. Tenía sentido. Tibi era un pequeño pueblo del interior, conocido por su castillo y por su cercanía a la Sierra del Maimó—. Cuando estemos cerca, te diré cómo llegar.

Lo que ella desconocía era que llevábamos compañía detrás.

Bordeé el barrio de la Santa Faz y tomé dirección a la autovía del Mediterráneo. El sedán azul nos seguía en la distancia sin acercarse demasiado. Encendí la radio para romper la monotonía del silencio y evitar despertar más sospechas. Cuando pasamos la rotonda de la universidad, tomé la salida que nos metía en la A-77 con el fin de despistarlos.

El paisaje era de lo más desolador, como en una película del oeste americano. Colores áridos, torres de cableado eléctrico, asfalto y una carretera vacía que nos llevaba hacia la sierra.

A esas horas de la tarde, sólo los más atrevidos o quienes viajaban de vacaciones se aventuraban a conducir bajo el ardiente sol dorado.

Aliviado, creí haber dado esquinazo a esos agentes hasta que volví a ver el coche a lo lejos, en el carril de incorporación.

Pisé el acelerador, consciente de que mi coche no superaba los noventa caballos de potencia. Me cambié al carril de la izquierda y adelanté a los tres vehículos que tenía delante. El coche alemán hizo lo mismo. El interior del Fiat vibraba revolucionado. Alcanzábamos los ciento veinte kilómetros por hora.

María Luisa miró por el espejo retrovisor, puso las manos sobre sus finas piernas y apretó el abdomen.

—Podrías ir más despacio —dijo sujetándose al reposa manos de la puerta—. No hay ninguna prisa por llegar...

—¿Tienes miedo? Ni siquiera estoy infringiendo la ley... —contesté mirándola con cara de preocupación—. Tan sólo quiero ver de lo que este coche es capaz.

Mantuve la velocidad, agarré con las dos manos el volante y volvimos a introducirnos en la A-7 para superar de nuevo el límite de velocidad.

La carrocería temblaba. Cualquier movimiento tosco y perdería el control del automóvil. Esa caja de sardinas era lo más inestable que había conducido en la vida. De pronto, el paisaje cambió y las praderas comenzaron a tomar una tonalidad más verdosa. Nos vimos rodeados de montaña. El coche de los agentes nos pisaba los talones.

María Luisa volvió a mirar por el espejo derecho.

—Creo que nos están siguiendo... —dijo alarmada y giró el cuello.

—No digas tonterías, ¿quién nos va a seguir? —Pregunté haciéndome el despistado—. Y más en este coche...

—Te lo estoy diciendo en serio, Manuel.

—Y yo a ti.

Una señal blanca marcaba el desvío que nos llevaba a Tibi.

—Es por aquí —señaló la mujer—. Por esa salida.

Pero no iba a tolerar que nuestros perseguidores conocieran mi destino.

Me mantuve en el carril derecho, pegado a la línea discontinua. De pronto, el Volkswagen Passat recortó un poco más la distancia. Tenía que pensar más rápido que ellos. El motor de mi coche no aguantaría mucho a ese ritmo.

—¿Estás sordo? ¿Qué estás haciendo? —Preguntó desconcertada—. Te he dicho que es esa salida.

—¿Qué? —Fingí preguntar de nuevo mirando al retrovisor. Unos metros más y me desharía de ellos.

—¡Te estás pasando el desvío!

—¡Ah! —Exclamé como un ingenuo.

Una isleta blanca ponía fin al carril de salida con una señal azul de plástico.

Sin encender el intermitente, giré bruscamente hacia la derecha y retomé la dirección antes de estrellarme contra el quitamiedos de hierro.

María Luisa puso las manos sobre el salpicadero, presa del pánico. Se escuchó una fuerte frenada procedente de atrás y varias bocinas al unísono.

El Volkswagen quedó al otro lado de la carretera, en la autovía, sin margen de maniobra. Un brazo salió por la ventana, pero era demasiado tarde para detenernos. Nosotros ya estábamos fuera y ellos se habían quedado atrapados en una cola de camiones que continuaban hacia el norte.

—¡Estás loco! —Gritó dándome un puñetazo en el brazo—. ¡Casi nos matamos!

Reí con fuerza, alegre de haberme quitado de encima a esas garrapatas.

Por fin, nuestros ojos vislumbraron los viñedos, las áridas montañas del paisaje del interior de la comarca y los bancales de olivos y almendros. Era como si, una vez fuera de la autovía, nos hubiésemos trasladado a otra zona completamente ajena.

Levanté el pie del pedal y relajé los músculos de mis brazos haciendo de la conducción algo placentero. María Luisa estaba molesta aunque más relajada. Me indicó con frases cortas cómo salir de la carretera secundaria que llevaba al pueblo de Tibi, para tomar el camino hacia la finca.

—¿Estás enfadada? —Pregunté con la voz de un niño arrepentido tras cometer una gamberrada—. No pretendía asustarte.

—¡Pues lo has hecho! —Exclamó, pero noté que era un reproche afable y que intentaba ser dura conmigo—. Eres uno de esos hombres...

—Locos por vivir, por hablar, por salvarse... —contesté parafraseando a Kerouac y sonreí tocándome la montura de las gafas de sol—. ¿Sabes qué? Deberías estar agradecida. Estoy seguro de que ha sido lo más emocionante que te ha pasado en los últimos meses.

La tensión se disipó.

Finalmente, el camino de tierra nos llevó hasta una gran extensión de viñedos

y una enorme masía de piedra, posiblemente construida siglos atrás, acotada por una cerca kilométrica que separaba el camino de la propiedad.

La gran puerta de hierro me permitió ver el interior de la entrada, en el que había un jardín con una fuente en el centro y unas escaleras de piedra que llevaban a un gran portón de madera maciza. Un lugar hermoso, más de lo que hube imaginado. En la entrada, había otro vehículo aparcado.

—Hemos llegado —dijo María Luisa quitándose el cinturón de seguridad.

Bajamos del coche y nos adentramos en la propiedad. En la puerta, atisé la figura de Soriano junto a la de otro hombre que reconocí al instante. Se despidieron y el individuo, vestido de americana y repeinado hacia atrás, caminó hacia nosotros.

Aquello me dio muy mala espina.

—Buenas tardes —dijo Luciano Román y, sin perder más tiempo, abandonó la finca.

—¿Conoces a ese hombre? —Pregunté nervioso.

Que Román estuviera allí, no traería buenas noticias.

—Será un conocido de Soriano.

Nos dirigimos al asesor de la familia, que seguía plantado en la puerta como un guarda, vestido de traje y con unos documentos bajo el brazo.

—Señorita, su madre desea hablar con usted —dijo sin mediaciones—. Me temo que es importante.

—¿Le ha pasado algo?

Soriano me miró tenso.

—La espera en el patio —abrevió.

María Luisa se giró y me tocó el brazo.

—¿Puedes esperarme aquí?

—Por supuesto... —dije, aunque no estaba seguro de que fuese a hacerlo—. Ve, no te preocupes.

Ella desapareció tras la puerta y aproveché para encarar al abogado.

—¿Qué hacía ese cretino aquí?

—Incordiar, como todos ustedes —contestó Soriano con cierta molestia en su expresión—. ¿Y usted? ¿Qué se le ha perdido en este lugar?

—Fue ella quien me invitó —contesté mirándole a los ojos—. Gracias por la nota.

Soriano echó la cabeza hacia atrás.

—No sé de qué me habla —dijo. Eso sí que fue una sorpresa—. Será mejor que se vaya, Caballero. Ha sido un error venir hasta aquí, ¿no lo ve? Ahora, esos mamarrachos de la prensa tienen algo con lo que chismorrear... ¿A qué nota se refiere?

—No importa, me habré confundido —reulé.

Si él no me había entregado el mensaje, era obvio de que había alguien más jugando en esa partida. Tal vez alguien que quisiera ayudarme desde el anonimato. Sin duda, el abogado no tenía las respuestas que buscaba, aunque yo sí poseyera las que él quería escuchar—. Será mejor que me marche.

—Por fin dice algo con sentido.

—¿Alguna novedad sobre la investigación?

—De momento, ninguna —respondió con brevedad—. Los de la prensa siguen pensando que es usted la persona que está publicando todas las miserias de la familia. Al parecer, además de las cuentas, también tienen información relacionada con la situación personal de cada uno... Un desastre, vamos. Han enviado otro informe a la redacción del Información para que se haga eco de la noticia. Gracias a Dios, he impedido que estas páginas llegaran a la condesa, así que debe estarme agradecido.

—Sin duda, es usted mi salvador —dije y acerqué la mano a la carpeta—. ¿Me permite verlos?

—Me temo que no puedo hacer eso. Márchese, de verdad —ordenó mirando a la puerta—. María Luisa regresará en cuanto se dé cuenta de que su madre no quería nada y que había sido un truco para hablar con usted a solas...

—Esa mujer es más lista de lo que creen todos.

—Lo sé, la he visto crecer —explicó y se rascó el mentón—. Ha hecho un buen trabajo y se lo agradezco, Caballero. Pero, se lo pido como favor personal y bien de usted... Manténgase alejado de ella, de la familia y de toda tentación de vida pública hasta nuevo aviso. Con suerte, haré entrar en razón a la condesa para que retiren la denuncia.

—Me lo prometió, Soriano. Por el amor de Dios.

—Lo sé. Hago todo lo que está en mi mano.

—Pues dese prisa —insistí.

—Buenas tardes, Caballero.

Me di la vuelta y abandoné la finca ignorando el hermoso paisaje que tenía a mi alrededor.

Las preguntas se amontonaban en mi cabeza. Crecían contradicciones en mi interior.

Por un lado, creía haber dado con algo. Por otro, me sentía herido y traicionado por todos, víctima de una treta sucia y rastrera. El embrollo de los Torrevella se había convertido también en un problema personal para mí.

Esos del Información olvidaban quién era Gabriel Caballero. Le iba a partir en dos la cara a ese Román, no sin antes averiguar el contenido de los papeles que le había dado a Soriano.

CAPÍTULO DOCE

Abandoné la finca y salí disparado hacia la capital. Nadie podía detenerme.

La mayor parte del viaje mantuve la mente en blanco. No lograba pensar en nada. En ocasiones, era lo mejor.

Dejé el coche mal aparcado en el interior del recinto del Diario Información, caminé hasta la puerta principal y me encontré, de nuevo, con esa recepcionista. Algo me decía que no lo tendría tan fácil para entrar como en mi última visita.

—Vengo a ver al señor Agulló —dije. Ella miró al guarda de seguridad con complicidad—. Dígale que estoy aquí.

—Lo siento, el señor Agulló no recibe visitas hoy —contestó sin levantar el teléfono—. Le diré que ha preguntado por él.

—Sé que están ahí arriba. Déjeme pasar, es urgente.

—Ya la ha oído —intervino el guardia—. No quieren recibirle. Tenemos órdenes exactas.

Miré al tipo, más proporcionado que yo y con unas manos enormes que podían arrancarme la cabeza de cuajo. Era corpulento, pero también lento. David contra Goliat. Sólo porque fuera más grande y más fuerte, no significaba que fuera más listo.

Dado que no me iban a permitir pasar, tenía que desviar su atención antes de correr escaleras arriba.

Miré alrededor de la entrada: sillones para esperar, plantas, mesas de cristal, una máquina de café y un dispensador de agua.

Tenía una oportunidad única y muy poco tiempo para hacerla funcionar. Si salía mal, no me quedaría otra salida que correr.

—Está bien... —dije relajándome y frotándome el mentón—. Como quieran.

Me acerqué al dispensador. El depósito era demasiado grande como para arrancarlo y lanzárselo. Afiné mi agudeza mental.

Agarré un vaso de plástico y lo llené de agua. Menos, siempre es más.

En un movimiento rápido, lo alcé sin perder de vista al guardia.

—¡Cógelo! —Grité y se lo lancé.

El vaso voló por el aire y el agua se derramó sobre él.

Una fracción de segundos que rompió su estado de atención y le obligó a reaccionar de manera inconsciente. El grandullón levantó la vista y mostró las palmas para recoger el vaso de plástico que iba hacia él. Después se echó las manos a la cara para no mojarse.

Me aproveché del despiste, corrí hacia el torno de seguridad, salté y me dirigí a las escaleras como un lince.

—¡Se ha colado! —Gritó la recepcionista levantando el teléfono.

Los trabajadores se apartaron de mi camino. Subí los peldaños de dos en dos, consciente de que mi suerte pendía de un fino hilo.

Cuando llegué a la planta superior, vi la puerta cerrada del despacho. En el interior, oí las voces de ese trío de truhanes. A mi espalda, sentí las pisadas de las suelas de goma del guarda, escuché su respiración entrecortada, ansiosa por machacarme los huesos.

No era una visita pacífica y ellos lo sabían.

Agarré velocidad y le di una fuerte patada al pomo dorado. Sonó un estrepitoso golpe. La madera astillada voló hasta caer en el suelo, la puerta se abrió y vi los tres rostros pálidos, sorprendidos, interrumpidos por mi entrada triunfal.

Román, Agulló y Serrano se reunían alrededor del director del periódico.

Se provocó un ligero silencio.

Agulló levantó la vista enfadado.

—¿Qué cojones haces, Caballero? —Preguntó furioso—. ¡Estaba abierto!

—Tenemos que hablar —dije señalándole con el índice—. Ahora.

—Has roto la puerta, imbécil... —añadió Román tapándose la cara con la mano y riéndose de la situación.

Una ligera brisa me sopló el cuello para convertirse en un picor acentuado sobre la piel. La mano de ese tipo me agarró del pescuezo y me empujó contra el suelo. El primer impacto contra las baldosas fue horrible, frío, seco. Forcejeé sin éxito para quitármelo de encima. El despacho se convirtió en un cuadrilátero improvisado de lucha libre.

Varios segundos después, estaba reducido en el suelo con la cara de ese ogro mirándome con odio.

—Déjalo, Martínez —dijo Agulló con un ademán de mano—. Ya me encargo yo de esto.

—¿Está seguro? —Preguntó el mastodonte—. Puedo avisar a los municipales.

—Bah, no se moleste... —respondió el director—. No es una amenaza.

Las miradas regresaron a mí, pero me guardé las palabras.

El grandullón me soltó y di con la frente contra el suelo. La sangre volvió a fluir por todo mi cuerpo.

—Si necesita algo, llámeme —dijo y desapareció de allí.

Respiré, puse las manos sobre el suelo y me apoyé para ponerme en pie. Los tres periodistas me observaban de brazos cruzados esperando una explicación, una justificación por aquello, pero no estaba dispuesto a dejar que le dieran la vuelta a la tortilla.

En la mesa había un montón de folios, los mismos que, un rato antes, Román había entregado a Soriano en una funda de plástico.

Miré con rapidez en busca de algún detalle, pero no vi más que correos electrónicos y el logotipo de Microsoft.

Cuando el director se dio cuenta de mis intenciones, cerró la carpeta y la alejó de mi vista.

—Te pienso cobrar la puerta... —dijo Agulló—. Ahora, ¿nos vas a decir qué coño haces aquí?

Miré a Román, que esperaba cabizbajo mi respuesta.

—Quiero ver esos documentos —respondí—. Quiero ver el informe que le ibais a entregar a la condesa.

—Este tío es idiota... —murmuró Agulló abochornado.

—¿Por qué tendríamos que mostrártelos? —Preguntó Román.

—Porque yo no soy quien los está filtrando y lo sabéis —expliqué señalándole—. Simplemente, os pone cachondos verme sufrir, pero estáis siendo cómplices del juego de quien está detrás de todo esto, como estúpidas marionetas...

—Mientras tú intentas camelarte a la hija de la condesa, ¿cierto? —Cuestionó de nuevo Román.

—Eso no es asunto tuyo.

—Entonces, a ver si lo entiendo... —intervino Agulló con tono de reflexión—. Dices no ser quien está detrás de los papeles y, sin embargo, eres el único reportero que conozco que tiene relación directa con la familia y la confianza para llevar a la hija de la condesa a su hogar... Para más colmo, en lugar de venir a tu casa de confianza, envías los documentos a la competencia más directa del diario, a sabiendas de los recortes en el sector, de la falta de suscriptores y, peor todavía, consciente del daño que nos puedes hacer... En fin, uno no sabe qué pensar, como comprenderás, pero lo último que puedo hacer es creerte.

—Y lo único que se os ocurre es chantajear a la condesa con una copia que ni siquiera es la original... —repliqué—. ¿Os dais cuenta de lo patético que es?

—Un poco de respeto, por favor —dijo Alfonso Serrano, el más dócil de los tres—. Aquí nadie ha juzgado tus métodos.

—Sus métodos sin infames... —comentó Agulló por lo bajo—, ni siquiera se ponen en duda.

Dialogar con ellos era como dar patadas a un ladrillo.

—Esta conversación es una pérdida de tiempo...

—No tendrías que haber cruzado esa puerta —dijo el director.

—¿Qué es lo que quieres? —Preguntó Román.

—¿Que qué es lo que quiero? —Cuestioné—. Hay alguien ahí fuera burlándose de todos nosotros. Si hubiese querido publicar esta historia desde un principio, ya lo habría hecho... ¿O es que no me conocéis? No necesito jugar al despiste para que pronuncien mi nombre. No tengo pudor en meterme en problemas.

—De eso no nos cabe duda... —comentó Serrano.

—Todavía no has dicho lo que quieres —insistió Román.

—Dejadme ver esos correos —dije y señalé a la carpeta.

Agulló soltó una fuerte carcajada.

—Caballero, no sé si eres tonto o pecas de idealista —esputó—. En caso de que te creyéramos, ¿crees que seríamos tan imbéciles de darte ventaja en este asunto? Con lo tramposo que eres, nos robarías la exclusiva.

—Y, si puede, te roba la cartera —agregó Román.

—Seguís sin entender nada.

—Te equivocas, eres tú el problema —apuntó de nuevo—. Recoge la poca dignidad que te queda y lárgate, de hombre a hombre.

Me mordí el labio a la espera de que algo inteligente burbujeara en mi cabeza, pero esa frase no llegó a cuajar.

—Así que esto es lo que buscáis... —dije asintiendo con la cabeza—. Está bien... ya conocéis cómo acaba la historia. Yo siempre gano.

—Guárdate las amenazas para el juez —dijo Román—. Nosotros nos encargaremos de sacarte guapo en la foto, no te preocupes.

Dialogar estaba de más.

Dado lo encontrado en esa redacción, salí de allí con la conciencia tranquila, sabiendo quienes eran mis rivales y con quién no podría contar.

Las cartas estaban echadas, los intereses por derribar mi presencia eran obvios. Pero no me asusté. Subir es fácil, mantenerse en lo alto, no tanto.

Abandoné por mi propio pie y regresé al coche. Después conduje por la costa hasta el apartamento de la playa.

Anocheceía lentamente y el horizonte se fundía en tonos rosados y violetas sobre un mar de color verde oscuro.

Todo aparentaba estar como lo había dejado. La calle gozaba de una tranquilidad placentera, poco común durante esos meses.

Caminé hasta la cocina, abrí la nevera y agarré un botellín de cerveza. Había sido un día largo y agotador. Las ideas no fluían y me sentía atrapado en una jaula invisible.

Con la mirada perdida en el interior de la habitación, me fijé en el interruptor bermellón de la alarma de la casa, conectada a través de la red telefónica. Eso me llevó a pensar que, quienquiera que hubiese filtrado los documentos, lo habría hecho dejando una huella. De ese modo, existiendo un patrón, tal vez pudiera dar con el domicilio de la persona que los enviaba.

Qué estúpido había sido al ignorar que los correos podían ser rastreados, aunque yo careciera de los conocimientos necesarios para hacerlo.

Saqué el teléfono móvil del bolsillo y desbloqueé la pantalla.

Eran casi las diez de la noche.

No creí que fuera necesaria la llamada que estaba a punto de hacer, pero no se me ocurrió nada mejor. Me aterraba enfrentarme a la soledad de la cama.

CAPÍTULO TRECE

A un par de calles de mi casa, esperé en la terraza de La Parmigiana, entre la vegetación, los gatos callejeros y el bullicio de la noche.

Un restaurante italiano de luces tenues, pilares de piedra, mesas rústicas, manteles de cuadros blancos y rojos y paredes coloridas. Era el único lugar abierto a esas horas en el que cenar sin sobresaltos. A mi alrededor había familias, la mayoría de ellas españolas, y parejas que habían optado por el halo de romanticismo clásico que guardaban esa clase de lugares.

No se hizo esperar demasiado.

Antes de que el camarero se acercara con la carta de vinos, vi su figura a escasos metros de la mesa.

—¿Vas a declararte esta noche, Caballero? —Preguntó Rojo con mofa. Estrechamos la mano y se sentó en la silla que había frente a mí.

—Lo haría si tuviera la conciencia tranquila.

El chico moreno que me había llevado hasta la mesa se acercó a nosotros.

—Buenas noches —dijo con acento italiano—. ¿Les dejo la carta?

—Gracias —dije.

—¿Saben que van a beber?

—Un Ramón Bilbao —contestó Rojo confiado.

El joven frunció el ceño en un acto reflejo y le entregó una carta de vinos.

—Lo siento, pero no tenemos ese vino... Sin embargo, les dejo la carta. Hay tintos muy buenos de la Toscana.

—Está bien —rectificó devolviéndosela—. Tráenos un buen tinto, eso es todo.

El empleado no supo cómo reaccionar por un instante, como si hubiera dicho algo inapropiado. Después recogió la carta y se marchó.

—Un lugar que no tiene vinos españoles... Ya te vale.

—Es un italiano —reproché—. No una taberna andaluza.

Rojo se rio.

—En el fondo me da igual. Vas a pagar tú esta cena —añadió acomodándose en la silla—. Y bien, ¿a qué se debe tanta urgencia? ¿Me echabas de menos?

—Sabes de sobra por qué te he llamado. Necesito tu ayuda.

El empleado regresó con un reserva de La Spinetta Chianti, lo mostró y Rojo hizo la cata. Tras darle la aprobación, sirvió las copas y pedimos unos entrantes de quesos y patés y una pizza para compartir.

—En realidad, me ha sorprendido que tardaras tanto en llamar... —dijo mirando a la botella de vino—. No te quejarás, has vuelto a las portadas...

—No tengo nada que ver con esto. Ésta vez, no.

—Ya, ya lo sé —dijo oliendo el interior de la copa—. No eres tan idiota para hacer algo así, aunque sí para darte a la fuga dos veces, una de ellas acompañado de una noble... ¿En qué cojones pensabas?

—Es más complejo de lo que piensas...

—En el cuerpo no se han atrevido a preguntarme todavía sobre nuestra relación, pero es cuestión de tiempo que alguien lo haga. ¿Sabes lo que eso significa?

—Más o menos.

—¿Más o menos? —Preguntó ofendido—. Que estás en la mierda, Caballero.

Los comensales de la mesa que teníamos al lado se giraron al escuchar las palabras del oficial. Éste les devolvió una mirada hostil y regresaron a sus platos.

—Así que explícate antes de que me beba el vino...

—Sólo intento cazar a quien está haciéndose pasar por mí —aclaré—. Contacté con el abogado de la familia y éste me dijo que sospechaba de alguien del seno, algún miembro que intentaba hundir el patrimonio de la madre. Así que forzó un encuentro para que conociera a la condesa y a sus hijos... No salió como esperaba, pero me gané la confianza de su hija. Eso es todo...

—¿Te has acostado con ella?

—Menudo disparate —contesté ofendido—. ¿Por quién me tomas?

—Por el crápula que siempre has sido.

—Pues te equivocas. Te recuerdo que soy un hombre feliz con Soledad.

—Sigue, anda...

—Esta mañana, el abogado me ha pedido que visitara a María Luisa y evitara a toda costa que fuera a uno de esos encuentros sociales llenos de fotografías.

—Ahora la llamas por su nombre, vaya...

—Déjame terminar, ¿quieres? —Reproché enfadado por su insolencia—. Era una buena oportunidad para estar a solas y sonsacarle información.

—¿Y bien?

—Tengo mi teoría, aunque me faltan datos. Hay demasiados interrogantes y presiento que están usando mi nombre como podrían usar el de cualquier otro para llamar la atención y confundir a la prensa... —continué dando un trago de vino—. Puede ser el hermano mayor, el que dirige la empresa. Es frío, carece de empatía y parece estar hasta las pelotas de aguantar al resto de la familia. Pero...

—Pero... —interrumpió.

—Por otro lado, está el pequeño, que tiene síndrome de Peter Pan y es especialista en arruinar lo que toca. Ahora, además, ha aparecido una sobrina de la condesa, así, de la nada...

—¿Ya la has cautivado con tu elocuencia?

—No he podido tratar con ella, pero con verla una vez supe que sus intenciones no eran buenas...

—¿Qué hay del abogado ese?

—Es un faldero de la condesa. No es de fiar.

—Ya... —dijo y dio otro trago—. ¿Y ella?

—¿Quién?

—La chica, coño.

Me entró un ligero calor en el cuerpo.

—No, qué va. Ella no puede ser.

—¿Por qué no? —Preguntó y puso los dedos sobre el mentón. Trajeron los platos y los colocaron en el centro de la mesa—. Te fías de la mosquita muerta. Espabila, Caballero...

—Porque no. Ella no le haría eso a su madre.

—La estás defendiendo.

—Que no, joder...

Rojo agarró una tostada de pan y untó el paté por encima. Después le dio un bocado.

—Estás cayendo en la misma trampa de siempre, inútil —respondió finalmente—. ¿No te das cuenta?

—No tengo razones para pensar que es ella —argumenté—. Tal vez haya necesitado más cariño de pequeña, pero se preocupa por su madre.

—Ese es tu problema.

—¿Cuál?

—Pues el de siempre, panoli —replicó limpiándose la boca con la servilleta—. Una mujer bonita te dice que está en apuros, tú te lo crees, te metes en un lío y al final tengo que ir yo a salvarte el culo.

—Eso no siempre es así...

—Pensé que habías superado tu fase de héroe... —dijo y se llenó la boca—. Por cierto, este paté está que te mueres.

Las palabras de Rojo calaron en mi conciencia como un potente herbicida. No quería escuchar lo que tenía que decir, pero podía estar en lo cierto.

—Estás volcando sobre mí tus traumas del pasado.

—Venga, no me fastidies ahora...

—Puede que María Luisa sea más inteligente de lo que muchos creen, pero no la veo capaz de hacer algo así.

—Lo único que veo yo —intervino el policía—, es que están sacando información confidencial en tu nombre y tú no estás haciendo nada por cubrirte las espaldas... No sé, Caballero, o has perdido facultades o el karma te está devolviendo las jugarretas del pasado... Tarde o temprano, van a dar contigo y te van a meter en un buen lío, seas tú o no quien haya enviado esos documentos.

—Sigues sin creerme...

—Claro que te creo, amigo —respondió dando otro trago—. Antes me creo a

un perro que a los tabloides... Así que ve al grano y dime para qué me has llamado.

Hice una breve pausa y nos trajeron las pizzas.

Rojo estaba en lo cierto.

Tenía poco tiempo y nada en mi bolsillo, pero la ocasión tampoco me había dado para más.

—La fuente envía los informes por correo electrónico —dije calculando la pisada—. He pensado que, tal vez, alguno de tus colegas de la Brigada de Delitos Informáticos...

—Ni de coña.

—Deja que termine...

—No, no te molestes, anda —insistió negándome la oportunidad de convencerlo—. No puedo hacer eso, aunque quisiera. Apenas tengo contacto con ellos, ya me conoces... Sus métodos contra los míos... Lo cuestionan todo, como si un puto ordenador fuese capaz de predecir el número de la lotería... En fin, es algo que me toca bastante la moral. Si me relacionan contigo, iré detrás de ti al paredón.

—Si rastrear el origen de los correos...

—Frena, *hacker*.

—Podríamos saber desde dónde los envía y anticiparnos a su próximo movimiento.

—Para eso tendrías que recibir un correo electrónico, ¿es el caso? —Dijo y dio otro trago—. Espera, no respondas. No... Ya te lo digo yo. Lo que estás pensando es un delito, Caballero.

—Ninguno de esos periodistas se enterarían de que hemos entrado en sus cuentas... La mayoría no sabe ni encender un ordenador —repliqué. La expresión de Rojo era neutra. Estaba dispuesto a escuchar, pero no a colaborar—. Piénsalo. ¿Y la de problemas que podríamos ahorrarnos?

Rojo sonrió, aunque no fue a causa de mi comentario, sino de la posición que estaba tomando.

—¿Te escuchas? —Volvió a preguntar—. Te estás convirtiendo en eso que tanto odias. Te estás convirtiendo en ellos, justificando un delito y así salirte con la tuya... Para empezar, el problema lo tienes tú y no yo... Rastrear una dirección no es tan sencillo. Cuando envías un correo, éste rebota varias veces. Podemos localizar el servidor desde el que es enviado, pero no su origen, siempre y cuando no haya documentos adjuntos...

—Pero los hay —interrumpí.

—Déjame acabar ahora a mí —dijo y me miró a los ojos. Su tono de voz cambió hacia un susurro de ultratumba—. Quien sea que está detrás, dudo que

cometa el error de no tomar precauciones, así que piensa con la mente fría y no te dejes llevar por tus emociones. Eres más listo que ellos. Lo somos... Esto es un caso local y privado, no una película americana de ciberdelincuentes. Simplifica, Caballero... ¿De dónde demonios salen esos documentos?

—Supongo que de alguna oficina.

—Las suposiciones no sirven de mucho en estas situaciones... —respondió, agarró la botella y sirvió más vino—. ¿Qué oficina?

—No lo sé.

—Entérate —contestó y cortó un trozo de la pizza con gambas y champiñones que había en el centro—. Haz lo que tengas que hacer, pero entérate... Si descubres quién tiene acceso a esos documentos, quién entra y quién sale de allí... empezarás a tener candidatos. Cuando estés seguro, te tocará seguirlos... y te llevará hasta la persona que buscas.

—Suenas demasiado bien.

—No, hombre —recló—. Para entonces, más vale que tengas preparado un buen numerito, uno de los tuyos, y asegúrate de que la prensa se haga eco... Eso te ayudará a disipar las dudas, pero has de atinar bien, el reloj no juega a tu favor.

Un plan inteligente, simple pero eficaz.

Rojo me abría los horizontes con la bofetada que necesitaba. No obstante, su estrategia no llegaba a convencerme del todo.

—No sé, Rojo...

—De todos modos —agregó terminando su bocado—, terminarías antes asegurándote una defensa especializada en estos temas, en caso de que se complicara la situación... Puedes pagarlo, Gabriel... Además, tampoco se ha demostrado que seas tú el culpable.

—¿Y dejar que se salgan con la suya?

—¿Quiénes?

—Los del Información.

—Ya veo... —dijo y sopesó sus palabras—. Dime la verdad, ¿por qué lo haces?

—Por saber quién está detrás.

—Lo sabía —contestó convencido—. Sabía que no lo hacías por quitarte el muerto de encima, sino por limpiar tu nombre. Otra vez, ese maldito ego te puede, Caballero...

—Si no lo hago, seré el hazmerreír de toda esta gente. Mi carrera también pende de un hilo.

Rojo bebió de la copa para aclararse la boca y tragó.

—Escucha... —comentó recostándose en la silla—, yo no soy tu padre para

decirte lo que debes o no hacer... Ya somos mayorcitos y nos conocemos desde hace algún tiempo... Si crees que es lo justo, ve a por ello. Lamento decirte que no estoy de acuerdo con tus acciones nubladas por la emoción... que deberías anteponer tu vida real a lo que otros piensen de ti...

—Es algo más que eso.

—Creo que te estás dejando llevar por una disputa personal entre los mediocres de tus colegas de profesión y tú, para ver quién se lleva el gato al agua o demostrar quién la tiene más grande —remarcó—, pero allá tú... Si das un paso en falso, si le tocas las narices a quien no debes, te verás en un follón... No tengo más que decir y eso tú ya lo sabes.

Guardé silencio y pedí la cuenta con un gesto de mano invisible mientras limpiaba las migas del mantel y pensaba en una respuesta.

No le iba a mencionar que también lo hacía por ella, por María Luisa.

Sin darme cuenta, su triste mirada se había apoderado de mis pensamientos. En el fondo, sabía que le gustaba. La pena que sentía hacia ella, sumada a la ausencia de Soledad, me impedía dejarla de lado.

Era un auténtico imbécil, pero no podía evitarlo.

Pagué con la tarjeta y caminamos hasta el final de la calle en silencio. Después bajamos una pequeña cuesta y llegamos al paseo que iba pegado a la playa. A lo lejos se podían ver las luces de Tabarca. Rojo miró a la isla y suspiró.

—Te lo has montado bien hasta ahora, amigo —dijo poniéndome la mano en el hombro—. Por tu bien, no lo arruines. Ninguno de los dos estamos para más fandango.

—¿Te quieres tomar la última en casa?

Rojo se rio.

—¿Vas a acostarte conmigo?

—Ya te he dicho que soy fiel a Soledad.

Ambos reímos de nuevo.

—Agradezco tu invitación, pero es tarde y tengo cosas que hacer... —dijo excusándose—. Ha sido agradable charlar contigo, Caballero. Piensa en lo que te he dicho, no seas bobo.

—Haré lo que pueda.

Rojo se acercó y me dio dos palmadas en el hombro.

—Buenas noches —dijo, dio media vuelta y se marchó por donde habíamos bajado. Después desapareció al doblar la esquina.

Hacía una noche agradable. Las aguas estaban tranquilas y el sonido del mar relajaba mis sentidos.

Regresé a casa calmado. Rojo era una de esas personas que sabían sacudirte la ansiedad del cuerpo con un rato de conversación. Con él, los dramas personales

y las cuestiones existenciales se convertían en puras nimiedades.

Al entrar en la casa, volví a sentir el perfume de Soledad por unos segundos. Todavía olía a ella. Ni siquiera había pasado una semana desde que se había marchado, pero parecían meses.

Me desvestí, subí hasta la planta superior y me acosté en la cama.

La cristalera estaba abierta, tal y como la había dejado la noche anterior. Las cortinas se movían por la brisa veraniega. El cielo oscuro y limpio y los luceros de la isla al fondo, en forma de pequeños puntos blancos.

Pensé en María Luisa, en todo lo que habíamos compartido esa tarde.

La conversación con Rojo había nublado mi juicio y ahora me cuestionaba si la hija de la condesa había sido justa conmigo. Si había alguna cosa que odiaba en esta vida, dudar de otras personas se llevaba la primera posición.

Dejé la mente reposar y puse la atención en una estrella del cielo. Sin esperarlo, el rostro de Blanca Desastres me vino a la cabeza, como si esa esfera luminosa llevara su nombre.

Ella y ese chico que la acompañaba.

Me pregunté cómo le iría y qué habría pensado al verme. Misterios que nunca llegaría a descubrir. Noté los párpados entumecidos y cómo la percepción de la realidad se distorsionaba lentamente, mezclándose con lo onírico. Me dejé llevar, pues no tenía sentido alguno oponerse, y comencé a caer hacia un agujero negro flotante.

A veces, pensar está sobrevalorado.

Dormir era el mejor analgésico.

Desperté revitalizado. Mi cuerpo pesaba la mitad que el día anterior y parecía que un rayo me hubiese recargado las baterías.

Salté de la cama hasta la ducha y me sumergí en un placentero baño de agua fría.

Dispuesto a poner punto y final a la carga emocional que había arrastrado durante los últimos días, decidí prepararme el desayuno en casa antes de angustiarme leyendo las noticias en la barra de algún bar.

Encendí el equipo de música y dejé que Coltrane tocara *My Favourite Things* para mí mientras me desenvolvía en la cocina.

Rallé tomate, tosté pan y calenté una cafetera.

De vez en cuando, me sentía bien haciendo aquello, al igual que en antaño cuando no me podía permitir el almuerzo en las cafeterías.

Una vez listo, disfruté de la quietud de mi momento junto a la ventana, contemplando los apartamentos de la calle y observando cómo las persianas seguían bajadas.

Miré el reloj de la cocina. Eran las ocho de la mañana.

Sentí una ligera vibración sobre la mesa. El teléfono se encendió.

Por un instante, dudé en atenderlo, pues no estaba dispuesto a que nadie rompiera aquel estado de paz que tanto estaba disfrutando. Pero la reflexión apenas duró.

Tan pronto como vi el nombre de Soriano iluminado en la pantalla, estiré el brazo y me llevé el aparato al oído.

—Buenos días, señor Caballero... —dijo la voz ronca y estirada del abogado, antes de que llegara a pronunciarme—. ¿Estaba durmiendo?

—No, esta vez no... —contesté y di un sorbo al café para aclararme la garganta.

—Me alegra escuchar eso... —comentó. Escuché una ligera risa de fondo. No supe interpretar si Soriano estaba de buen humor—. Tengo algo para usted.

—¿Otra misión de incógnito?

—No, no, nada de eso... —respondió y tomó aire, haciendo una ligera pausa—. Le llamo para informarle de que el señor de Torrevella no pondrá ninguna denuncia contra usted. Un alivio, ¿verdad?

—Vaya, eso sí que es una noticia —dije y me quedé quieto—. ¿Cuáles son las razones?

—Digamos que la condesa le ha hecho entrar en razón —argumentó—. No ha sido fácil, pero el interés de una familia no se negocia... En fin, salga a la calle, diviértase y haga lo que tenga que hacer, Caballero. Hoy es un buen día para todos.

Pensé en despedirme y colgar, pero ardía por dentro.

—¿Así, sin más? —Pregunté intrigado—. ¿Qué pasa con los informes? ¿Qué ocurre con la persona que está filtrando toda la información para cargarse el negocio con los japoneses?

La respiración de Soriano cambió. Ocultaba algo y pude notarlo.

—La familia se ha encargado personalmente de silenciar cualquier tipo de información... venidera —explicó indeciso—. Ningún diario volverá a publicar nada relacionado con el asunto.

—¿Qué? —Pregunté sorprendido—. ¡Están cometiendo un grave error!

—¿Disculpe?

—Les pedirán más dinero, tarde o temprano.

—Existen contratos por medio, está todo bien atado —aclaró el consejero—. La palabrería se la dejamos a ustedes.

—El enemigo sigue estando en su casa.

—Creo que he cumplido con la parte del trato, ¿verdad? —Dijo con ánimos de concluir—. Que tenga una agradable mañana, señor Caballero. Ha sido un placer conocerle.

La llamada se cortó antes de que respondiera.

Dejé el teléfono en la bancada y grité furioso.

Debía estar contento, pues no había denuncia por medio, pero no era así. Me sentía traicionado, vacío y cargado de ira, como si necesitara la presión de la justicia para sentirme vivo de nuevo.

Una vez quitada la denuncia y sobornados los diarios, mi nombre quedaba fuera de juego y yo sin pasatiempo.

El teléfono volvió a sonar.

Lo cogí con cara de estúpido, con el mismo semblante que ponen aquellos que creen tener la razón antes de escuchar al otro, y descolgué.

—Sabe que tengo razón, es un error lo que han hecho...

—¿Miguel? —Preguntó la voz almidonada de María Luisa. Reculé y me mecí el pelo—. ¿Estás bien?

—Perdona, me he equivocado. Pensé que eras otra persona...

Ella se rio con dulzura.

—Eso espero... ¿Sigues en la ciudad?

Su pregunta me descolocó.

Había olvidado por un momento mi segunda identidad. No le podía contar dónde estaba, ni tampoco quién era. No, al menos, hasta que todo se solucionara como era debido.

—Sí... He decidido quedarme unos días más —expliqué con voz de hombre de negocios—. Tengo algunas reuniones pendientes.

—Genial —contestó. Por su tono, supe que tramaba algo—. ¿Dónde te hospedas?

Imaginé la ciudad de Alicante de un barrido.

—En el Meliá —respondí marcándome un farol—. El que está junto a la playa... ¿Por qué? ¿Vas a enviarme flores?

Ella soltó una ligera risa.

—Ya te gustaría... —dijo—. Ahora entiendo que me encontraras en el puerto.

—Así es.

—Quiero verte otra vez, Miguel —señaló. Mis tripas se removieron. No esperaba que me lo dijera—. Voy de camino a la ciudad, te espero en la puerta de tu hotel.

—No, no... —contesté apurado—. He salido, estoy fuera...

—¿No quieres verme?

—Escucha, no es eso... Tengo una reunión con unos clientes para llegar a un posible acuerdo de cooperación... Terminaré tarde, pero podemos cenar juntos.

Ella esperó antes de responder.

—Vale.

—¿Y bien?

—Doy por entendido que vas a recogerme, ¿verdad?

Maldita sangre azul.

—Claro.

—A las ocho en la puerta del Amérigo.

—Así haré.

Colgué y me eché las manos a la cara.

Me encontraba entre la espada y la pared de mi conciencia. Lo que estaba a punto de cometer, podía traerme graves consecuencias. Más escándalos, más chismes y, cómo no, más problemas en mi vida amorosa. Si Soledad leía un titular en la prensa, me mataría y nuestra relación llegaría a su fin.

Por otro lado, era demasiado apetitoso tener a la hija de la condesa en bandeja, sólo para mí, sin límites de horarios ni coches patrulla pisándonos los pies. La oportunidad perfecta para reblandecer un poquito más su corazón y exprimirlo como una fruta hasta sacarle los entresijos de su familia. Un plan vil y deshonesto, pero un buen plan, a fin de cuentas.

La intuición siempre había sido mi brújula, por encima de las emociones, pero en este caso no sabía a quién escuchar. Si me quedaba mucho rato allí sentado, me arrepentiría de no haberlo hecho.

Me levanté y caminé hasta el mueble donde guardaba las llaves del coche. Agarré la americana azul, las gafas de sol y salí de casa.

Sin quererlo, ya había decidido.

CAPÍTULO CATORCE

A las ocho en punto de la tarde esperaba en la puerta del hotel Amérigo en el interior del Fiat 500 de Soledad. Me había tomado la molestia de reservar una habitación en la última planta del hotel Melía, un espléndido lugar junto a la playa del Postiguet con vistas al mar. No tenía intenciones de terminar allí con ella, pero quería mantener las apariencias.

María Luisa esperaba en la puerta principal, elegante con un vestido de color azul marino estampado con flores que le cubría los muslos y con el cabello suelto y lacio.

Toqué el claxon y su mirada se dirigió a mí.

Cuando subió al vehículo, el embriagador perfume llenó el interior avivando mis sentidos. Estaba hermosa, maquillada, cuidando cada detalle de su apariencia. Sin duda, quería sorprenderme, obligándome a que sólo tuviera ojos para ella. María Luisa conocía el juego de la seducción y había sacado todas sus armas.

Me dio un beso en la mejilla y se ajustó el cinturón de seguridad.

—Estás preciosa.

—Ya te he dicho que tenía ganas de verte —contestó y sonrió—. ¿Y tus gafas? Las había olvidado.

—Llevo lentes de contacto.

—Me gustas más así —dijo ladeando el rostro—. Con ellas pareces uno de esos escritores de pacotilla que intentan parecer interesantes.

—Peor sería una barba de chivo, ¿no crees? —Contesté y arranqué el coche para sumergirnos en el tráfico de la hora punta.

El destino era La Ereta, un exclusivo restaurante de moda construido en la subida del castillo de Santa Bárbara. Sin carta, dos menús a elegir y platos cuidados pero diferentes a los que solía comer en las tabernas castizas.

Aparcamos en la cuesta que nos llevaba hasta lo alto del castillo y caminamos por un sendero de piedra desde donde se veía una panorámica de la ciudad. Alicante era un lugar bello, tanto de día como de noche, y pasear por allí con el crepúsculo de fondo, hacía de la ocasión un momento propio del cine.

La reserva estaba a mi nombre ficticio. El restaurante era un lugar amplio de estilo minimalista, paredes de cristal y vigas de madera. También había una gran terraza exterior, la cual preferí evitar para no encontrarnos con caras conocidas.

Había estado allí antes, unos años atrás, en una de esas comidas con agentes literarios y personal de negocios que buscaban hacer un impacto en mí llevándome a lugares caros, con el fin de que creyera que su empresa estaba también a la altura.

Elegí una mesa situada en uno de los rincones por donde se podía ver el puerto y los tejados de la urbe.

María Luisa se sorprendió con la decisión.

En la mesa nos esperaban unas flores en un jarrón de cristal y dos copas de champaña. Detalles que me había encargado personalmente de pedir.

Agarré su silla y la invité a que se sentara. Después me acomodé y el metre se acercó con una botella de cava que no tardó en servir. A sus ojos, no éramos más que una pareja de jóvenes ricachones enamorados. A los míos, un combo perfecto para dar rienda suelta a mis preguntas.

—Eres una caja de sorpresas, Miguel —comentó tras el brindis de bienvenida—. No dejo de preguntarme cuántos secretos guardarás ahí dentro.

—Tantos como sean necesarios para vivir con intensidad —respondí con una sonrisa ensayada—. Sólo buscaba un lugar agradable en el que pudiéramos tener intimidad.

—Lo has conseguido.

—Me alegro —dije y toqué su brazo con delicadeza.

Pedimos uno de los menús, pero María Luisa no esperó a que llegaran los platos para desvelar la causa por la que se había reunido conmigo.

Sin razón aparente, tensó la columna y la expresión de su cara tomó cierta amargura.

—¿Estás bien?

—Sé quién eres, lo sé todo —dijo con voz seria pero sin levantar el tono.

Me hubiese gustado ver mi rostro en ese momento.

—¿A qué te refieres, María Luisa?

—Que lo sé todo sobre ti... Eres un farsante.

—Mira, no sé de qué me estás hablando, la verdad...

Los sudores fríos comenzaron a manifestarse por todo mi cuerpo.

Elegir aquel rincón no había sido la mejor de las ideas. Ahora estaba acorralado frente a ella y la salida, simplemente, demasiado lejos.

—No te llamas Miguel Campechano —señaló—. Tu nombre es Gabriel Caballero. Eres el periodista que ha publicado todas las difamaciones sobre mi familia.

Era una mujer fuerte, pero no estaba preparada para hacer aquello. Sentí la furia en su voz, aunque el odio que desprendía no iba hacia mí. Me pregunté cuántas veces la habrían ignorado, tomándola por una niña inocente.

—Escucha, no tenemos por qué hacer esto aquí.

—¿Así que no lo niegas? —Preguntó. Parecía que iba a romper en un llanto y eso era lo último que deseaba, ya no por el resto que nos acompañaba, sino por ella. Me rompería el corazón al ver sus lágrimas—. ¿Cómo has podido? ¿Qué clase de hombre eres?

—Tienes que creerme, si es que puedes hacer eso... —expliqué poniendo mi

mano derecha sobre su brazo. Ella no lo apartó y fue un buen indicador—. Yo no lo he hecho, no he sacado esos informes ni tengo el menor interés en hundir a tu familia... De hecho, desconocía vuestra existencia hasta ahora.

Levantó los ojos, cristalinos por el lagrimal, y guardó silencio sin moverse. Su tacto era suave como el de una muñeca de porcelana.

—Soriano contactó conmigo para que le ayudara —confesé desconociendo si aquel era un paso en falso—. Hay alguien usando mi nombre para haceros daño a vosotros y a mí, aunque esto último no importe. Le prometí al abogado que descubriría su verdadera identidad.

Ella apartó el brazo, yo evité que se deshiciera de mí.

Me miró de frente.

—¿Pretendes que me crea un argumento tan pobre?

—Debes hacerlo, María Luisa —rogué desesperado—. Eres la única persona en quien puedo confiar. Soriano y tu madre han sobornado a los medios para que guarden silencio, pero sólo os traerá más problemas económicos, más chantajes y la total quiebra... Tal vez no vean la luz, pero te aseguro que, si no lo aceptan, los documentos llegarán a los japoneses.

María Luisa dio un trago al espumoso.

Podía creerme o creerles a ellos.

Sin embargo, ella no parecía estar al corriente de los tejemanejes de la condesa y su asesor. Eso la hizo sentirse peor, abandonada por todos, insignificante como en la infancia.

—¿Por qué quieres ayudarnos?

—Porque así ayudaré a limpiar mi nombre —respondí con honestidad—. Los problemas de tu familia se han convertido en mi cruzada personal... Sé cómo te sientes, yo he estado ahí antes... Nadie más que tú quiere que esto acabe... Nadie más que yo desea encontrar a esa persona.

El cava y las palabras de redención afloraron sentimientos olvidados en el cuerpo de María Luisa. Por fin, las puertas de su fortaleza se abrían hacia mí. Había sido un golpe certero, arriesgado, pero útil. Contarle la verdad me había quitado un gran peso de encima, además de aligerar nuestra conversación.

Paso a paso, entre mariscos y delicados platos de cocina de autor, le expliqué cada una de mis hipótesis, exceptuando que ella fuera una sospechosa de mi lista.

María Luisa escuchaba con atención y asentía.

Después tomó su turno de palabra y me explicó lo lejano que se sentía de todos aquellos chismes. Al parecer, las cuentas de la familia estaban más que atadas por su madre y su hermano Leonardo.

Hasta ese momento, no me lo había contado todo.

La relación entre los hermanos fraguó cuando el más pequeño regresó de Estados Unidos y se puso al cargo del edificio de oficinas Marsamar, un complejo de cuatro mil seiscientos metros cuadrados situado en la entrada de la ciudad, la nueva base de operaciones de la familia Torrevela.

Fue una decisión de la condesa y no hubo diálogo por medio. A ella no le importó, pues siempre era la última en las decisiones de la madre. Empero, el nuevo cargo de su hermano afectó drásticamente a Federico, que esperaba ser él quien tomara el relevo.

—Recuerdo una mañana, antes del desayuno, ver a Federico acompañando a mi madre al salón con una carpeta bajo el brazo... —explicaba recreándose en las imágenes de su memoria—. Les di los buenos días, pero ni siquiera me escucharon. Mamá caminaba despacio, como aturdida... Hace tiempo que está bajo tratamiento, no sabría decirte muy bien de qué, pero logra que el psiquiatra le recete los ansiolíticos...

—¿Depresión?

—Tal vez... —murmuró—. El caso es que los seguí y me quedé en el marco de la puerta, vestida con el camisón... Federico llevaba un bolígrafo en la mano e insistía en que firmara los documentos... Yo estaba a punto de llorar, llena de rabia, pero no podía hacer nada, no era capaz de enfrentarme a él sola, y me quedé allí, clavada como una cruz...

De vez en cuando, el perfume de María Luisa llegaba a mí como un bálsamo de frutas. Su triste expresión lo decía todo. Quise consolarla, pero antes debía terminar su relato.

—¿Qué contenían esos papeles?

Ella alzó la mirada, como salida de un trance hipnótico.

—El testamento, la herencia... —señaló con voz suave y lineal. Dio otro trago a la copa y le serví más—. Gracias... Federico quería aprovecharse del estado de

mi madre para que firmara un borrador del testamento que había escrito antes de que Leonardo regresara... ¿Sabes? Antes de su regreso, éramos otra familia... Nunca llegué a entender qué cambió.

—¿Y lo hizo?

—No, no tuvo esa suerte... —contestó, esta vez con un tono más sobrio. La melodía de su voz cambiaba en torno a sus emociones—. Leonardo entró por la otra puerta del salón en ese justo momento y lo sorprendió con las manos sobre los papeles... Menuda escena más bochornosa... Suerte que nadie del servicio anduviera por allí... Sin mediar palabra, Leonardo le soltó un bofetón a Federico y éste intentó devolverle un puñetazo, pero Leo lo redujo en dos movimientos... Por supuesto, mi madre no se enteró de nada.

—¿Te vieron?

—No, que yo sepa.

—¿Lo hablaste con tu hermano?

—¿Estás loco? —Cuestionó ofendida—. Es lo último que desearía...

—¿Crees que alguno de ellos puede estar detrás de esto?

Ella me miró de nuevo.

Dudaba en compartir su opinión conmigo. Puede que hubiese ido demasiado rápido.

—No lo sé... —respondió—. Desde ese día, Federico ha intentado llamar la atención de nuestra madre, despilfarrando dinero en fiestas, dejándose asesorar por falsas amistades con tal de probar que era capaz de valerse por sí solo... y, sin embargo, no ha hecho más que perder y perder dinero... Es muy fácil de convencer para llevártelo a tu terreno. Te habría costado la mitad que yo... Es como un niño... Aún así, no creo que le alegre que los japoneses rechacen la oferta. Su forma de vida, tal y como la conoce, terminaría... La suya y la de todos nosotros.

—¿Y a Leonardo?

—A saber... —dijo y giró el rostro mirando el horizonte que había tras el cristal—. Desde que supo lo del testamento, no me extrañaría que quisiera dejar en la ruina a nuestro hermano... Leonardo tiene sus cosas aparte, pero son tan herméticas como él, ya me entiendes.

No, no lo sabía, pero era un dato que no importaba.

La venganza era siempre uno de los detonantes pasionales por el que se llevaban a cabo los planes más viles.

Cuanto más fría, mejor sabría.

—¿De dónde salen los documentos filtrados?

—No lo sé. Eso es lo más preocupante.

—En algún lugar estarán, ¿no?

María Luisa se rascó la cabeza.

—Ya te lo he dicho —reprochó—. Son mi madre y él quienes mueven los hilos.

Un ligero silencio se posó en la mesa.

Me seguía pareciendo un disparate que Leonardo quisiera aleccionar a su hermano mayor.

Caín y Abel, sólo que aquí resultaba complicado definir quién era quién.

Tras la pausa, retomé la conversación sin muchas expectativas. Estaba agotando los cartuchos emocionales de esa mujer y pronto se hartaría de las preguntas. Todos tenemos un límite.

—¿Por qué yo? —Pregunté para rematar. Tenía que hacerlo. La curiosidad era superior a mis fuerzas—. Es decir, ¿por qué me eligió a mí?

Ella sonrió.

—Leonardo siempre fue un chico alegre hasta que pasó lo que pasó y lo pusieron firme... —expresó—. Supongo que tiene tirria y cierto desprecio a los tipos como tú, desordenados, perdonados por la vida y cayendo en gracia allá por donde pisan... Para él, no sois más que unos desgraciados viviendo a costa de sus impuestos.

—Hay miles de escritores en este país...

—Pero sólo uno en mi mesilla de noche, Gabriel Caballero —respondió cambiando la postura de su cuerpo. De pronto, tal vez por las burbujas, María Luisa había recuperado la sensualidad y abandonado la pesadumbre—. Desde que te vi en la mesa del hotel Polamar, allí sentado con esas estúpidas monturas, solitario y esperando a que el teatro terminara... supe que eras tú.

Me sonrojé, no pude evitarlo.

Hacía mucho tiempo que alguien no me reconocía de esa manera. Me sentí halagado y una espléndida sensación de bienestar recorrió mi cuerpo erizándome el vello.

—Debo reconocer que no eres mala actriz...

—Tenía curiosidad por saber a dónde ibas —confesó—. Me hubiese gustado cazarte y entregarte a la Policía.

—Todavía estás a tiempo...

—Eres un hombre gracioso —contestó con una sonrisa—, pero mi hermano no piensa lo mismo, así que mejor no darle ideas... Que uno de tus libros descansara en mi mesilla no es una casualidad. Quería saberlo todo sobre ti para así conocerla a ella.

—¿A ella?

—Claro, a esa novia tuya del pasado —especificó. Ahora sí que no sabía por dónde iba—. Blanca Desastres se llama, ¿verdad?

Eso fue un golpe bien dado. María Luisa sabía dominar la conversación. Sin comerlo ni beberlo, me había arrinconado en su terreno.

—Tiene sentido, tu actitud en el puerto...

—Leonardo y ella tuvieron una relación en Madrid —prosiguió con esa voz sensual que acariciaba mis oídos—. Eso fue después de volver de América, antes de hacerse cargo del negocio familiar... Ella es la hija de unos burgueses españoles del barrio de Salamanca y coincidieron en repetidas ocasiones en el círculo de amigos de Leonardo... Ahí donde la ves, esa mojegata tiene más dinero que nosotros, aunque carezca de clase...

—¿Cómo surgió?

—Como todas —apuntó—. Empezaron a verse con más frecuencia, él se esforzó por sorprenderla y terminaron enamorándose, al menos mi hermano... Desafortunadamente, Leo, un hombre que siempre había conseguido lo que se proponía, fue incapaz de quitarle de la cabeza a esa chica al burdo escritor de novelas con el que había salido un tiempo antes... Por mucho que se esforzara, por mucho que quisiera reemplazarle, esa Blanca siempre terminaría pensando en él... La estupidez fue superior a él. Leonardo no pudo soportarlo.

—No hace falta que menosprecies mi labor... —comenté sacando el morro y asintiendo. Su testimonio me había dejado traspuesto—. Ahora, resultará que soy el culpable de todo...

María Luisa puso su mano encima de la mía y se acercó unos centímetros hacia mí.

—Yo no he dicho tal cosa, era una anécdota... —dijo aliviándose—. Tú has preguntado y yo te he respondido. Ahora ya conoces las razones por las que mi hermano no simpatiza con juntaletras... No siempre es bueno escuchar la verdad.

—¿Y tú? —Pregunté curioso. No tenía sentido enfadarme por lo que pensara ese amargado—. ¿Qué piensas de mí?

La botella descansaba vacía en la cubitera.

La velada había sido tan entretenida que, sin darme cuenta, delante de mí sólo quedaba una taza de café vacía y un plato manchado de postre.

—Tengo una opinión diferente a la de Leonardo... —susurró con sensualidad y miró a la botella—. ¿Por qué no nos vamos de aquí? Me vendría bien un poco de aire.

Pagué y salimos al exterior.

Estaba oscuro. Las farolas iluminaban el camino de piedra y ahora la ciudad brillaba con fuerza.

Me hubiera parado a disfrutar del paisaje, si no hubiera tenido una acompañante como María Luisa. Todavía quedaban más entresijos por conocer,

aunque había logrado tirarle de la lengua.

Ella se mostraba abierta, receptiva y advertí que sus señales la conducirían a un acercamiento físico. Tenía que evitar ese momento a toda costa sin parecer demasiado obvio. Si la rechazaba, se marcharía.

Le ofrecí el brazo con un gesto de galantería y caminamos con los pies sincronizados hasta llegar al coche.

—Un lugar interesante —dijo antes de abandonar el aparcamiento—. Espero regresar algún día.

—No sales mucho, ¿me equivoco?

Ella me miró con desaire.

—Lo justo. La discreción es una virtud.

Comprobé el reloj del coche. Eran las once y media pasadas y la conversación parecía llegar a ese precipicio donde todas las charlas mueren. Después de ahí, lo más digno era decir adiós.

—¿Quieres que te lleve al hotel? —Pregunté. Ella soltó una carcajada.—¿Qué es tan gracioso?

—¿Es así como seduces a una mujer?

—Sólo estoy siendo educado.

—Vamos al tuyo, que tiene vistas al mar. Tomemos una copa allí.

—La última —añadí.

—Sí, claro.

Lo que para ella estaba siendo una travesura, para mí era como una piedra en el interior del zapato.

Subimos hasta la habitación del hotel y encendí las luces al entrar.

—Pensé que lo del hotel era un farol —comentó al cruzar la puerta—. Ya veo que eres un profesional.

—Nunca se sabe...

Por la ventana se podía contemplar el mar desde una perspectiva diferente a la que tenía en casa. Allí estaba más alto y más oscuro, pero no dejaba de ser impresionante.

Abrí el mini bar y sólo encontré algunas botellitas de whisky y vodka.

Llamé a la recepción y pedí una botella de champán bien fría.

María Luisa se quitó los zapatos y se echó sobre la cama como si estuviera en su casa. Empecé a sentir un cosquilleo en el cuerpo, fruto del alcohol, el cortejo que ella estaba aplicando sobre mí y las hormonas revolucionadas que esperaban en mi cuerpo para salir como una armada espartana.

El empleado trajo la botella en una cubitera con ruedas y serví las copas.

—Debo reconocer... —dije al brindar—, que me ha sorprendido la historia de tu hermano. El mundo es un maldito pañuelo.

—No puedes contárselo a nadie, Gabriel —advirtió—. Nada de lo que te he contado... Ni siquiera a ella.

—Tranquila, tu secreto está conmigo... —respondí y me acerqué a la ventana—. Simplemente, me sorprende que tu hermano se fijara en una chica como Blanca, aunque no me extraña que fuese Blanca quien le hiciera eso a tu hermano... A mí me hizo lo mismo.

—Siempre nos atrae lo opuesto, lo diferente, aquello a lo que no pertenecemos... —contestó y bebió a la vez que se levantaba el vestido ligeramente, mostrándome el brillo de sus bronceadas y apetecibles piernas—. ¿Acaso crees que Eva sólo mordió la manzana porque estaba prohibido?

—Por eso estás aquí, ¿verdad? —Pregunté y me acerqué a los pies de la cama—. No sólo para morder la manzana, sino para saber qué se siente cuando lo haces.

María Luisa se acercó de golpe y se abalanzó sobre mis hombros.

Nuestros rostros se unieron y ella me besó los labios. Me vi envuelto entre su pelo y el agradable aroma a champú.

Con tacto, la agarré por los brazos y eché la cabeza hacia atrás.

—Mejor no, María Luisa —susurré y ella se mantuvo en su sitio.

Al entender mi reacción, se arrastró hacia atrás en silencio, generando una tensión desagradable entre los dos. De pronto, la habitación estaba helada y sólo quería marcharme de allí.

—¿No te gusto? —Preguntó insegura. Hasta las personas más bellas sufrían el temor de ser rechazadas—. ¿Es eso? ¿No soy tu tipo?

—No digas estupideces, eres una mujer... eres una de las mujeres más hermosas que he conocido.

—Eso se lo dirás a todas.

—A todas las que he conocido, por supuesto —contesté y sonreí. Ella percibió que algo no funcionaba. No estaba acostumbrada a las negativas y, mucho menos, a las de un hombre. Sin embargo, aceptó la derrota con decoro—. Existe una mujer y no se merece esto. Ella, no.

La hija de la condesa bajó las defensas y volvió a cubrirse las piernas.

—Al menos, duerme conmigo esta noche.

—¿No me has oído? No puedo...

Se acercó a mí y me acarició el rostro.

—Gabriel, mi amor... —dijo con una sonrisa—. No tengo hotel ni lugar en el que quedarme... Como tú, yo también he actuado sobre el guión. Una pena que no haya acabado con final feliz...

—¿Me estás diciendo que lo del Amérigo era una farsa?

—Tan falso como tus gafas.

Miré a la botella, a la ventana y a la noble que tenía delante. Mi sentido de la galantería me impidió echarla de allí.

—Puedo llamar a un taxi.

—¿De verdad lo piensas?

Volvió a pensar en las opciones y me di por vencido.

—Está bien, pero sólo dormir... —respondí—. Espero que esto no cuente como infidelidad.

La mujer estiró los brazos y se dejó caer sobre el colchón. Luego se levantó y caminó hasta el baño para darse una ducha.

En efecto, era una niña traviesa atrapada en un personaje feudal. En el fondo, lo que deseaba era realizar las fantasías que no había podido llevar a cabo durante la adolescencia.

Yo tenía lo mío y ella lo suyo.

Con lo que me había contado, no me costaría demasiado desenmascarar a Leonardo de Torrevella.

Abandonado en la habitación, me desabroché el primer botón de la camisa y agarré la botella por el cuello. Después di un trago y me senté en el lado de la cama que daba a la ventana.

Aquello no estaba bien, ni para ella, ni para mí. Existen ciertas acciones, aparentemente inofensivas, que siempre nos traen consecuencias.

Para cuando ella saliera, yo ya me habría dormido emborrachado de burbujas.

Así que esperé, con la voz de María Luisa cantando en la ducha, a que el cava de la botella se terminara, mis ojos se nublaran y la noche se convirtiera en un fondo de estrellas del modo más rápido.

CAPÍTULO QUINCE

Ella todavía dormía cuando abandoné el hotel. Me despedí con una nota y un beso en la frente y tomé rumbo a casa. Aquel fue un adiós y no lo que acostumbrábamos a ver en la pantalla.

Para mi fortuna, ese día no recibí ninguna llamada.

Tenía que organizar las ideas. Digerir todo lo que me había contado durante la velada.

Las disputas familiares cercaban el círculo de sospechosos, aunque no las tenía todas conmigo para averiguar quién era el causante de aquel escándalo.

María Luisa, hábil y manipuladora, se las había ingeniado para echar de la conversación a Soriano y a su prima Sabrina, enfocando la atención en sus dos hermanos, principalmente en el pequeño.

El testimonio no dejaba dudas de que Leonardo tenía motivos más que suficientes para hundir a su familia y poner a su hermano en ridículo ante la opinión pública, sin mencionar la cruzada personal que tenía conmigo, un detalle al que no le di demasiada importancia. Blanca Desastres era agua pasada en mi vida y, por lo que había comprobado en los últimos días, yo también para la suya.

La vileza de las intenciones de Leonardo se contradecían con el hermetismo que guardaba a su alrededor. Una madre conoce demasiado bien a su hijo y la condesa, a pesar de todos los errores que pudiera haber cometido en el pasado, no había dejado en manos de Leonardo los negocios familiares por azar. Si éste hubiese tenido interés por humillar a Federico, lo habría hecho de otro modo, sin ser tan estúpido de poner en juego su honor.

Vender el grupo de empresas a otra compañía cobraba más sentido.

Tal vez el episodio de la herencia hubiese tenido algo que ver con todo aquello, pero no eran más que suposiciones.

Por alguna causa que no me había contado, a María Luisa le interesaba que yo pensara de ese modo, y eso me produjo una desconfianza desagradable hacia su persona.

Finalmente, abrí el ordenador y me conecté a la red para buscar las noticias que habían sido publicadas durante los días anteriores.

Con todos los enredos de familia, había pasado por alto analizarlas con detenimiento. Pero no quedaba rastro en los portales ni en los buscadores. Todo había sido eliminado del ciberespacio, incluso de la memoria caché.

Así que tenía que regresar a la finca, esta vez sin que el abogado ni la hija se enteraran. Debía reunirme con la condesa y aclarar la incógnita que me impedía resolver el rompecabezas. Ella tenía la llave que me llevaría hasta mi doble.

Al día siguiente, desayunando en una de las cafeterías del varadero con la playa vacía frente a mí, agarré el periódico que un cliente había dejado en la barra.

Tuve un mal presentimiento al abrirlo. No fue para menos.

Las fotografías auguraban un mal presagio: Soriano, Leonardo, María Luisa y, cómo no, Gabriel Caballero.

El fin de los Torrevella: una herencia fraudulenta

Cuentas B y un testamento injusto

Un nuevo informe esclarece los motivos por los que Leonardo de Torrevella quiere vender Holding Terra a quien esté dispuesto a pagarlo.

El Diario Alicantino publica en exclusiva datos esclarecedores que ponen al descubierto la auténtica cara de los Torrevella.

Además de las anteriores noticias relacionadas con las continuas pérdidas económicas que los negocios de la familia han generado, un nuevo informe de carácter anónimo destapa las ampollas en el seno de la familia aristócrata alicantina.

Todo apunta a que un testamento redactado por la condesa de Terranostra, en el que beneficia en parte al hijo mayor, Federico de Torrevella, ha sido el detonante para la llevar a cabo la venta del grupo empresarial.

De este modo, Leonardo de Torrevella, director de

Holding Terra, tras previo acuerdo legal, recibiría una importante suma económica por el traspaso y mantendría su puesto como director sin que la venta afectara a sus intereses.

Así se extinguiría la posibilidad de que Federico de Torrevella encabezara la dirección del grupo en un futuro.

Por otro lado, existen rumores de que las empresas gestionadas por la familia lleven años manejando una doble contabilidad con el fin de eludir a Hacienda y los altos impuestos a pagar al Estado. De ser esto cierto, las negociaciones con el grupo nipón podrían verse en peligro.

A pesar de las amenazas a la dirección de este diario para evitar la publicación de la noticia, la familia de Torrevella ha tomado acciones legales contra la dirección de la empresa y contra el periodista y escritor Gabriel Caballero.

Las dudas sobre su autoría han sido esclarecidas tras sorprender al periodista reunido en varias ocasiones con María Luisa de Torrevella y Rodolfo Soriano, abogado y asesor de confianza de la familia.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El teléfono no cesaba de vibrar. La noticia había corrido como la pólvora. A mis compañeros de profesión no les importó hacer público mi número de teléfono entre sus contactos.

Números desconocidos aparecían constantemente en la pantalla. Era imposible manejar el aparato sin que se moviera.

Regresé a casa, desconecté la línea telefónica y bajé las persianas. Los buitres no tardarían en merodear por allí.

Cuando las llamadas parecieron cesar por unos minutos, busqué el contacto de María Luisa y la llamé.

Fracasé en el primer intento. Supuse que estaría furiosa.

Volví a marcar sin éxito, de nuevo.

Tras intentarlo cuatro veces, fue ella quien me llamó.

—¿Cómo te atreves a telefonar? —Preguntó ansiosa—. ¡Eres un cerdo hijo de perra!

—¡Espera!

—¡Me has traicionado, desgraciado! —Bramó al otro lado del aparato—. ¡No te lo voy a perdonar en la vida!

—¡María Luisa! —Exclamé—. ¡No cuelgues! ¡Yo no he sido!

—¡Pero cómo eres tan embustero! ¡Maldito farsante! —Continuó gritando—. ¡Me has utilizado para tu beneficio propio! ¡Sin dejar detalle en el aire!

—Tienes que escuchar lo que te voy a decir...

—No, Caballero... —dijo calmando la voz—. No pienso escucharte más. Te voy a aplastar como a una colilla... Nadie va a perdonar lo que le has hecho a esta familia.

Después colgó dejándome con la palabra en la boca. Detestaba esa sensación.

En parte, entendí la crispación de María Luisa y también que le costara creer que no había sido yo. Una cosa era confesar un secreto y otra que el secreto fuera acompañado de fotografías a todo color. El interior de la finca estaría en llamas a esas horas.

Busqué el teléfono del abogado, como último recurso, y marqué.

—¿Todavía le quedan ganas de hablar?

—Soy escritor, lo mío son las palabras...

—Veo que sigue igual de mezquino.

—Escuche, Soriano, no he sido yo, se lo juro...

—Me importa un carajo que haya sido usted o no —replicó con autoridad y enfado—. Las fotografías en las que aparece con la señorita María Luisa le hacen un flaco favor. ¿Qué le dije? ¿Cómo ha podido ser tan descuidado?

—Tengo que hablar con la condesa —respondí saltándome las preguntas—. Ella es la única persona que me puede decir qué es lo que está pasando.

—Puedo responder por ella.

—Hay cosas que se escapan de su responsabilidad.

—Entonces, me temo que eso es imposible.

—Venga, hombre... Déjese de formalidades. Sólo intento ayudar.

—Aunque quisiera, me lo impedirían... La condesa está ingresada en la clínica privada de Vistahermosa... —explicó—. Ha sufrido una crisis de ansiedad.

—¿Por la noticia?

—Por todo, en general...

—Presiento que tengo que dejarle.

—Dese prisa, no tiene mucho tiempo.

Me despedí y caminé hasta el exterior de la vivienda.

Ya no hacía falta esconderse. Estaba harto.

Abrí la persiana del garaje y vi mi Porsche Boxter rojo reluciente, esperando a que lo arrancara.

Y así hice. Me puse las gafas de sol y tomé rumbo a Alicante.

Por causas del destino, había estado allí antes. Visitar los hospitales nunca traía nada bueno.

La clínica privada era un gran edificio blanco de forma rectangular rodeado de palmeras.

El lugar estaba tranquilo. Dejé el coche en el aparcamiento público que había junto a la parada de autobús y di un vistazo para asegurarme de que no caer ante los focos de las cámaras. Colarme sin que me vieran, no sería fácil. Soriano no me había informado sobre la planta en la que se encontraba la condesa.

Dada la situación, lo más seguro es que la hubieran sacado de urgencias para trasladarla a una habitación más tranquila.

Caminé hasta la entrada, que gozaba de una sorprendente normalidad para la que estaba cayendo. Saludé a las dos recepcionistas y me acerqué al mostrador.

—Buenos días, ¿podrían decirme dónde se encuentra la familia de Torrevella?

Las dos mujeres me miraron con recelo.

—¿Es usted familiar?

—Soy Rodrigo de Torresmontes —improvisé adoptando un tono serio y formal—. El sobrino de Beatriz Luceros de Finestrat.

La confianza con la que había pronunciado mi inexistente apellido puso en alerta a las empleadas del centro.

—Un segundo... —dijo una de ellas y consultó algo en la pantalla del ordenador.

—¿Se encuentra María Luisa y Federico con ella? —Pregunté mientras esperaba—. Leonardo me lo ha comunicado esta mañana.

El aprieto de las dos empleados las forzó a ceder. Lo último que deseaban era jugarse el puesto de trabajo.

—Planta tres, habitación trescientos dos.

—Han sido ustedes muy amables.

Di media vuelta y caminé hacia los ascensores.

Cuando las puertas se abrieron, entré y pulsé el botón número tres. Antes de que se cerraran, vi a Federico abandonar el ascensor que había frente a mí. Agaché la vista y me hice el despistado. El aristócrata no llegó a notar mi presencia.

Estuvo cerca. Ahora tenía el campo libre.

CAPÍTULO DIECISIETE

La planta tercera del hospital olía a desinfección y a material clínico.

Di varios pasos en silencio, evitando el contacto visual de los bedeles y las enfermeras que se cruzaban por mi camino. Finalmente, allí estaba la puerta con el número 302 en una chapa metálica.

Toqué la fría manivela, la giré hacia un lado y empujé.

La habitación era aséptica, de color blanco, con un baño interior y una ventana por la que se podía ver la ciudad.

La condesa estaba acostada con los ojos cerrados, descansando en un momento de calma interior. Cerré con sigilo y di un paso al frente. Pese al ruido de mis zapatos, ella no hizo ningún gesto de interés. Recurrí al plan b y carraspeé.

La mujer levantó un párpado. La bolsa del suero estaba conectada a su brazo.

—¿Usted? —Preguntó confundida—. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha logrado entrar?

—Cálmese, no vengo a darle más disgustos.

Después abrió el segundo ojo y se incorporó para sentarse.

—Sabía que aparecería tarde o temprano... —confesó, siendo yo el sorprendido—. Mi hija me lo contó todo sobre usted.

—Lo siento —respondí sintiéndome culpable, sin saber muy bien por qué—. Lo último que deseaba era que...

—No se preocupe, sé que no pinta nada aquí —interrumpió—. Lo mío viene de lejos... No es fácil ser madre en esta familia, ¿entiende? Me pregunto qué he hecho para merecer algo así.

—Señora condesa, no tengo mucho tiempo... —dije acercándome a ella. La mujer me miraba del mismo modo que lo había hecho unas noches atrás en aquel hotel de Santa Pola. Tomé aire—. Estoy cerca de resolver lo que está sucediendo, pero necesito su ayuda. Me encuentro al tanto de lo ocurrido con el testamento, María Luisa me lo contó...

—No puede estarse callada...

—También sé que la presencia de su sobrina no le infunde ninguna confianza, aunque creo que ella sólo está por interés para ver qué le puede caer mientras chupa de las cuentas familiares... Tengo la impresión de que sus hijos están librando una guerra personal para acabar con todo lo que tienen... Uno de ellos está detrás de las filtraciones, de lo que está saliendo a la luz, y lo está haciendo a través de alguien que usa mi nombre. Sin embargo, soy incapaz de señalar a ninguno de los dos... Por eso le pido que me ayude a poner un poco de luz en este plano.

—Ay, hijo... —dijo ella adoptando un tono maternal—. Lamento decirte que todo el trabajo que has hecho no ha servido para nada.

—¿Cómo dice?

—Por supuesto que Leonardo y Federico se llevan mal desde que se conocieron... —explicó con tristeza—. La pérdida de mi marido me llevó a una fuerte depresión, de la cual no sé si me he recuperado... Quise ser una buena madre, pero carecía de instrumentos para ello... ¿Cómo iba a criar a dos hombres habiendo sido siempre una mujer de porcelana? Con María Luisa lo tenía más fácil pero, aún así, fracasé... Puse demasiada atención en corregir a esos dos mequetrefes...

—¿Por qué dice eso?

—Me absorbían la energía por completo —explicó—. Con el tiempo, Leonardo se alejó más del seno, hasta que lo envié al extranjero... Era la única forma de separarlos y establecer la calma en casa. Confié en Federico para que aprendiera a gestionar los números, pero lo suyo siempre ha sido la farándula, al igual que su tío...

—Por eso cambió de opinión cuando Leonardo regresó.

—Lo había enviado a Estados Unidos con ese propósito —contestó sin cargo de conciencia—. Él aceptó, con la condición de que Federico se quedara fuera de todo y, por supuesto, que no viese ni un céntimo de la herencia.

—Pero eso no es posible...

—Los abogados hacen que todo sea posible —aclaró—, pero una madre no cede al chantaje de sus hijos.

—Ya veo...

—Míreme —ordenó—. Soy una vieja, no me queda mucho tiempo en este mundo antes de que Dios me lleve... ¿Qué pasará con María Luisa y Federico? Sin dinero, se convertirán en un par de desgraciados miserables. Le pedí a Leonardo que vendiera la cartera de empresas y, a cambio, le dejaría toda la finca para él, la única herencia que nos queda de la familia de sangre.

—¿Todo por una casa y unos trozos de tierra?

—Es más que eso. Es nuestra historia.

—¿Y María Luisa? —Pregunté sorprendido—. Tiene un especial apego por los viñedos.

—Hijo, la vida es así. Ella ya es una mujer adulta y eso es cosa de hombres —respondió. No podía ser más clasista—. María Luisa tiene que encontrar un marido, como hice yo... Eso es todo.

Lamentablemente, no entendía de legados.

—¿Cree que es Federico quien está detrás de las publicaciones?

El rostro de la mujer se arrugó. Iba bien encaminado.

—Me cuesta reconocerlo, pero es así —confesó con dolor—. No se imagina lo que supone para una madre. Soy incapaz de pararle los pies, póngase en mi

lugar.

—Está claro que no actúa solo... Hay alguien más con él.

—Podría ser cualquiera. La pérdida de mi sobrina, por ejemplo. No me sorprendería...

—¿Tan ingenuo es?

—A mí no ha salido, desde luego...

—Soriano me dijo que intentaron detener a la prensa, pero no ha tenido mucho éxito el soborno...

—¿Lo dice por las fotos y los chismorreos? —Preguntó altiva—. Federico puede contarle a esos muertos de hambre lo que quiera... Todo lo que han publicado es irrelevante, no tienen pruebas... ¿Estamos arruinados o somos unos impostores? Esa es una verdad a medias, pero... ¿Quién no lo es? A los japoneses les importan un bledo esas cosas. Ellos saben de dónde venimos y la influencia que tenemos. Quieren seguir adelante. Si no sucede nada, en dos días firmaremos el acuerdo.

—¿No teme más escándalos? —Pregunté—. ¿Que el fraude se destape?

Ella sonrió.

—Estoy aquí por la edad y por el dolor que siento al ver lo mal que lo he hecho con mis hijos, todos enfrentados por el dinero, como burdos pobres... —respondió con desaire—. Lo que realmente me preocupa se encuentra a buen recaudo en las oficinas de Marsamar.

—¿Qué es?

—La contabilidad paralela... Eso pondría en riesgo nuestro compromiso con los nipones. Sólo Leonardo tiene acceso a los ficheros.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Porque sé que no va a ser tan imbécil de meterse donde no le llaman —contestó. Vi sus ojos y me clavó la mirada—. Le queda demasiado grande, señor escritor. Entrar allí no es como colarse en un hospital, además de ser un delito.

Al otro lado de la pared, en la lejanía, escuché voces familiares que me desviaron de la conversación.

Era Federico y venía acompañado de alguien más.

—Tengo que irme, gracias por su ayuda... —dije antes de darme la vuelta—. Por cierto... Su hija me ha denunciado.

La condesa guardó silencio. Agarré la manivela de la puerta.

—¿Es cierto que la rechazó? —Preguntó desde la cama con severidad.

Giré el rostro por última vez y encontré a una madre despechada.

—Así es.

—Entonces, asuma las consecuencias.

Abandoné la habitación, vi la figura de Federico de Torrevella en su traje y

acompañado de uno de los agentes que me habían seguido días atrás.

Caminé en dirección contraria a ellos hacia el final del pasillo.

Después tomé las escaleras de emergencia y desaparecí como una sombra silenciosa.

La botella de cerveza había dejado una marca de agua sobre el papel. Encima de la mesa de la habitación, una libreta abierta contenía notas escritas con bolígrafo.

Demasiadas mentiras sobre el tapete.

Había regresado al hostel Maruja tomando distancia de los problemas, buscando espacio para pensar y así ordenar todo lo que tenía en la cabeza. Pero, incluso aquel lugar, comenzaba a no ser del todo seguro.

Por fin, después de varios días de incesante trajín, tuve todas las piezas sobre el tablero.

—Sabrina, Sabrina... —murmuré en voz alta mirando a la pantalla del ordenador portátil.

Estaba dispuesto a saberlo todo sobre ella.

Al menos, todo aquello que los Torrevella desconocían o no se habían atrevido a contar.

Teclé su nombre en el buscador, seguido del apellido de la familia.

Aunque no fuera el suyo, los resultados no tardaron en llevarme al perfil de Sabrina Guerrero, una española de treinta y dos años, acomodada en Ginebra, sin profesión aparente, hija de un conde español y divorciada cinco años atrás de un pintor francés.

Estaba muy cambiada en las fotografías que encontraba. La prensa ginebrina no hablaba muy bien de ella.

Debido a los escarceos amorosos y la ruina económica de su padre, que malvivía de las rentas que le dejaba el hotel Geneva, situado en la parte más humilde de la capital, Sabrina era conocida como la sanguijuela española, ya que aprovechaba sus contactos de la burguesía local para acercarse a ricos solitarios e ilusos, tocados por la varita de la fortuna y el éxito, con el fin de pagar su estilo de vida.

Un ejemplar como pocos, pensé.

Además de los artículos de la prensa sensacionalista, la sobrina de la condesa de Terranostra había estudiado arte dramático durante dos años en Lyon. Sin pena ni gloria, su corta carrera terminaba con la interpretación de un personaje secundario en un cortometraje.

Al parecer, pronto se dio cuenta de que era más rentable fingir entre personas que ante las cámaras.

Culta, educada, conocedora de cuatro idiomas y con facilidad para desenvolverse en cualquier entorno.

Sabrina poseía el historial perfecto para ser quien estaba detrás de mi nombre.

Tras mi conversación con la condesa, reflexioné sobre lo mencionado en aquel edificio. No me había revelado el secreto de su familia por accidente, pero seguirle la corriente sin calcular mis pasos podía ser un error.

Me pregunté si era a mí a quien tentaba con un señuelo o si realmente era tan despiadada de apartar a su hijo de un modo tan ruin. No supe qué pensar.

Ya no podía confiar en ninguno de ellos.

Volví a mirar la foto de Sabrina.

El reloj de arena se vaciaba sin que hiciera nada por detenerlo.

María Luisa, despechada y confundida, me hundía la vida en público. La prensa local largaba mentiras sobre nuestra relación y el inexistente amor de verano que nos unía. Agulló y los suyos estarían frotándose las manos en la redacción. Todos me querían ver acabado.

El teléfono seguía sonando y Soledad no me había dado señales de vida.

De repente, oí una notificación, un sonido agudo procedente de mi ordenador. En la pantalla, un símbolo me advirtió de que había recibido un correo electrónico. Pensé que sería otro de esos correos basura, pero me equivoqué. Parecía una dirección anónima registrada en los servidores de Microsoft.

"Sé que estás ahí", decía el asunto del mensaje.

La respiración se me cortó.

Miré alrededor de la habitación y me levanté hacia la ventana. Comprobé que todo seguía en orden: la playa llena de bañistas, el bar atestado de clientes y las gaviotas en busca de un trozo de comida.

Di un trago a la cerveza y me moví alrededor del ordenador. Abrí el mensaje con intriga, pero no encontré más que una línea y un usuario de Telegram, la aplicación de mensajería encriptada que utilizaban los periodistas para evitar a la Policía. No me sorprendió que a esas alturas me hubieran pinchado la línea.

"¿Hablamos?", preguntó.

Abrí el programa desde el teléfono e introduje su nombre. Después inicié una ventana de diálogo.

El usuario MarkFelt entró en línea.

Tenía su gracia. Utilizaba el nombre del agente del FBI que había actuado como Garganta Profunda en el famoso caso Watergate estadounidense en los años setenta, revelando los secretos del gobierno de Richard Nixon. Pero, a diferencia de Felt, esta persona no buscaba desenmascarar a un presidente, sino arruinarme la vida.

Los dedos me temblaron antes de escribir.

—¿Es esto seguro? —Tecleé.

El usuario estaba escribiendo.

—Sí.

—¿Quién eres? —Pregunté. La respuesta se hizo esperar unos segundos.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Respondió—. Sabes de sobra quién soy.

—Sabrina —escribí.

—Frío, frío... Caballero.

Me froté las manos. Estaban húmedas y frías.

Notaba los latidos en mi cuello.

—¿Qué quieres de mí? No entiendo por qué me estás haciendo esto...

—Siempre has presumido de ser el mejor... a costa de otros —escribió—.

¿Qué se siente al probar tu propia medicina?

Me removi6 las entrañas.

Estaba dándole fuerte a mi ego y eso era lo que más me dolía.

Debía ser más inteligente.

—Si realmente eres quien creo que eres, temo decirte que tu broma se ha acabado.

De nuevo, se tomó una pausa para contestar.

—¿Ah sí?

—Sí.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Para empezar, no tienes la decencia suficiente para dar la cara —recriminé—. Si realmente quisieras emularme, no habrías escrito esa basura. Te falta clase.

—No me importa. El fin justifica los medios.

—¿Y cuál es tu fin?

—Ponerte a prueba, ver cómo tu carrera se echa a perder.

—Para eso, necesitarías otra vida. No me hagas perder más el tiempo. Das pena.

Cerré la pantalla y dejé el teléfono en la mesa.

Pegué un trago a la botella y di un par de vueltas sobre la habitación. El teléfono no emitió ninguna señal. Segundos después, volvió a vibrar. Tenía un mensaje nuevo.

—Las oficinas de Marsamar —escribió—. Última oportunidad.

—Ya te lo he dicho —repetí—. No voy a caer en tu juego.

—Las cuentas en negro —respondió. Volvió a tomarse un tiempo y continuó—. O lo sacas tú, o lo haré yo... De cualquier modo, irá a tu nombre, por supuesto.

—No sé de qué me hablas...

—Lo sabes de sobra —escribió—. Los japoneses quieren entrar en el mercado español por la puerta grande, por la reputación que les da absorber Holding Terra. Las pérdidas siempre se pueden recuperar, pero la contabilidad en negro es una infamia para todos.

Me sentí acalorado. Era demasiado.

¿De dónde demonios había sacado aquello?

Mordí su anzuelo.

—Buen intento, pero tu trampa apesta a kilómetros...

—Has perdido facultades, Caballero... —contestó tentándome—. ¿No eras tú quien decía aquello de quien no arriesga no vive?

Me detuve a reflexionar por un instante, buscando en los recuerdos a quién podría haberle dicho aquello.

Por desgracia, era una frase cliché que usaba a menudo.

A esas alturas de la conversación, mi atención estaba absorbida por la pantalla del dispositivo.

—Demuéstrame que eres tú.

—Yo te envié esa nota, en el restaurante —confesó—. Yo te avisé de que la Policía os seguía.

Las palabras me sobrecogieron.

Escuché pasos en el exterior.

Me dirigí a la puerta y abrí, pero eran unos huéspedes ingleses.

Regresé hasta la ventana y di un vistazo por ella sacando medio cuerpo por el marco.

—¿Dónde estás?

—Tan lejos, tan cerca... —dijo y me sentí atrapado, como si sus ojos estuvieran encima de mí—. El horario de oficinas termina a las siete. El guardia jurado hace el cambio de turno a las diez. De ti depende... Mañana puede ser un gran día para tu nombre o el comienzo de tu declive. Tic, tac, Caballero... tic, tac.

El corazón me latía con más fuerza. Si ese fantasma quería despertar un sentimiento de odio hacia él, lo había logrado.

—¿Y después qué? —Tecleé nervioso.

El usuario se desconectó.

Esperé unos segundos, pero no contestó.

Miré el reloj del teléfono. Eran las cinco de la tarde.

Me senté en el borde de la cama y miré al cielo rogando una respuesta.

Avisar a Rojo de lo que estaba a punto de hacer, no era una buena idea. Entrar en ese edificio para robar las cuentas ilegales, tampoco.

Pero existen momentos en la vida en los que una persona debe demostrar su valía, aunque ésta pueda resultar en vano. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí preparado.

No lo hacía por mí, tampoco por los Torrevela.

Criticar al sistema no sirve de nada si no somos capaces de evitar las injusticias que nos pasan por delante.

Como periodista, mi responsabilidad era la de desenmascarar a esa persona,

antes de que siguiera perjudicando a otras.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Me apresuré antes de que cerraran las instalaciones. Tenía media hora para pasar antes de que las oficinas terminaran su horario laboral.

El edificio Marsamar esperaba delante de mí.

Un complejo minimalista de siete plantas, dividido en dos bloques grises, uno de ellos con forma curva y ambos rodeados de una bonita arboleda que los protegía del asfalto.

Observé la puerta y los alrededores. Varias personas vestidas de traje entraban y salían de la entrada principal.

Como había supuesto, los Torrevela sólo ocupaban una parte del enjambre de oficinas, por lo que entrar no sería muy arriesgado, siempre y cuando no llamara la atención.

Cautamente, abandoné el coche y caminé hacia el interior bajo la mirada del guardia de seguridad que protegía los alrededores de la recepción.

Una pantalla de rótulos informaba de los nombres de las diferentes empresas que se registraban en el edificio. Atrás, quedaba la recepción en la que un joven sentado miraba por la pantalla de un ordenador. Regresaré más tarde, me dije. Rápido, conté las posiciones del rótulo y me quedé con la quinta planta.

Una bonita mujer esperaba junto al torno de seguridad que dejaba paso a los empleados del recinto. Me dirigí a ella y le regalé una sonrisa. Iba vestida de traje, a pesar del calor que hacía fuera. Llevaba unas gafas de pasta marrones y el cabello recogido en una cola. Era hermosa, tenía una mirada penetrante y destilaba seguridad. Supuse que sería la jefa de algún departamento.

Poseía una sola oportunidad para inmiscuirme allí dentro y no estaba dispuesto a dejarla marchar, así que empecé mi juego.

Detenido frente al torno, me eché las manos al interior de la americana en busca de una tarjeta de acceso que no existía. La mujer, que miraba su teléfono móvil, percibió mi fastidio.

—Maldita sea, debo de haberla dejado en casa... —murmuré mirando al suelo mientras me concentraba en mis movimientos—. Menuda cabeza...

—¿Vas a entrar? —Preguntó.

Giré el rostro.

—Eso intentaba...

—No es problema —dijo ella y puso la tarjeta sobre el detector—. A mí también me ha pasado a veces.

—Acabas de salvarme la vida —contesté aliviado—. Gracias... ¿Nos conocemos?

—Puede ser que nos hayamos cruzado, no lo sé... —dijo ella sonriente. Observé cierto coqueteo en su gesto, como si esperara que continuase con la interacción—. Somos tantos...

—Cierto —comenté—. Siempre hay una primera vez para todo.

Crucé la puerta de acceso y caminé hasta el ascensor. Cuando estaba a punto de alcanzar el botón, sentí el paso de unos tacones acercándose a mí.

—Espera —dijo la mujer. Un ligero cosquilleo se apoderó de mis piernas—. ¿A dónde ibas?

Tragué saliva con tanta fuerza que temí que me oyera.

—A tomar el ascensor...

Ella levantó una ceja, yo encogí los hombros.

—Deberías dormir más —respondió y colocó la tarjeta sobre el marco digital que había junto al ascensor.

Sin su ayuda, jamás lo habría conseguido.

—Sí, perdona... Es el maldito calor... Odio el verano.

—No importa —dijo con una mueca—. Que vaya bien.

Las puertas automáticas se abrieron y yo crucé el umbral. Cuando éstas se cerraron, suspiré profundamente.

Había estado cerca, de nuevo.

Vi los números frente a mí, pulsé el cinco y la cabina comenzó a subir. Cuando salí, topé con un solitario y vacío pasillo de dos direcciones.

Un óvalo blanco iluminaba la subida de unas anchas escaleras de piedra gris que subían al siguiente piso. A mi derecha, una recepción en forma de barra continua de madera y una pared repleta de casilleros. Junto a estos, una pared de azulejos se escondía hacia los baños. El techo era bajo y estaba cubierto por una alargada rendija metálica que funcionaba como extractor de aire.

Avancé unos metros hacia la izquierda siguiendo el canto de las voces que escuchaba a lo lejos y di con una mampara de cristal que funcionaba como puerta. Tras ella y desde la distancia, vi a Leonardo de Torrevela acompañado de un hombre y una mujer, ambos trajeados.

Antes de que me sorprendiera y me reconociera, porque ahora sí que lo haría, regresé al vestíbulo y me escondí en los baños.

Las luces se encendieron automáticamente con mi presencia.

Estaba solo y escuché mi respiración en el silencio.

Me giré hacia el espejo.

—Maldita sea... ¿Qué demonios estás haciendo? —Me pregunté en voz alta. El eco se apoderó del cuarto.

Estaba alterado, sentía un hormigueo constante por las manos y el ritmo cardíaco se me había disparado, pero ya no había marcha atrás.

Lo más gracioso de la situación era que todavía no había hecho nada. Podía salir de allí por el mismo lugar que había entrado y regresar a casa.

Entonces llegaron las dudas.

A lo lejos, oí el ruido de unas llaves y las pisadas de varias personas caminando hacia los ascensores.

Después, unos pasos se dirigieron hacia el lugar en el que me encontraba.

Con sigilo, abrí la puerta de uno de los urinarios privados y me senté en la tapa.

Elevé las piernas y esperé hasta que las luces se apagaron.

Tras cuarenta minutos de espera, la quinta planta del edificio se había quedado vacía. Empero, lo más arduo estaba por llegar.

Debía volver a la entrada del edificio y hacerme con las llaves de la puerta de la oficina.

Siempre había un juego de llaves en la recepción.

Abandoné los baños y me cercioré de no tener visitas inesperadas. Sólo mis pisadas irrumpían en el aterrador silencio del vacío.

Después tomé las escaleras, bajé hasta la entrada y me fijé en las cámaras de seguridad que, por suerte, apuntaban a la entrada.

En cuclillas, me moví como un reptil hasta el mostrador. En efecto, allí había varios cajones, pero todos ellos cerrados con llave.

—Mierda... —murmuré y oí un ruido que procedía de la puerta principal. Un hombre subido en una Vespa aparcó en las inmediaciones. Sin quitarse el casco, se dirigió hacia la entrada.

Salí disparado hacia las escaleras para ocultarme. El hombre abrió la puerta de las instalaciones, burló el torno de acceso y llamó al ascensor.

Desde mi posición no podía observar, sólo escuchar sus movimientos. Cuando me aseguré de que estaba dentro y las puertas se habían cerrado, subí las plantas al mismo ritmo que el elevador tomaba impulso hacia la oficina de los Torrevela.

Me detuve entre las dos plantas y pegué la espalda a la pared. Los zapatos abandonaron el ascensor y giraron hacia la mampara de cristal.

El desconocido musitó con molestia cuando se quitó el casco integral que le ocultaba el rostro. Sacó un manajo de llaves e introdujo una de ellas en la cerradura metálica.

La puerta se abrió.

Me desplacé unos metros y vi su figura de espaldas.

Se adentró en la oficina y caminó hasta uno de los despachos. Sabía lo que hacía. Me pregunté si sería él.

Recorté la distancia acercándome hasta la puerta.

Di un barrido visual y sólo vi mesas, sillas de oficina, ordenadores y un extintor que había junto a una cristalera que alguien se había dejado abierta.

Mi sorpresa aumentó cuando reconocí la silueta de Luciano Román vestido de traje actuando con movimientos mecanizados. No estaba nervioso, ni tampoco parecía apresurarse por encontrar el fichero que yo también buscaba.

—¿Román? —Pregunté.

El eco de la habitación amplificó mi voz.

Él se detuvo, respiró y se dio la vuelta.

Río con soberbia.

—Lo sabía —contestó él—. Estaba seguro de que eras tú.

—¿Qué cojones haces aquí? —Pregunté.

Estaba asombrado.

—¿Bromeas? Tú me has traído aquí, Caballero. Querías que viniera y aquí estoy.

—Te equivocas, yo no esperaba verte... —expliqué confundido—. ¿Cómo has logrado entrar?

Román se meció el pelo irritado.

—¿Pensabas que era imbécil? Yo también conozco a gente, ¿sabes? —Replicó—. Hay que tener amigos hasta en el infierno... Y, ahora, ¿me vas a decir dónde están los papeles?

Cuando Román descubrió en mi reacción que no sabía de lo que me hablaba, su expresión se tensó.

—Dime que eres tú quien se ha puesto en contacto conmigo...

—No tengo todo el día, idiota. ¿Es otro de tus trucos? —Preguntó decepcionado—. He hecho lo que me has pedido. Ahora cumple con la parte del trato. ¿Dónde cojones están los documentos?

Nos habían tendido una trampa a los dos, sólo que él seguía pensando que yo había sido el artífice de tal artimaña.

—Escucha, creo que nos han engañado para que acabásemos encontrándonos aquí.

—Venga, ya... No me cuentes historias baratas... —respondió y miró por los estantes—. Te has acojonado. Pensabas que no iba a venir. Pues mira, te ha salido el tiro por la culata. ¿Dónde están?

—Que no lo sé, ya te lo he dicho.

—Me estás hartando, Caballero.

De repente, el elevador se puso en funcionamiento.

Teníamos visita.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó asustado.

—Será mejor que nos larguemos.

—Yo no me voy a ninguna parte, inútil —afirmó—. No he arriesgado tanto para nada.

El periodista caminó hasta el despacho privado de Leonardo, separado por una mampara de cristal. Abrió la puerta, entró y buscó por los cajones.

—Nos vamos a meter en un buen lío, Román —insistí poniendo atención en el recorrido que hacía el elevador—. Usa un poco la cabeza.

—Vete al cuerno, anda.

El ascensor llegó a nuestra planta.

—Ajá, aquí están —dijo con una carpeta en la mano—. Tienen que ser estos.

Los pasos fueron más rápidos que mis movimientos. El tufo a colonia me obligó a darme la vuelta.

—¿Qué diablos? —Dijo Federico de Torrevella vestido de americana, camisa blanca y pantalones de pinzas—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Antes de escuchar una explicación, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y empuñó una pequeña pistola de color negro. Después nos apuntó con ella.

Levanté las manos y di un paso hacia atrás.

Sentí cómo el edificio se derrumbaba y yo con él.

Había llegado demasiado lejos, pero no era momento de lamentos, ni tampoco de escuchar las palabras de Rojo rebotar en mi cabeza. Lo único que me importaba era salir de allí sin un agujero en el costado.

Román levantó la vista y se quedó pasmado al ver el arma.

Federico dibujó una sonrisa, como si supiera que nos iba a encontrar en un aprieto.

—Maldita basura, eso es lo que sois —murmuró y se dirigió al despacho de su hermano—. ¿Qué buscas, desgraciado?

—Nada... No hagas ninguna tontería, por favor.

Román había perdido toda su altivez y ahora las piernas le temblaban. Nadie se acostumbra a ver de cerca el final.

—Así que sois vosotros quienes estáis publicando todas esas mentiras sobre mi familia... —dijo. No lo recordaba tan alto, ni tan seguro de sí mismo—. Vais a pagar por esto el resto de vuestras vidas.

—Te equivocas de persona... —dijo Román y me señaló—. Es él quien está detrás de todo este embrollo. ¡Él me ha traído hasta aquí!

—¿Serás cabrón?

Federico de Torrevella me miró dirigiendo el cañón hacia mi pecho.

—¡Tú!

—¡Eso es mentira! —Grité nervioso con las manos levantadas—. Yo también recibí el mensaje.

Federico volvió a sonreír.

—No me gustan las falacias y uno de los dos quiere colarme un gol —contestó y se dirigió al despacho de nuevo—. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

Román estaba pálido como una pared.

—Escucha, esto no es lo que parece...

—Dame eso —ordenó. El periodista se lo entregó y Federico echó un vistazo al interior—. De puta madre... ¿Os pagan bien por meter las narices en la mierda ajena?

Ninguno de los dos abrió la boca.

—Podemos arreglarlo, Federico, pero déjate de memeces.

—¿Arreglar el qué? Lo vuestro ya no tiene arreglo.

Miré hacia la puerta, todavía me quedaba alguna posibilidad de salir airoso de aquella situación.

—Es a él a quien tendrías que pedirle explicaciones... —volvió a acusarme Román. No le importaba que me dieran un balazo mientras el hijo de la condesa no lo desplumara—. Ni siquiera trabajo para el diario que ha estado publicando...

—Cierra la boca de una jodida vez y camina —dijo indicándole con el cañón de la pistola—. Vamos, rapidito.

La punta del arma lo dirigió hasta la pared de cristal que limitaba la oficina con el vacío exterior.

Federico sacó el teléfono móvil del bolsillo con la mano que tenía libre. Román se detuvo antes de llegar a la cristalera abierta y me hizo una señal con la mirada para que lo entretuviera.

—No nos vas a matar, ¿verdad? —dije sin pensar demasiado en lo ridículo que era preguntar aquello.

—Voy a llamar a la Policía —contestó mirando a la pantalla.

Entonces, sin avisar, Román se abalanzó sobre Federico para desarmarlo. La pistola y el teléfono cayeron al suelo. Se escuchó un fuerte golpe metálico. Federico, más alto que Román, se deshizo de él con un puñetazo y lo remató con una patada que lo desplazó varios metros. Todo sucedió tan rápido que no pude separarlos.

El cuerpo de Román se tambaleó hacia atrás acercándose a la puerta de cristal abierta.

El hijo de la condesa saltó hacia delante para agarrarlo, pero el periodista resbaló y cruzó el umbral hacia el vacío.

Después se escuchó un fuerte y lejano estruendo.

Cuando miré por la cristalera, el cadáver de Román yacía bocabajo sobre una mancha de sangre que lo rodeaba.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Un accidente. Esas fueron las dos últimas palabras que salieron de la boca de Federico de Torrevella antes de que un coche patrulla de la Policía llegara a las inmediaciones del edificio Marsamar.

La espera se hizo eterna.

Una hora y media más tarde, me encontraba en el interior de la comisaría de Alicante. Los agentes me llevaron allí para tomarme declaración.

Denunciado por filtración de datos confidenciales, acusado por desobediencia grave a la autoridad y allanamiento de morada y sospechoso de un crimen. Así empezaba el expediente que uno de los agentes leía en voz alta mientras esperaba sentado en un banco de plástico.

—¿Qué fue lo que sucedió, señor Caballero? —Preguntó la policía que me tomaba la declaración en su ordenador.

—Hubo un forcejo, el señor de Torrevella intentó detenerlo pero... —relaté repitiendo las palabras que Leonardo me había encargado si no quería buscarme problemas. Ninguno de los tres podía estar allí—, simplemente, resbaló por accidente.

—Claro —dijo el segundo agente que la acompañaba.

La policía tecleaba a toda velocidad.

—¿Qué hacía usted allí a esas horas? —Preguntó de nuevo.

Las palabras se me atragantaron.

De repente, alguien tocó el cristal con los nudillos. Los agentes levantaron la vista y la puerta se corrió hacia dentro. Era Rojo, con cara de pocos amigos. Suspiré.

Había venido a salvarme.

—Necesito hablar con este sujeto —dijo abriéndose paso—. ¿Me dais unos minutos?

—Inspector, estamos en medio de una declaración...

—Eso puede esperar, agente Robles —dijo apartando al policía—. Una declaración no nos dirá nada.

—Pero...

—Un par de minutos, eso es todo.

Los dos policías se miraron sin saber qué hacer. Rojo era el inspector jefe de la Brigada de Homicidios y aquel caso era suyo. Veterano en la comisaría, era mejor ceder en ciertos momentos que buscarle las cosquillas.

—Señor Caballero —dijo la mujer levantándose de la silla—. ¿Sería tan amable de disculparme unos minutos? Necesito hacer una llamada antes de continuar con su declaración...

Los dos agentes abandonaron la oficina. Rojo esperó a que se perdieran por el pasillo para cerrar la puerta.

Después regresó hasta el escritorio y dio un puñetazo contra la madera.

El golpe me echó hacia atrás.

—¿Qué coño hacías? —Preguntó cabreado—. ¡Os habéis cargado a un periodista! ¿Sabes qué significa eso para ti, gilipollas?

—Un momento, un momento... —dije empujando el aire con las manos—. Yo no he matado a nadie... Ha sido un accidente.

—Deja de repetir eso, pareces un tarado —contestó—. No me importa lo que haya pasado, no puedes tener más mierda encima... Estoy aquí para avisarte. No declares, no termines la declaración.

—Tienes que escucharme, Rojo...

—Siempre que te escucho, las cosas terminal mal... —intervino de mala gana—. Hagas lo que hagas, te van a hundir... Ahora tienes a la prensa y los Torrevella en tu contra, así que búscate un buen abogado y gástate los billetes de una maldita vez, por los clavos de Cristo... ¿Por qué no me hiciste caso? Es lo que tendrías que haber hecho desde el principio.

—Te lo digo en serio. Nos han tendido una trampa, a los tres...

—No me cuentes más historias, por favor.

—Mi doble nos ha contactado por mensajería para que fuésemos allí... al mismo tiempo —continuó—. Hemos mordido el cebo como aficionados...

—Sobre todo, tú... ¿Cómo no lo viste venir?

—Me dijo algo que me hizo creerle —respondí nostálgico—. Cuando estaba con María Luisa comiendo en San Juan, me dejó una nota avisándome de que la Policía iba tras de mí... En un primer momento, pensé que me había salvado y por eso le seguí la corriente. Ahora caigo en la cuenta de que estaba jugando conmigo todo el tiempo.

Los agentes tocaron a la puerta. Rojo hizo un gesto de mano para que se dieran la vuelta y se esfumaran.

—No nos queda mucho tiempo —dijo frunciendo el ceño—. ¿Por qué fuiste al edificio?

—Es una larga historia...

—Pues resume.

—Un chivatazo —dije—. Parte de la facturación en negro estaba allí guardada. Al parecer, los negocios no van tan mal, sólo que no está declarado lo que facturan. Sólo es pura apariencia. A los japoneses les interesa penetrar en el mercado, pero si se enteran del fraude, se echarán atrás.

—¿Y dónde están esos papeles?

—Ahora los tiene el hijo de la condesa.

—Pues asunto resuelto —sentenció el policía—. Están donde tenían que estar. No has logrado nada y te van a cargar un muerto. De puta madre, Caballero.

—Espera, no es así del todo... —repliqué levantando el dedo índice—. Federico de Torrevella no tiene permiso para acceder a esa información. La misma condesa me ha confesado en el hospital que sospechaba de su hijo.

Rojo se tapó la cara.

—¿También te has colado en una clínica sin permiso?

—Tenía que hacerlo —expliqué levantando el pulgar—. De todos modos, tampoco sé si creerla, estaba medio drogada... El caso es que no sé qué hacía allí, una vez que el edificio había cerrado. Han debido avisarle, como al resto, pero él no parecía comportarse como alguien que desea traicionar a los suyos... Intrigante, ¿no crees?

—Lo de esa familia huele a podrido... —respondió frotándose la frente. El agente volvió a acercarse a la mampara de cristal—. ¿Por qué sigues hablando de tu doble como si fuera un hombre?

—¿Qué?

—La sobrina de la condesa.

—No, no, ella no puede ser —negué—. En el chat me habló como si me conociera y esa mujer no sabe nada de mí.

—¿Qué hay de la hija?

—¿María Luisa? Ya sabes lo que pienso.

—Habla con la vieja —añadió convencido—. Te sacaré de dudas.

—Ya lo he hecho...

—Háblale de ella, joder, que hay que decírtelo todo...

La puerta se abrió. Los dos agentes se habían hartado de esperar.

—Subinspector...

—Sí, sí... —dijo y se alejó de la mesa clavándome la mirada—. Gracias por su ayuda, señor...

—Caballero.

—Eso —contestó y miró a sus compañeros—. No perdáis el tiempo con él, no os contará nada relevante.

Rojo no quiso escucharme, pero yo tenía una explicación.

Recorté las fotos de la familia que habían aparecido en los diarios y separé a sus miembros. Después las coloqué sobre el suelo gris del salón de mi casa.

Organicé los hechos cronológicamente, desde el inicio de lo ocurrido hasta la muerte de Román. Algo se me escapaba, estaba seguro de ello.

Escribí sobre cartulinas los nombres de las personas con las que había tratado y con las que podría estar relacionado el asunto: Soriano, Agulló, Román...

Luego establecí conexiones entre ellos con hilos de colores.

El mapa era desolador.

La única persona que no parecía involucrada en nada era ella, María Luisa. No tenía conexiones con la prensa, no participaba en los negocios familiares, estaba fuera de las disputas con la herencia... A ella, la única conexión fuerte que asociaba era su madre.

Puse un interrogante sobre su foto. Era obvio que ganaba con diferencia al resto de sospechosos.

Tanto en la ficción como en la vida real, quien menos lo aparentaba era quien más culpa tenía.

Hasta el momento, había descartado ciegamente su posición, ya fuera por la pena, el cariño o el estúpido prejuicio de que una mujer tan inocente pudiera hacer algo así. No obstante, las piezas encajaban con solidez.

La nota del restaurante, un truco fácil.

Ni siquiera estaba en la mesa cuando me llegó. Pudo haber visto a la Policía llegar. Si conocía de antemano quién era yo, también sabría que me estaban buscando.

En ese momento, entendí por qué la condesa me había contado su secreto: ella sabía lo que estaba ocurriendo y no lo iba a reconocer en alto. No le importaba que Federico pagara el castigo, pero no iba a delatar a su hija.

No obstante, sabía que yo era el único que podía parar a los dos.

Verter sospechas sobre Federico, era parte de su ocurrencia y una de mis habilidades era aquella, la de leer entre líneas.

Detrás de cada hombre, siempre hay una mujer.

Toqué su foto con la yema de los dedos.

Coloqué un hilo rojo que la conectaba con su hermano Leonardo y un segundo que iba hacia mi foto. La sospecha ganaba fuerza: mujer desatendida emocionalmente, presionada por un núcleo familiar duro y conservador y descuidada por una madre depresiva que sólo pensaba en ella y en el futuro de sus cuentas bancarias. María Luisa había pasado sus años siendo el cuadro de la pared que nadie miraba. A una temprana edad se había dado cuenta de que su belleza, mezclada con una inocencia ensayada, le podía ayudar a conseguir lo

que deseara, siempre y cuando no lo hiciera ella. Aprendió a utilizar a otros de una forma indirecta, así como había hecho conmigo la noche del hotel.

El rechazo la rompió en dos.

Lectora de mis libros, interesada por mi vida, mi pasado... y consciente de que la única forma de recuperar el amor perdido de una madre era haciendo tabula rasa, destruyendo los cimientos de su atención y librándose de la vida condal, empezando así de nuevo, como una mujer libre.

Algo en mi interior me dijo que no debía seguir las sospechas, pero los hechos evidenciaban que ya había cometido suficientes errores.

Se había burlado de mí y eso era lo que más me dolía.

CAPÍTULO VEINTE

Al día siguiente, compré la prensa y leí las noticias.

El obituario de Luciano Román ocupaba una página entera. Varios artículos hablaban de él y de su fatídica muerte.

Pasé las páginas y no encontré mi nombre por ninguna parte, tampoco el de la familia y, ni por asomo, una línea relacionada con los asiáticos. Soriano había hecho un buen trabajo silenciando las redacciones.

Víctima de la culpa que cargaba sobre mis hombros y en busca del perdón ajeno, me vestí para acudir al funeral de Luciano Román. Mi presencia no iba a gustarle a nadie. Allí se reunirían los peces gordos de la prensa, su familia y todos los compañeros de profesión que habíamos compartido con él algún momento. En mi caso, el último de su vida.

Me presenté allí con una explicación bajo el brazo, un aliento para saldar mis deudas con ellos y firmar la paz.

El cementerio Nuestra Señora del Remedio se situaba a las afueras de la ciudad. Cuando llegué, la ceremonia ya había comenzado.

Crucé el blanco portal de piedra y caminé por el jardín de nichos hasta que vislumbré una multitud alrededor de una tumba y el féretro que albergaba el cadáver del periodista.

Vi a Agulló, a Alfonso Serrano y a sus acólitos de la redacción. También estaban por allí algunos concejales del Ayuntamiento, su mujer vestida de negro y acompañada del hijo pequeño.

No fue fácil caminar hasta ellos. La última intención era la de ser el protagonista, aunque no encontré ocasión mejor para contarles todo lo que sabía.

El sonido de mis zapatos contra la grava despertaron la atención de algunos, que no tardaron en chismorrear acerca de mi presencia. El murmullo aumentó a medida que me acercaba entre los árboles. Sus miradas se clavaron en mi rostro como agujas afiladas.

Agulló avanzó entre la muchedumbre y se dirigió hacia mí con el rostro encendido.

—¡Lárgate! —Gritó interrumpiendo las últimas palabras del sacerdote—. ¡No eres bienvenido!

Guardé silencio, me tragué la bilis.

El grupo despertó como una bandada de pájaros. La viuda rompió a llorar con más fuerza.

—¿Qué haces aquí, indeseable? —Preguntó Alfonso Serrano. El bonachón había pasado a convertirse en una hiena enfurecida—. ¡No tienes vergüenza!

Finalmente, llegué a ellos y formaron un corro a mi alrededor. Pomares no cargaba con su cámara, pero sí con un montón de mala leche dispuesta a ser repartida.

La viuda de Román, una rubia demasiado delgada con ojeras y el rostro pálido, se acercó hasta mí y me propinó un bofetón. Sentí el picor recorrer mi cara y la sangre fluir a toda velocidad.

—¡Hijo de puta! ¡Lo mataste!

Mantuve mi voto de silencio. Me equivoqué. No era el momento. Nadie estaba dispuesto a escuchar lo que tenía que decir.

—Lo siento —dije con la voz quebrada. La voz no me terminaba de salir—. Yo no lo hice.

La mujer me miró furiosa, cargada de impotencia, y me abofeteó de nuevo. Aguanté inmóvil como un saco de boxeo. Cuando lo intentó por tercera vez, Agulló la agarró para que no lo hiciera.

—Estás débil, Cristina —comentó consolándola—. No pierdas el tiempo con este pedazo de mierda.

—¡Tendrías que estar tú en esa caja! —Bramó la mujer y rompió a llorar.

Pomares se acercó a mí y me dio un empujón hacia atrás.

—Piérdete, Caballero. Antes de que te parta la cara... Ganas no me faltan.

Su rostro serio, descuidado y tenso, me advirtieron del peligro que sufría si seguía más tiempo en ese lugar. Pomares disfrutaba de ello, después de todo. En el fondo, le importaba un carajo la pérdida de Román, pero le hacía sentir fuerte poniéndome en contra de todos.

Levanté las manos en acto de redención y asentí. Allí no encontraría la ayuda que buscaba.

—Está bien, me iré.

—No tendrías que haber venido —añadió Agulló—. Eres una escoria de persona.

Fueron momentos dolorosos, pues yo no era de piedra, a pesar de lo desvergonzado que podía llegar a parecer algunas veces. Dicen que hasta los árboles tienen sentimientos.

Abandoné el cementerio, me subí al coche y tomé rumbo al hospital.

Había llegado la hora de saldar mis cuentas, hablar con la condesa y poner fin a esta farsa de telenovela que me estaba amargando la existencia.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Si había alguien que podía poner punto y final, era la condesa de Torrevella.

Cuando llegué al hospital, las recepcionistas me esperaban con decepción.

—Buenos días, mi nombre es Rodrigo de Torresmontes, el sobrino de...

—Váyase, señor *comosellame*—dijo la chica que me había atendido el día anterior—. No nos obligue a llamar a la Policía.

No me gustó cómo sonó.

—Le salió bien una vez, pero no dos —añadió la compañera—. Déjenos trabajar. Esto es un hospital.

—Pero sólo quería conocer el estado de la condesa.

—La condesa ya no está en el hospital —respondió con voz y mirada seria—. Márchese, de verdad.

—¿Se la han llevado a casa? —Pregunté.

Ellas me miraron con asombro.

Acepté la derrota y di media vuelta.

Suspiré.

La poca luz de esperanza se apagaba, hasta que la vi a ella.

María Luisa esperaba en el aparcamiento junto a mi coche, vestida con un veraniego conjunto de una sola pieza de color azul marino y unas gafas de sol oscuras. Su belleza me era indiferente. Ya no la podía mirar de la misma manera. Se había convertido en algo que no quería ver.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté sorprendido cuando llegué a mi vehículo. Su silencio me resultó perturbador.

—Eso mismo te podría preguntar yo.

—Mira, María Luisa...

—He retirado la denuncia, lo siento —dijo y sentí un latigazo en el estómago—. Me comporté como una niña rabiosa. No debí hacerlo.

Me pregunté si sería otro de sus trucos.

Podía contarle lo que sabía, decirle que estaba a un paso de delatarla y terminar con el culebrón en el que me había involucrado sin pedírselo, pero no hubiese sido inteligente.

—Venía a despedirme de tu madre... —dije omitiendo la explicación, saqué las llaves y desbloqueé el cierre—. ¿Está bien?

Ella me agarró del brazo antes de abrir la puerta del conductor.

—Precisamente por eso estoy aquí, Gabriel —respondió con esa voz aterciopelada que era capaz de confundir a cualquier hombre—. Necesito tu ayuda.

Tomé aire.

—¿No te has divertido lo suficiente?

—Han intentado envenenar a mi madre —contestó.

Estudié su expresión. Maldita embustera.

—¿Es otro de tus engaños para ligar conmigo? —Pregunté. Ella apretó mi brazo—. Déjame en paz, ¿quieres?

—Federico está desaparecido y tiene los papeles con él —explicó desesperada acercándose más—. Mañana los japoneses vienen a Alicante a firmar la venta. Me temo que lo va a arruinar todo.

—¿Qué sabes de esos papeles?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharla.

—Nos va a buscar la ruina... Ayúdame, por favor te lo pido.

—Corta el rollo, guapa —dije y me solté de su mano. De nuevo, volvía a actuar como la niña que era—. Para que mueva un dedo, me vas a contar todo lo que sabes.

—¿Aquí?

—No, aquí no —respondí y abrí la puerta del coche—. Sube. Se me ocurre un lugar mejor.

Ese sitio era mi casa. Arriesgaba demasiado pero, una vez allí, no saldría sin una confesión. Estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en mis manos, me gustara o no. Supe que poniéndola delante de las evidencias, la haría cantar como a un loro.

Conduje en silencio hasta el apartamento de la playa. Aparqué en el interior y me aseguré de que nadie nos viera.

María Luisa no prestó atención a la arquitectura minimalista, ni a la piscina y tampoco comentó la comodidad de mi coche.

Estaba preocupada, aunque no supe detectar si por ella, por su madre o por mí.

Cuando abrí la puerta de la casa, la invité a que entrara hasta el salón, pasé el cerrojo con doble vuelta y me guardé las llaves.

Su reacción fue inesperada.

María Luisa vio el mural que había construido en el suelo uniendo todos los indicios que tenía. Mientras permitía que ella se deleitara y comenzara a sentirse como un despojo, caminé hasta la cocina, agarré una botella de Jack Daniel's, dos vasos de cristal y regresé hasta el salón.

—¿Te gusta? —Pregunté. Serví el brebaje y le ofrecí uno.

No respondió.

No tenía palabras con las que construir una frase.

Agarró el vaso y se bebió el whisky de un trago—. Despacio, amiga. No te vayas a emborrachar.

—¿Qué es todo esto? —Preguntó con los ojos abiertos de par en par, al punto de la histeria—. ¿Por qué soy la principal sospechosa?

Aplaudí lentamente.

—Eres estupenda... Bravo por ti, María Luisa —contesté—. Ahora, la verdad, desde el principio.

—Pero, Gabriel, estás equivocado...

—Empieza contándome lo que sabes sobre esas cuentas... Después quiero que me hables del testamento. Tu madre me lo contó todo.

—¿Por qué piensas que soy yo quien quiere hacer daño a mi familia?

—Porque es la única forma de librarte de ella. Las cuentas en negro, no tengo todo el día...

Ella se echó la mano a la cara.

Estaba acalorada, pero me negué a abrir las ventanas.

—Era un secreto a voces —explicó rendida a mis presiones—. Federico me lo contó, se lo había escuchado a mi madre y a Leonardo en una de sus conversaciones en el patio... Esto sucedió hace unas semanas. Me dijo que teníamos el mismo derecho que ellos de saber qué estaba ocurriendo, que nos ocultaban información y que, por eso, nos iban a dejar tirados... Que nuestra

madre no nos quería.

—Un poco raro, ¿no? —Pregunté—. Las empresas en crisis y vosotros al mismo ritmo de vida. Todo por no pagar impuestos...

—Jamás pensé que llevaran una contabilidad en negro —contestó avergonzada—. No entiendo nada sobre números.

—No me sorprende —dije—. ¿Qué hiciste?

—Le dije que yo no quería saber nada, que teníamos que confiar en Leonardo —prosiguió—, pero, claro... Era como hablarle a un muro de ladrillo. Lo peor de todo es que sabía que algo como lo de ayer sucedería...

—Podrías habérmelo dicho... Nos habríamos ahorrado un fiambre... ¿Por qué avisaste a Román?

—Yo no lo hice. No sé de qué me hablas, Gabriel.

—Ahora me vas a decir que no fuiste tú quien se levantó de la mesa para dejarle la nota al camarero.

—Estás confundido, Gabriel.

—¡Venga, ya! —Exclamé y di una palmada contra la estantería. Me estaba poniendo nervioso—. Sabías de sobra quién era yo, tú misma lo admitiste.

—Yo no dejé esa nota...

—Reconoce, al menos, que nos enviaste a la oficina de tu hermano para montar todo este numerito y que nos detuvieran a los tres... —esputé—. Debo decir que fue un movimiento inteligente. Prensa, escritor y la oveja negra de la familia, todos detenidos... pero te salió mal.

—Te juro que no tengo nada que ver con esos mensajes... ¿Tanto te cuesta creerme?

Me acerqué a ella, le puse la mano en el hombro y la dirigí hacia el mural.

—Mira, princesita... me cuesta escucharte pero, mucho más, creerte —dije apuntando a la conexión de hilos y cartulinas que había en el suelo—. Sé que todos piensan que eres ingenua e insegura, pero a mí no me vendes tu teatro... He conocido a muchas como tú... Así que, por tu bien y por el de tu familia, no me hinchas más las pelotas y dame una explicación para que esto no tenga sentido.

María Luisa no respondió.

Giró el rostro hipnotizada por mis amenazas y caminó hasta el montón de papeles y fotografías.

Después se arrodilló y tocó las cartulinas que asociaban hechos y pruebas a las imágenes.

—¿Cuál es el orden?

—Cronológico.

—¿En qué te basas? —Preguntó moviéndose por los azulejos—. ¿Relaciones?

—Conexiones, últimos contactos.

Primero, descartó a su prima Sabrina y volteó la fotografía.

Después apartó a Soriano de la lista.

—Ellos desconocen la existencia de esos registros —dijo—. Soriano tiene un contrato legal, yo lo he visto.

Observé sus movimientos. Por una vez, parecía concentrada en contarme la verdad, en lugar de venderme fantasías y embustes.

Se acercó a Leonardo y estudió la relación con ella y con Federico. Luego retiró su imagen.

—Creo que es obvio.

—Nunca descartes a nadie hasta que des con el culpable —dije. Ella sonrió y siguió con su juego.

El silencio se hacía agotador, así que puse más whisky en el vaso y me senté a disfrutar del espectáculo.

Fuera lo que fuere que estaba haciendo, sólo le pedí a Dios que no lo hiciera en vano.

Como era de esperar, dejó su fotografía en el centro hasta el último instante. Quería demostrar que no era ella a quien buscaba.

Eché a los periodistas que había colocado, rompió los hilos que relacionaban a Federico con algunos empresarios de los que sospechaba y volteó la imagen de su madre.

Dos fotografías, ella y Federico.

Un montón de cordeles sueltos y cinco cartulinas escritas a mano alrededor de sus rostros en blanco y negro.

—Esto es todo lo que has conseguido.

—Así es —asentí y di un trago.

—Por eso piensas que somos nosotros.

—Pienso que eres tú —contesté y la señalé—. ¿Vamos a contárselo a la Policía?

—Dame un bolígrafo —dijo.

Busqué uno y se lo entregué.

Ella agarró una cartulina que había desechado y escribió mi nombre en la parte que estaba limpia. Acto seguido, se agachó y la puso entre su fotografía y la de Federico—. Desde un primer momento, faltabas tú en esta historia.

—Ya me daba por incluido —contesté moviendo la cabeza—. ¿Intentas culparme de algo?

Cogió otro trozo de papel y me miró.

—¿Con quién te has relacionado últimamente?

—Con todas esas fotos que has retirado.

—¿Algún empresario?

—No, que yo sepa.

—¿Periodista?

—Román, Agulló, toda esa panda... —expliqué haciendo memoria—. Tienen motivos para hundirme, pero no las pelotas para saltarse las normas.

A medida que hablaba, ella escribía y volvía a recuperar nombres que había descartado.

—¿Alguien más?

—No, no recuerdo.

—¿Quién te acercó a Soriano?

Eso sí que era gracioso.

—Lara Membrillos, la presentadora de televisión, pero ella es un descarte evidente. Tiene el futuro asegurado.

Escribió su nombre en la ficha blanca y la colocó al lado del mío y de la foto de Soriano.

—¿Alguien más?

—Por mucho más whisky que beba, creo que no va a ayudar...

Sus ojos emitieron un destello. Apresurada, escribió algo sobre una enésima cartulina. No podía haber estado más ciego.

—Blanca Desastres —dijo ella y la puso a mi lado—. ¿Es una posibilidad, verdad?

Una absurda coincidencia.

—Ponla si quieres, pero no tiene sentido...

—No estoy tan segura —dijo, agarró un cordel rojo y asoció a su hermano—. Ella salió contigo, rompió con mi hermano... ¿También le partiste el corazón?

Sus palabras me hicieron temblar. Un fuerte cosquilleo atravesó mi espina dorsal. Blanca Desastres no tenía motivos para hacerlo, o quizá demasiados.

Años atrás, Blanca y yo habíamos trabajado juntos, antes de empezar a salir. Después llegó el salto a la fama. Nunca reconocí su trabajo en mis obras, aunque pensé que la deuda había quedado saldada con el salto profesional que dio a Madrid.

Ella no digirió bien mis principios de fama, ni el estilo de vida libertino que solía llevar. Blanca me abandonó por otro tipo cuando nuestra relación fraguaba en los mares del amor.

—Sólo se me ocurre una forma de saberlo —dije, cogí el teléfono y busqué entre las últimas llamadas realizadas—. Toma, llama al restaurante y pregunta por ella.

María Luisa me miró con desprecio, como si hubiese dicho una mamarrachada.

—¿Crees que me lo van a decir así por las buenas? —Preguntó altiva—. Piensa un poco, Gabriel, y deja de beber... ¿Cómo se llama él?

—Pedro... Lacruz, creo... ¿Qué importa eso?

—La reserva siempre las hacéis vosotros —contestó—. Os creéis importantes así... y a nosotras nos da igual.

Interesante punto de vista.

María Luisa marcó el número y carraspeó. Su voz tomó un matiz imponente, delicado y con aires de esnobismo.

—Hola, buenos días... —dijo con un tono meloso. María Luisa asentía mientras hablaba por el aparato—. Verá, llamaba porque hace unos días estuve allí con mi pareja y creo que me dejé un anillo sobre la mesa... Sí, claro... La reserva estaba a nombre de mi esposo, Pedro Lacruz... ajá... Vaya, una lástima. Gracias... Adiós.

—¿Y bien? —Pregunté intrigado por la conversación.

María Luisa guardó silencio y me entregó el teléfono.

—Era ella. Estuvo allí.

Las paredes de la casa se derrumbaron. Deseé que no fuera cierto, pero no iba a pasar por alto otra casualidad.

—Pero... —dije buscando una explicación—, ¿qué pasa con Federico? ¿De dónde saca la información ella?

—¿Recuerdas la fiesta en Tabarca a la que no asistimos?

—Ella estuvo allí con Federico... —dijo avergonzada—. Soy una estúpida. Se habían visto días antes... Él mismo habló de esa mujer en la cena del restaurante y yo sin darme cuenta...

—Un momento, un momento... —contesté confundido—. ¿Esa fue la razón por la que tu hermano salió con tu prima del Polamar?

—Federico comentó que había encontrado a Blanca en Alicante y eso no le sentó bien a mi otro hermano... —explicó recordando la escena—. La conversación subió de tono. Se lanzaron reproches, historias del pasado y Leonardo le dijo que él nunca podría estar con Blanca. Era demasiada mujer para él.

—Y Blanca se ha aprovechado de tu hermano —añadí—. ¿Qué pasa con ese guaperas?

—¿Lacruz? Quién sabe... De todos modos, mi hermano Leonardo tiene razón.

—Menuda hija de perra... —comenté con saña—. Entonces, Blanca sigue aquí.

—Nunca se ha ido, Gabriel... Tiene sentido que os quiera hacer daño a ti y a mi hermano. No le habrá costado engatusar al idiota de Federico. Ahora ella tiene esas copias y la oportunidad de dar el mate en esta partida —expresó—.

Tenemos que contárselo todo a Leonardo.

—¿Estás loca? Tu hermano no tiene piedad. Lo que sea que se le ocurra, no hará más que ahuyentarla... Blanca es más inteligente que eso.

María Luisa se acercó a mí. Noté el calor que emanaba su piel. Sentí miedo por lo que pudiera hacer.

—Confía en mí, Gabriel —dijo mirándome a los ojos, a escasos centímetros de mis labios y sujetándome el rostro con las palmas de las manos—. Por una vez, de verdad... Habla con él.

Me separé de ella y retrocedí dos pasos.

El teléfono seguía en su mano.

Tarde o temprano, las personas que se marchan de la vida de forma brusca o violenta, regresan para saldar sus cuentas. Quién iba a predecir que, al final de esta historia, terminaría sentado en la misma mesa con el exnovio de Blanca Desastres.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La voz de Leonardo sonó seria pero calmada. En realidad, esperaba ese momento casi más que yo.

La conversación fue breve. Nos citamos en una antigua casa de playa, a las afueras de Alicante, situada por el cabo de Las Huertas, a escasos metros del mar.

María Luisa me indicó cómo llegar y, mientras conducía, yo me preguntaba por enésima vez quién era Blanca Desastres, en quién se había convertido con los años.

Pasamos la vida con la falsa creencia de conocer al otro cuando, en realidad, no es más que un oasis ideado por nosotros mismos, un espejismo que nos da seguridad.

Ninguno de los supuestos finales para esa historia me consolaba. Blanca y yo, de nuevo, unidos por una causa mayor, por un problema en el que sólo uno de los dos podía salir beneficiado. Estaba expectante por escuchar los argumentos de Leonardo y su visión del asunto.

María Luisa y yo no hablamos más de lo necesario durante el viaje. Ni yo estaba por la labor, ni ella tenía mucho que contar. Así que dejé las preguntas para el final, con su hermano de testigo.

Por la radio sonaba un especial de música surf mexicana y el aire caliente de la tarde nos quemaba la cara.

Llegamos a una estrecha y empinada calle de asfalto que terminaba en la costa. Aparqué frente a un muro de piedra de cierta altura. No podía ver más allá del pinar que salía por detrás. Prácticas de la privacidad y el alto abolengo.

María Luisa tocó el timbre y la puerta se abrió. Nos miramos y ella entró primera, guiándome por un camino de baldosas separadas y rodeadas de césped que nos llevaban hasta la casa.

Era una vivienda antigua, de planta baja y estilo colonial aunque reformada. El tejado rojo, las paredes blancas y la ornamentación propia de los patios mediterráneos del siglo anterior. Así y todo, la propiedad era sencilla, más de lo que solían ser las casas de los alrededores. Sin piscina, ni pistas de juego, un patio exterior servía de terraza y comedero.

Nada más entrar, vi un vehículo aparcado. No me dio una buena impresión. Era un Mercedes clase C de color negro, el mismo que había cruzado días atrás la calle del Cid mientras la Policía salvaba a esa muchacha.

Leonardo y yo, a escasos metros, como dos auténticos desconocidos, rozados por el azar, poco antes de que nuestros caminos se cruzaran a la fuerza.

Me costaba demasiado ignorar las casualidades.

Vi la silueta del hijo de la condesa al otro lado del jardín, desde donde se podía observar la calma del mar. Él daba caladas cortas a un cigarrillo.

Sin mediar palabra, fuimos arrastrados por su magnetismo.

Leonardo tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta del zapato. Iba vestido de traje, aunque se había quitado la chaqueta.

Su hermana se acercó a él y le dio un beso en el lado derecho del rostro, como si fuera su padre. Entonces entendí el papel que Leonardo jugaba en su familia y quién estaba de su parte.

—Al fin nos conocemos —dijo con palabras lentas y voz grave, clavándome los ojos oscuros en la cara. Extendió la mano y, sin mover los pies, alargó el brazo hacia mí—, de nuevo.

Leonardo de Torrevella no era estúpido. Nunca lo había sido.

—No sé por qué, pero supe que diría eso.

—Sí que lo sabe, sí... —dijo y se cruzó de brazos—. Escuche, Caballero... El tiempo corre y no estamos aquí para tomar café y hablar de la vida... Sé que no necesito ponerle al tanto de la situación, pues ya estoy informado de que ha sabido arreglárselas por su cuenta... Tampoco quiero hacer de esto una cuestión personal. Lo que sucediera entre la señorita Descartes, usted y yo, son asuntos del pasado que no nos atañen ahora mismo.

—¿Está seguro?

—Mañana tenemos una reunión con los interesados en comprar más de la mitad de Holding Terra —contestó imponente—. Mi hermano se llevó de la oficina los documentos que atestiguan parte de la contabilidad paralela de los últimos meses y, aunque él no lo crea, la señorita Descartes se los va a sacar. Si eso ocurre, lo habremos perdido todo.

Me froté el mentón.

—Mejor será que obvie la parte sobre la estafa a los japoneses...

—Sólo intento salvar a mi familia —excusó—. A ellos les interesa entrar por la puerta grande y a nosotros ahorrarnos las tasas. Siempre hay un precio que pagar, para todo.

—Ya... —dije a regañadientes.

No estaba en posición de negociar. Si no accedía, yo también iría a la cárcel. Poseían demasiado para poner en mi contra y, después de todo, nos interesaba tener de vuelta esos papeles. Lo que sucediera después, no era asunto mío—. ¿Por qué dice que no cree que Blanca le vaya a sonsacar la información a su hermano?

Leonardo miró a su hermana y sonrió.

—Es una larga historia, pero le haré un resumen —respondió ladeando la cabeza—. Federico cree que está salvando a la familia...

—¿Contándoselo a la prensa?

Leonardo rio.

—Mi hermano es un idiota, pero no tiene malas intenciones —agregó—. Su lucha constante por demostrarnos lo imposible, le ha hecho descargar toda esa rabia en Blanca Desastres.

—Que es quien nos pone contra la pared. ¿Cómo se conocieron?

—No estoy aquí para hablar de mi vida privada.

—Me refería a Federico...

—Ah... —dijo reculando—. Nuestra prima Sabrina los presentó. Por supuesto, para la señorita Desastres, mi hermano no necesitaba una carta de presentación...

—¿Nunca se la presentó a su familia?

—¿Yo? No —contestó con firmeza.

María Luisa me miró.

Menuda despechada, Blanca Desastres.

—¿Dónde están los papeles?

—Con Federico —dijo María Luisa—. La cuestión es... ¿Dónde está Federico?

—¿Habéis hablado con él?

—No —dijo Leonardo.

—¿A qué esperáis?

—No responde a las llamadas. Piensa que estamos contra él.

Miré a los dos hermanos y pensé con rapidez. Si queríamos atrapar a Blanca Desastres y evitar el cataclismo, debíamos cazar primero a Federico. El queso siempre atraía al ratón.

—Se me ocurre algo... —dije. Ellos me observaban con detenimiento—. Dada la situación a la que nos enfrentamos y el drama que tenéis en vuestra familia, si es cierto lo que dices, debéis convencer a vuestra madre para que llame a Federico.

—¿A nuestra madre? —Preguntó María Luisa.

—Siga.

—Federico no escuchará a nadie que no sea ella —continué—. Él busca la aprobación, eso es todo, aunque no sea muy habilidoso. Es algo innato. Los traumas del pasado, mal gestionados, siguen latentes en nuestras acciones...

—No entrará en razón, ya se lo digo yo —replicó él.

—Una llamada no bastará —dije—. Su madre tiene que persuadirlo, darle lo que él busca, que en este caso es el trono que usted posee...

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente —agregué.

Leonardo miró a su hermana con desacuerdo.

—¡Menuda desfachatez! —Bramó—. ¿Ha venido aquí para reírse de

nosotros?

—Su madre le hace entrar en razón, su hermano trae los papeles y nos lleva a Blanca Desastres —contesté—. Fin del juego. Ustedes ganan, yo vuelvo a mi casa.

—¿Por qué habría de hacer yo algo así? —Preguntó una voz femenina y desgastada. La condesa de Terranostra salía del interior de la vivienda acompañada y agarrada del brazo de Rodolfo Soriano, que caminaba junto a ella—. No estoy dispuesta a mentir a mi hijo de nuevo. ¡Basta ya de mentiras!

—Mamá, cálmate —ordenó su hijo.

—Condesa, me alegra ver que se ha recuperado...

—Caballero... —dijo Soriano a modo de saludo.

Me eché hacia atrás y miré al séquito.

—Lo que dice Gabriel tiene sentido, mamá —añadió María Luisa. Su madre la miró con recelo—. Federico no accederá de otra forma.

—¿Gabriel? —Preguntó ignorando el resto de la explicación—. ¿Te has acostado ya con este hombre?

—No, señora condesa. Soy un hombre de votos.

La mujer me miró y deseó que me partiera un rayo en ese momento.

—¿Qué piensas, Rodolfo? —Preguntó.

El asesor miró al resto pensativo mientras articulaba una respuesta que complaciera a la familia.

—Creo que debería escuchar a su hijo, señora condesa.

—¿Y bien, Leonardo?

—Mi respuesta es no —sentenció desafiante—. No pienso ceder a tal insulto. Nuestra familia tiene un honor y un código y las artimañas no forman parte de ello.

Al menos, fuera de las finanzas.

—Estás arriesgando la estabilidad de tu familia por orgullo personal —dije olvidándome de las formalidades.

Mis palabras no gustaron. Los ojos de Leonardo se incendiaron y temí que todo había terminado allí.

De pronto, María Luisa se abalanzó sobre él en un acto desesperado y le puso las manos sobre el pecho.

—Leonardo, por favor... —dijo en una de sus actuaciones estelares. Lo mejor de todo era que yo sólo podía verlo. Advertí lo poco que conocían a esa mujer en su propia familia—. Por una vez.

El hermano suspiró vacilante y dio varios pasos en círculos. Después, levantó la cabeza y se dirigió a su madre y a Soriano.

—Haga esa llamada, Rodolfo —ordenó al asesor y después miró a la condesa

—. No nos queda opción, mamá... Quiero que le digas exactamente lo que has escuchado... Lo que sea necesario... Quiero que lo traigas aquí.

Formando un círculo sobre la fina hierba que cubría el jardín que rodeaba la casa, esperamos en silencio. Rodrigo Soriano regresó con el teléfono privado de la condesa, un viejo aparato de concha, un modelo en vías de extinción. Se lo entregó, abrió la mitad y ella buscó el número en la agenda.

—Esto no es una buena idea... —dijo la mujer con su voz desgastada. Pulsó la tecla y se lo colocó junto al oído.

Los segundos de espera se hicieron eternos. Miré a los demás, atentos a las palabras de su madre.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

Y alguien descolgó al otro lado de la línea.

—Hola, Federico... —dijo finalmente la mujer tomando una actitud maternal—. ¿Dónde estás, hijo? Me tienes preocupada...

—¿Crees que cederá? —Susurré a María Luisa. La condesa nos miró para que callásemos.

—Eso espero... —respondió la hija por lo bajo.

—Escucha, Fede, hijo... —prosiguió la mujer. Hablaba con ansia. Su hijo tampoco estaba relajado—. La Policía le ha contado a Rodolfo lo que pasó en la oficina... Sí, sí, ya sé que querías proteger el bien de la familia... Espera, no tan rápido... Por eso precisamente te llamaba, necesito que vengas aquí, te lo explicaré todo... Sí, sí, todo es todo, Federico...

—Se está haciendo de rogar demasiado —murmuró Leonardo.

La condesa volvió a mirar de reajo.

—Mira, Fede... —explicó por el aparato a su hijo—. Yo tampoco sabía nada, Leonardo me lo ha contado... No te imaginas cuánto me arrepiento de haber desconfiado de ti... ¿Cómo? Claro que sí, te lo digo de corazón... He sido una estúpida, hijo, y quiero arreglarlo... ¿Que cómo? Pues en las escrituras, ya lo sabes... Sí, sí, ahora mismo, por eso te llamo... En la casa del cabo, sí, aquí te espero, pero trae esos documentos... ¿Por qué? Porque son necesarios, pero mejor lo hablamos en persona, no me gusta el teléfono... Claro...

—Pregúntale si se ha visto con alguien —indicó Leonardo.

—Ah, hijo —interrumpió la condesa—. ¿Has hablado de esto con alguien? ¿De verdad? Vale... Ni se te ocurra. Nadie es nadie. Sólo podemos confiar en la familia. No me falles... Adiós, hijo, adiós.

La mujer cerró el teléfono y se lo entregó a Soriano. Después suspiró con fuerza y agachó los hombros mirando al suelo.

—¿Y bien? —Preguntó Leonardo expectante.

—Espero que Dios me perdone algún día.

Una hora transcurrió hasta que el Volvo S90 de Federico aparcó en la puerta de la casa.

Los nervios se sentían en el ambiente. Sesenta minutos tensos en los que nadie estuvo dispuesto a romper el hielo y abrir el cajón de los truenos.

Hábil, guardé mis balas para el momento oportuno.

Por lo que presentí, ninguno sabía realmente lo que había sucedido en las oficinas del edificio Marsamar, más allá del informe de la Policía.

Eso me ponía en una ligera ventaja.

La puerta automática se abrió. Federico entró por su propio pie al interior del jardín. Para mi asombro, después de vernos en la distancia aguardando hasta su llegada, siguió con paso recto y decidido, dispuesto a enfrentarse a la trampa que le habían puesto sus familiares.

—Federico, hijo mío... —dijo la condesa a punto de romper a llorar cuando éste se acercó a ella. Pero el hijo la ignoró y continuó dirigiendo su caminar hacia mí.

Sin tiempo para reaccionar, Federico de Torrevella me encajó un puñetazo en la mandíbula que me hizo girar noventa grados y caer hacia atrás. El golpe fue certero, propio de boxeador experimentado y buscador de peleas de bar. Después de todo, Federico no era el niño despreocupado que me habían vendido. Por su corazón seguía corriendo la sangre azul.

—¡Tú! —Exclamó frotándose el puño.

María Luisa se echó sobre mí. Leonardo lo detuvo antes de que me propinara una sacudida.

Temí que el rostro se me hincharía en cuestión de minutos, regalándome un insoportable dolor que me duraría semanas. Palpé mi cara, moví la boca y, afortunado de mí, no parecía tener nada roto.

—¿Qué es todo esto, mamá? —Preguntó abrumado al ver el elenco que tenía frente a él—. ¿Qué hace esta sabandija aquí?

—Cálmate, ¿quieres? —Ordenó Leonardo y lo soltó.

Federico se estiró las arrugas de la camisa. Me puse en pie con la ayuda de María Luisa.

—El señor Caballero está aquí para ayudarnos —dijo su madre—. Al igual que tú.

—¿Ayudar él? —Dijo y me señaló con el dedo acusador, alargando su brazo hacia mí—. ¡Esta maldita rata está lucrándose con nuestras desgracias!

Puede que no fuera un niño, pero seguía siendo un idiota.

—¡Cállate! —Exclamó su hermano.

Federico lo miró furioso y encaró a su madre.

—¿Para eso me has traído, mamá? ¿Para humillarme delante de todos?

—¡Federico! —Gritó la condesa. El hijo se calmó. Todavía guardaba el respeto a su madre—. Te he llamado porque eres el único que puede salvar a esta familia del desastre, ¿no lo entiendes?

De pronto, por arte de magia, los ánimos se relajaron. Soriano regresó de la casa con una bolsa de hielo que había encontrado en la cocina. Eso me aliviaría la hinchazón.

—Siento ser yo quien te diga que estás equivocado, hijo —dijo la condesa—. No es el señor Caballero quien ha publicado todas esas falacias en los diarios...

—Mamá, este cretino entró a robar ayer en la oficina.

—¿Y tú qué hacías allí? —Preguntó el hermano pequeño.

—También es mi oficina, por si no lo recuerdas.

—Estás señalando al culpable equivocado —comenté.

Federico me miró con saña.

—Cierra el pico si no quieres que te destroce la cara.

—¡Escúchale, por el amor de Dios! —Reprendió la madre. Su voz desgarrada mostraba la falta de energía y el malestar que le producía todo aquello—. El señor Caballero nos ha estado ayudando desde el principio de este asunto. Hay alguien que te está usando, Federico, ¿es que no lo ves?

—¿Usarme? ¿A mí? ¿Otra vez con el mismo cuento de siempre?

—Blanca Desastres te ha utilizado —intervino Leonardo—. Su interés por ti no es otro que el de hundir a esta familia.

La contestación de Leonardo cayó como un trueno sobre las cabezas de los presentes.

Federico no sabía cómo reaccionar. Su semblante era un abanico de emociones en constante cambio.

—Vaya, ya veo de qué va todo esto... —dijo con una mueca desconfiada—. A ti lo que te jode es que Blanca y yo podamos tener algo serio.

En efecto, un idiota.

—No pienso razonar con él, no es posible... —dijo Leonardo acercándose a su hermana.

—¡Federico! —Dijo María Luisa, en un intento absurdo de llamar su atención con el teatro que la caracterizaba—. Le has contado todos nuestros problemas a esa desconocida, a una mujer que no conoces de nada. ¿No puedes ver que te está manipulando?

—Corta el rollo y mantente al margen, chiflada.

—¡No le hables así a tu hermana! —chilló la condesa y se echó a llorar.

El panorama no era favorable para nadie.

La discusión no parecía llegar a puerto. María Luisa socorrió a su madre y la apartó de allí, llevándose a la una de las sillas que había en el jardín.

—¿Has visto lo que has conseguido, tarado? —Reprochó el mayor.

—Será mejor que me vaya —contestó Federico.

Entonces, de la nada, Soriano dio un paso al frente.

—¡Basta ya! ¡Maldita sea! —Gritó el abogado con la voz sórdida y militar que le caracterizaba.

Nadie esperaba una reacción así de él, siempre a la sombra, siempre tras el susurro y la predisposición de la familia.

Soriano, recto como una estaca de madera, medió entre los dos hermanos dando un paso al frente.

—No pienso permitir que esta familia se hunda, en todos sus aspectos, por una riña infantil entre hermanos —reprendió mirando al frente, señalando al suelo con cada golpe de voz, colorado como una frambuesa y con el pecho hacia fuera. Soriano iba a explotar y la metralla nos iba a alcanzar a todos—. He servido a la condesa con mi más preciada lealtad durante quince años, mirando siempre por lo mejor para esta familia... Mañana es un día importante para que ustedes, señoritos, que no han hecho más que expoliar el legado de su sangre mientras vivían entre algodones, sigan siendo quienes son y puedan vivir como viven... Si realmente llevan el apellido de los Torrevela con honor, hagan el jodido favor de poner a un lado sus rencillas personales y miren por el bien de todos.

Por unos momentos, Soriano había tomado el rol paternal ausente durante décadas en el seno de los Torrevela.

Ninguno de los presentes, ni siquiera la condesa, se atrevió a pronunciarse.

Federico agachó el mentón y miró a su hermano con vergüenza. Leonardo se acercó a él compasivo.

—Escucha, Federico... —dijo con voz relajada. La mirada de su hermano se iluminó. Hacía años que no lo llamaba por su nombre—. Lamento que Blanca te esté haciendo esto. Lamento también lo que te dije en la cena... Sólo espero que entiendas lo que está pasando. Esa mujer busca venganza y la busca en mí, personalmente.

—Y en mí, no lo olvides —intervine. Ellos me miraron como si no estuviera allí presente.

—Blanca Desastres jamás aceptó que no quisiera presentarla en sociedad —confesó azorado—. Me gustaba, ella lo sabía pero, por aquel entonces, yo era un cretino que sólo pensaba en emparentarme con alguien de nuestra clase.

—Eso es estúpido, Leonardo —respondió su hermano—. El mundo ya no funciona así.

El resto mirábamos el diálogo, al parecer insólito en años, de dos hermanos confesándose abiertamente, buscando el apoyo en el otro.

—Lo sé, pero me di cuenta tarde —prosiguió—. Sin embargo, advertí que

había algo en esa chica que no me gustaba. Desde que le dije quién era, ella no quería dejarme, a ningún coste... Así que obré mal y aparecí con otra mujer.

—Ya te vale... —recriminó la hermana.

—Era lo único que se me ocurrió en ese momento... —explicó—. Pensé que así la ahuyentaría. Y lo hice, al menos, físicamente. Desde entonces, me he sentido mal por ello... pero estaba equivocado.

—¿Por qué leías mis libros? —Pregunté intrigado.

Él se giró hacia mí.

Soltar lastre, quitarse la mochila de pesadumbre con la que había cargado durante años, le hizo sentir más ligero.

—Tenía curiosidad —respondió con una mirada noble—. Ella me habló de ti, no muy bien, y me pregunté qué clase de hombre serías. Entre las páginas lo entendí todo.

Cuando todo parecía el final feliz de una película y el momento de descorchar el espumoso había llegado, la condesa se levantó de la silla.

—¿Dónde están los papeles? —Preguntó al ver que Federico tenía las manos vacías.

—En el coche —señaló.

Se había rendido.

—¿Has hablado con ella de esto?

Federico se echó las manos a la cabeza y se frotó el rostro.

—No fastidies, Fede... —dijo María Luisa mordiéndose el labio.

—Le dije que sabía dónde estaban guardados... —contestó arrepentido por el error que había cometido con Blanca Desastres—. Ella me dijo que los mantuviera a salvo, que eso podía llevarnos a la cárcel a todos... Se ofreció para guardarlos, así nadie los encontraría... Iba a reunirme con ella esta noche, maldita sea.

—Genial —dije y Leonardo me miró con una sonrisa.

Gabriel Caballero estaba a punto de cazar a su doble.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Federico de Torrevella escuchó lo que teníamos que contarle y terminó confesando toda la verdad.

Lo que había comenzado como un acercamiento casual, terminó en un romance premeditado.

Blanca Desastres jamás fue a Formentera. Federico había caído en sus redes como Leonardo y yo habíamos hecho en el pasado. Blanca tenía un encanto que era difícil de rechazar: desafiante, misteriosa, soberbia en ocasiones y muy divertida. Ella sabía cómo despertar la atención en los hombres que idealizaban el amor verdadero, en aquellos tipos que vagaban por la sociedad en busca de alguien que les comprendiera.

Se había mimetizado por completo convirtiéndose en el reflejo de mujer ideal que el hijo de la condesa tenía en su mente.

—La primera noche que nos conocimos, me habló del anuncio que Leonardo había hecho en la prensa —dijo sentado en el jardín, rodeado de los que allí estábamos y abrumado por el desencanto—. Pensé que estaba interesada en mí como persona, en la historia de nuestra familia. Esa noche, su acompañante la dejó sola y ofrecí a Blanca tomar una copa en el apartamento que tengo en la playa de San Juan.

—¿Dormisteis juntos? —Preguntó su hermano.

—No, en absoluto —dijo rechazando con la cabeza—. Tomamos una copa de vino, hablamos de ti y le ofrecí la habitación de invitados... Antes de irse a dormir, me pidió utilizar el ordenador para comprobar su correo electrónico.

—¿No te pareció sospechoso? —Pregunté.

—Yo qué sé —dijo horrorizado—. Llevaba unas copas de más, pensé que eso aligeraría el asunto, ya me entiendes... Me fui a la ducha, la dejé en mi habitación mirando sus cosas y esperé a que terminara. Lo último que imaginé era que fisgonearía en mis archivos personales.

Más tarde llegó la primera filtración basada en los correos que había encontrado en la cuenta personal de Federico. Eran algunos de los correos electrónicos que se había enviado con los directores de varias empresas que la empresa poseía. Documentos antiguos, aunque suficientes para lanzar el primer órdago a la prensa.

—A partir de ahí, creció su interés por vernos de nuevo... —continuó—. Nuestro siguiente encuentro se produjo en esa fiesta de Tabarca, pero fue muy breve. Ella seguía con ese tipo. Yo iba en el barco de unos amigos. Hablamos, bebimos una copa de champán y se puso un poco borracha... Eso la hacía parecer más tierna. Entre tanto, se mostró preocupada por lo que habían publicado y me dijo que podía confiar en ella. Me contó que conocía a Caballero de antes, que había trabajado con él y que no era de fiar... Mientras que todos

seguíais ocultándome lo que sucedía, Blanca fue la única persona que estuvo ahí para apoyarme. Me sentía tan solo...

—Pensé que estaba saliendo con ese guaperas —agregué haciendo una ligera interrupción.

—¿Lacruz? —Preguntó y se rio con descaro—. Es una larga historia... Le dije a Sabrina que se ocupara de él, que esa chica me gustaba de verdad... Y así hizo. Todos ganamos. Sabrina tenía cierto apetito por cazar a un ricachón con el que quedarse en España, pero Alicante no terminaba de convencerle... Cuando Blanca los descubrió besándose en el camarote de su barco, le montó una escena. Volvieron a puerto. De nuevo, creí que me salía con la mía...

—Despechada y sin lugar al que ir, Blanca terminó a tu lado en Alicante... —añadí.

—Más o menos... —aclaró mirándome a los ojos—. Esa misma noche, nos volvimos a ver. Me confesó que había roto con su pareja durante la comida y que no quería volver a ver a Sabrina. No tenía a dónde ir y había decidido regresar a Madrid... Le insistí para que se quedara conmigo en el apartamento, pero optó por hospedarse en el Amérigo.

—Vaya, a todas os gustan los hoteles de cinco estrellas... —dije mirando con complicidad a María Luisa—. Y fue cuando nos dejó la nota.

—¿Qué nota?

—No importa, sigue...

—Espera —interrumpió Leonardo levantando la mano derecha—. ¿Cómo supo sobre la contabilidad paralela? Supuestamente no estabas al corriente de nada...

Federico miró a su madre. La condesa se vio acorralada por los ojos acusadores de sus hijos.

—¿Mamá? —Dijo Federico.

—No será cierto... —murmuró Leonardo abochornado.

La condesa abrió la boca horrorizada y se tapó los ojos. Le temblaban las manos.

—Lo siento, hijo...

—Estupendo.

Se formó otro momento tenso y silencioso, el cual aproveché para intervenir.

—Para entonces, Blanca ya había dormido contigo, ¿me equivoco?

Federico pareció molesto.

—¿Cómo osas?

—Es la única explicación que se me ocurre para que Román entrara en la oficina y abriera con un juego de llaves —expliqué con seguridad—. Hasta donde sé, los únicos que tenéis acceso sois vosotros tres. Partiendo de que

Blanca había trabajado como periodista años atrás y conoce de cerca a quienes dirigen las publicaciones más importantes de la provincia, una cosa llevó a la otra. Su intención era que los tres nos encontráramos allí, dejándonos en evidencia. A ti, para recuperar los papeles. A nosotros dos, para eliminarnos del mapa y pasar a manos de la Policía. Ella ganaba, tú conseguías lo único a lo que ella no podía acceder y nosotros nos callábamos para siempre. Blanca se aprovechó de ti, una vez más, y le entregó las llaves a Román.

Federico dio un fuerte golpe contra la mesa.

—Descarga tu ira si quieres, pero de nada sirve ahora lamentarse... —dijo Leonardo con frialdad—. Lo hecho, hecho está y hablaremos de eso más tarde. Lo que prima es que las cuentas se encuentran a salvo, así que este asunto queda zanjado. Ahora hay que encontrar a esa mujer y entregarla a la Policía.

—¿Les has dicho que te ibas a reunir con nosotros? —Preguntó María Luisa.

—No.

—No mientas, hijo —remarcó la madre.

—He dicho que no.

—Lo sepa o no, es hora de hablar con ella... —dije—. ¿Dónde está Blanca?

Todas las miradas se dirigieron hacia mí.

Después de todo, yo era parte de la causa del problema.

Y, aunque no tuviera nada que ver con Hacienda, también estaba allí para saldar mis cuentas.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

A esas alturas de la partida, Blanca Desastres habría ejecutado su plan alternativo. Lo más probable es que hubiera desaparecido del hotel sin dejar rastro al ver que Federico no atendía a sus llamadas.

Atraparla no iba a ser tan fácil como los señoritos de Torrevella imaginaban. Ellos creían que era una persona más haciendo travesuras, pero no podían estar más equivocados.

Yo la conocía. Blanca no era estúpida. Blanca se estaba haciendo pasar por mí y, por esa razón, debía pensar en Gabriel Caballero y no en ella.

Lo peor, auditar mis propias acciones.

Las personas vivimos con la creencia de ser únicas pero, a la hora de la verdad, cuando nos detenemos a analizar cómo somos realmente, encontramos un abismo aterrador.

Desconocía por dónde empezar. Cualquier atisbo de mi personalidad se convertía en un cliché copiado de otros escritores. ¿Era eso lo que quería Blanca? ¿Dejarme sin autoestima?

Lo había conseguido.

Comencé a sentirme inseguro, una copia barata de otra copia que había intentado imitar. ¿Cómo se comportaba Gabriel Caballero? Me costaba horrores diferenciar entre el personaje y la persona, pues me había convertido en una ilusión de mi propio pensamiento.

Tras la conversación en el jardín de la casa, Leonardo y Federico se miraron como dos hermanos arrepentidos. Ahora debían permanecer unidos. Lo que viniera después, sería otro cuento para la posteridad.

Miré el reloj de mi teléfono.

Eran las ocho de la tarde y la puesta de sol era hermosa y cálida desde aquel lugar cercano a la playa. Saboreé el momento pues, a pesar de que el sol sale y se pone cada día, nunca sabemos cuándo será la última vez que lo veamos.

—Llámala —ordenó Leonardo—. Donde sea que esté, iremos y la haremos cantar.

—No tan rápido —dije parándole los pies—. Subestimas su inteligencia y eso te deja fuera.

—¿Vas a darme lecciones de cómo solucionar mis problemas?

—No discutáis... —intervino Federico mediando entre los dos—. Dudo que eso funcione. Pensándolo bien, siempre es ella la que llama y todavía no lo ha hecho.

Leonardo resopló con desprecio.

—Cuando lo haga, te dirá que está en un tren de vuelta a Madrid.

—Podría haberse largado ya, ¿no crees? —Cuestioné. Él me miró con desagrado—. Podría haber enviado todos esos correos desde otro lugar y no lo

ha hecho... Blanca no se irá hasta que termine su juego. Es orgullosa, quizá más que yo.

—Si tan bien la conoces... —respondió Leonardo evitando cualquier tipo de formalidad. El tiempo se había acabado—. ¿Qué sugieres, lumbrera?

—El problema no es Blanca —insistí—. El problema soy yo. Ella empezó jugando a ser yo, copiando mi estilo a la hora de escribir, de moverse, de mentir...

—Los escritores y sus problemas de ego... —dijo Leonardo y se recostó en la silla—. ¿Cómo termina la historia? Sorpréndeme.

—No lo sé... —dije dudoso—. Normalmente, bien... para mí. En este caso, para ella...

—Detalla eso de bien —dijo Leonardo.

—Atrapo al malo, lo entrego a la Policía, descubro el crimen a la prensa y me voy con la chica guapa a beber cava a un hotel con vistas al mar... Así es como acaba. En esta ocasión, los roles están cambiados.

—Entonces, habrá que entregarte a ti.

—¿Bromeas? —Pregunté. Pero no parecía hacerlo—. Y un cuerno, no pienso...

—Tiene sentido —dijo Federico apoyándose en su hermano—. Creo que lo más inteligente es tenderle una trampa y que tú seas el cebo. Ella piensa que estoy convencido de que estás detrás de todo... Entregarte a la Policía delante de ella es su mayor placer.

—No será tan estúpida de caer... No te olvides de los documentos.

—Desconoce que los tengo —prosiguió. Federico tenía los ojos encendidos—. Se los darás tú. Y yo los recuperaré después.

—Demasiado arriesgado... —respondió Leonardo—. Los papeles no pueden salir de aquí. Ni hoy, ni nunca... ¿Has pensado en qué sucedería si se extravían? ¿Si los descubre un agente? No es sólo ella quien va detrás. Hay mucho en juego. ¡Piensa un poco!

Federico lo miró con desafío.

—Si de verdad eres mi hermano y estás conmigo en esto, te pido que confíes en mí —dijo clavando su mirada—. Por una vez en tu vida, te prometo que no pienso meter la pata. Todo saldrá bien.

—¿Y si no? —Pregunté.

—No concibo esa posibilidad.

—Lamento decirte que con Gabriel Caballero... puede suceder cualquier cosa.

Toda mi vida había sido un especialista en meterme en problemas y, por esa razón, detestaba funcionar bajo las órdenes de otro.

Federico se puso firme y planteó que la mejor opción para dar jaque y mate a Blanca Desastres sería en un lugar del que no pudiera escapar.

—La llamaré y le contaré que he localizado los documentos y que voy tras tu pista —dijo concentrado mirándonos a su hermano y a mí—. Que mi hombre de confianza te ha estado siguiendo y ha dado contigo... Le explicaré que vas a reunirte con la prensa para venderles la exclusiva.

—Debe ser un sitio tranquilo —dijo Leonardo pensativo.

—La azotea del hotel Tryp Gran Sol —respondió Federico rascándose la barbilla—. Es un hotel histórico, conocido por todos, pero alejado de las caras conocidas. Si no recuerdo mal, hay un restaurante en la planta veintiséis... Llegar a lo alto debe ser pan comido.

—¿Por qué te va a creer? —Pregunté.

—Ya te lo he dicho. Ella no sospecha nada —aclaró—. Hasta ahora, me ha convencido de que tú eras el causante de todo...

—Pero también me he mantenido al margen de esta historia —argumenté—. ¿Por qué habría de cambiar de opinión?

Federico me miró y ladeó la cabeza.

—No lo sé, dímelo tú.

Buena repuesta, pensé.

María Luisa se acercó a la mesa y puso su mano sobre mi hombro.

—Porque eres Gabriel Caballero, un bandido en busca de protagonismo... —dijo ella con una sonrisa pícaro—. No intentes negarlo, siempre has sido así, por muy reformado que quieras parecer... Creo que empezamos a conocernos... Además, tú lo has dicho antes. Contigo, puede suceder cualquier cosa... y eso nos gusta a las mujeres.

—¿Qué pasará después?

Antes de que Leonardo se pronunciara, Federico se echó hacia delante.

—Yo esperaré en las escaleras grabando la conversación, junto a la puerta que da al exterior —añadió—. Cuando Blanca confiese, entraré y la desmontaremos. Después, llamaremos a la Policía y le contaremos lo sucedido.

—Iré contigo —dijo Leonardo.

—No —rechazó su hermano—. No podemos cometer ese error. Debemos mantenernos fieles al curso de los hechos... Si, por lo que sea, Blanca ve a alguien que no seamos nosotros, se dará cuenta del plan y saldrá corriendo.

—Y ahí sí que la habremos perdido —añadí.

Leonardo, impotente, no tuvo otra opción que la de confiar en su hermano y seguir la estrategia que había planteado en la mesa.

Era un plan improvisado, sin duda, pero todos queríamos poner punto y final a una historia de verano que nos había revolucionado por completo.

—Está bien, llámala.

La noche entraba y las luces de la ciudad se encendían. La azotea se convertiría en un lugar oscuro y peligroso. Ya no me importaba Blanca, ni tampoco esa familia. Tan sólo deseé, que todo terminara de una vez para regresar a la normalidad.

Una carpeta de piel con un montón de folios sujetos por dos anillas metálicas estaba tumbada sobre la mesa. Un balance de cuentas, un puñado de páginas con movimientos en dinero negro que la familia Torrevella había ocultado para evadir impuestos. No estaban todos, pero los suficientes para tirar de la cuerda y llevarlos a los tribunales.

Federico sacó el teléfono y lo acostó sobre la mesa.

Marcó el número de Blanca, pidió silencio y activó el altavoz para que todos pudiéramos escuchar la conversación.

La condesa de Terranostra y Soriano aguardaban en el interior de la casa. María Luisa, Leonardo y yo, esperábamos a que la voz de Blanca Desastres apareciera de un momento a otro.

Tras dos tonos, alguien descolgó el teléfono.

—Hola, Federico —dijo ella con voz sensual y relajada—. ¿Dónde estás?

Él nos miró.

—No te lo vas a creer, Blanca...

—¿El qué? Te noto alterado.

—He cazado a ese cabrón de Caballero —dijo lanzándole el cebo.

—¡No me digas! —Respondió con una asombrosa falta de interés—. ¿Qué ha pasado?

—Contraté a un detective para que lo siguiera después de entrar en la oficina y llevarse los extractos del libro de cuentas...

La voz de Blanca tomó otra entonación.

—No me habías contado eso —dijo pensativa. Conocía a Blanca demasiado bien, aunque hubiese hecho esfuerzos durante años para olvidarla. Estaba enfadada, lo podía notar en su voz. De pronto, el tono se volvió más tenso, pero ella intentaba disimularlo—. ¿Cómo lo has descubierto?

—A veces, hay que usar métodos que se alejan de la legalidad —contestó—. Ese cretino va a venderle la exclusiva al Información.

—¡Eso no es justo! —Exclamó desesperada—. Para ti, quiero decir... ¿Tiene él los papeles?

—Eso parece... y voy a recuperarlos ahora mismo.

—¿Vas a ver a Gabriel? —Preguntó.

En el fondo, todavía guardaba cierto estima por mí.

—Él no lo sabe todavía —respondió y me miró mientras hablaba—. Me voy a encargar de que ese desgraciado pague por todo el daño que nos ha hecho.

—¿Dónde está?

—¿Cómo?

—Que dónde está Gabriel Caballero —insistió con voz neutra y mecánica. Blanca estaba a punto de explotar de emoción. Conocer mi paradero y ser

partícipe de mi final era algo superior a ella. Entonces relajó la voz y adoptó, de nuevo, una tonalidad suave y entrenada—. Puedes confiar en mí, Fede. Conmigo, estarán a salvo.

—Se van a reunir a las diez en la azotea del hotel Tryp Gran Sol, así que me temo que tendremos que dejar la cena para otro día, Blanca...

—Te entiendo perfectamente, no te preocupes.

—No te imaginas cuánto he esperado este momento.

—Lo sé... Sé lo duro que ha sido para ti todo esto... —dijo Blanca forzando la voz para parecer más emotiva—. Sólo te pido que lleves cuidado... Ese hombre es peligroso.

—Te llamaré más tarde... Un beso —dijo Federico y colgó.

Los cuatro nos miramos y respetamos el silencio.

Leonardo cogió la carpeta y me la acercó.

—Suerte —dijo—. Será mejor que te vayas.

Seguí las instrucciones. Hice lo que me encomendaron tal y como me lo habían indicado.

Conduje bajo la noche cerrada, las luces de colores y el tráfico bullicioso de una ciudad que se despertaba de nuevo para paliar el calor a ritmo de diversión. Casualmente, en Radio 3 hacían un programa dedicado a las bandas sonoras de las películas de James Bond.

Nancy Sinatra cantaba *You only live twice* diciéndome aquello de que había una vida para mí y otra para mis sueños, mientras los violines se fundían con su voz.

Una vida para mí y otra para Soledad.

A medida que me acercaba al centro de la ciudad, los nervios se apoderaban de mis extremidades. Sería extraño reencontrarme de nuevo con Blanca en esas circunstancias. Tenía mucho de lo que hablar con ella, demasiadas preguntas por hacer. Pero lo que más me intrigaba era saber si todo aquello merecía la pena.

Jamás había entendido la venganza como algo útil. Simplemente, por el esfuerzo que requería llevarla a cabo. Tal vez, había nacido para ser un cobarde.

Vi el edificio de gran altura que sobresalía de los demás.

El hotel Tryp era un icono del turismo de los años setenta y la tercera torre más alta de la ciudad. Construido en los últimos años de la dictadura de Franco, poseía treinta y una plantas levantadas en noventa y siete metros de altura. Un largo hotel rectangular de balcones simétricos con vistas al mar y un extraño mural pintado en el lateral. En lo alto del edificio, unas letras amarillas de gran tamaño iluminaban el hotel entre cables, antenas, regeneradores y cajones de aire acondicionado.

Dejé el coche en el aparcamiento del puerto, agarré la carpeta de piel y caminé por la explanada en dirección a la rambla de Méndez Núñez.

Rodeado de turistas, mis pasos cruzaban un mosaico de azulejos de colores, las palmeras me vigilaban y un músico callejero tocaba el acordeón a cambio de unas monedas.

Tenía la sensación de que el entorno era parte de una proyección que estaba a punto de terminar.

Cuando alcancé el McDonald's y pasé la pizzería que hacía esquina y me llevaba hasta la rambla, no pude detener mis recuerdos.

Los coches subían y bajaban por la empinada cuesta. Luces y luces de colores. Las aceras estaban atestadas de viandantes de todas las edades en busca de un amor de verano o del disfrute del que ya tenían.

Todo se volvió confuso, demasiado real.

Días antes, allí mismo, junto a esa mujer mayor, veía pasar el coche patrulla disparado hacia el edificio de la calle Cid. Nada de esto había sucedido. Los

pájaros cantaban, el sol brillaba por donde pasaba y las mariposas de mi estómago buscaban algo con lo que entretenerme.

Una mañana cualquiera, aparentemente.

El día que la chispa me arrastró hacia la mecha del peligro para estallar después.

A veces hay que tener cuidado con lo que se pide sin especificar.

Crucé por el paso de peatones y me detuve frente a la puerta giratoria del hotel.

Restaurante El Mirador, decía la entrada con letras de aluminio.

Me dirigí al ascensor evitando a los recepcionistas y esperé hasta que una pareja de holandeses se detuvieron a mi lado. Estaban rojos, probablemente, de exponerse demasiado al sol, hacer los recorridos turísticos sin crema solar a las diez de la mañana y beber demasiada sangría en las terrazas de la playa del Postiguet. Pero, tirando del refranero, sarna con gusto, no pica.

Pulsé el botón de la planta 26 y el ascensor se puso en marcha. Los enamorados desaparecieron un nivel antes y me despedí de ellos asintiendo con la cabeza.

Finalmente, las puertas se abrieron y vi de frente la entrada al restaurante.

Fingiendo hablar por teléfono, esperé a que un grupo de cuatro hombres que abandonaba el lugar se metiera en el elevador.

Una vez limpio el escenario, vislumbré la salida de emergencia que llevaba a las escaleras. Con sumo cuidado, empujé la puerta y crucé el umbral. Miré hacia arriba, estaba oscuro, pero con la claridad suficiente para subir los peldaños.

Cuando alcancé la planta número 30, escuché unas voces que se dirigían hacia el interior de las escaleras. Retrocedí y me escondí en el rellano que había entre los dos pisos.

Dos empleados del hotel entraron y sacaron un cigarrillo.

—Mierda... —murmuré para mis adentros.

Los dos desconocidos empezaron a fumar y a hablar sobre uno de los clientes con el que se habían cruzado.

Entonces, mi teléfono comenzó a sonar.

Raudo, metí la mano en el bolsillo y pulsé todas las teclas laterales para silenciarlo.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó uno de ellos mosqueado—. ¿Lo has oído?

—Sí, un teléfono, ¿verdad? —Respondió el otro.

Cuando comprobé el aparato, no respondía. Me había quedado sin batería.

Apreté los dientes. Si me encontraban, me echarían del edificio y, por ende, no llegaría a mi encuentro.

—¿Hay alguien ahí? —Preguntó de nuevo el primero y dio una calada al

cigarro.

El eco de su voz no obtuvo respuesta.

—Déjalo, habrá sido de cualquier otro lado.

—Seguro.

Apagaron el cigarrillo y volvieron al interior del pasillo del hotel.

Finalmente, alcancé la última planta y vi las escaleras que llevaban a la puerta de la terraza. Subí enérgico, empujé la barra hacia abajo y la entrada se abrió. Una corriente de aire me abofeteó la cara. Di un paso al frente y salí al exterior.

Era una panorámica extraña de la ciudad. Rodeado de conductos de aire acondicionado y contadores eléctricos, el brillo de las letras que rodeaban toda la azotea alumbraba mis hombros.

Me acerqué a uno de los laterales y observé la ciudad desde allí arriba. Lo podía ver todo, diminuto, pero todo. La ciudad parecía una maqueta de cartón a escala reducida. Lo más sorprendente era que el ruido de los coches se llegaba a escuchar como si estuviera mucho más cerca.

Cuando intenté desviar la vista hacia la calle, sentí una fuerte presión en el estómago y una ligera pérdida del equilibrio.

Retrocedí. No era un hombre de vértigos pero, a esas alturas, cualquiera se sentía intimidado por la muerte.

Estaba intranquilo, las palmas de las manos me sudaban humedeciendo la piel de la carpeta. Intenté calmar mis pensamientos, pues no tenía otra alternativa que la de esperar allí a que Blanca apareciera por la puerta.

Aguardé hasta treinta minutos cuando escuché la cerradura girar. Respiré con fuerza, acongojado, superado por la situación. El miedo puede funcionar como empuje o frenada, y no siempre sabemos con qué cara nos sorprenderá.

Bajo las sombras, aprecié los zapatos de tacón, sus finas piernas, ahora tostadas por el verano, y la delgada figura de Blanca Desastres.

Ella, tan delicada como una flor de cristal y tan vil como un hierro candente, cerró la puerta con cuidado, con la naturalidad de quien entra en la consulta de un dentista.

Llevaba puesto un vestido de verano de color rojo pasión que se deslizaba con la brisa marina. Después levantó sus ojos intencionadamente y me los clavó como si fueran espinas.

—¿Blanca? —Pregunté siguiendo el plan tal y como habíamos ideado—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Sabes de sobra qué hago aquí, Gabriel.

Sus piernas se cruzaban al caminar, recortando distancias, acercándose a mí, que esperaba apoyado en el muro de hormigón que limitaba la terraza.

—No deberías haber venido...

—Déjate de historias, ¿quieres? —Dijo sin rodeos—. Dame eso que tienes en la mano.

No pude evitar reírme.

—Lo has hecho fatal —dije saliéndome del guión—. Has caído en tu propia trampa.

De repente, Blanca sacó una navaja y la abrió delante de mí.

—Dame esa carpeta, Gabriel —ordenó señalándome con la punta de la hoja—. Te lo digo muy en serio. No estoy para bromas.

—Un momento... ¿Vas a herirme?

—No intentes confundirme —respondió—. Esta vez, no.

El arma era afilada y puntiaguda. La hoja brillaba bajo el resplandor de los rótulos amarillos del hotel.

Blanca se acercó y me quitó la carpeta de las manos. No me resistí. La mujer que tenía delante no era la que yo había conocido años atrás. El tiempo cambia y, con él, las personas también. Tenía una mirada diferente: desafiante, persuasiva, peligrosa.

Aunque mantenía mis dudas sobre si sería capaz de acuchillarme, supuse que Federico de Torrevella no tardaría en aparecer.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —Pregunté una vez se hubo echado atrás—. ¿Publicarlos bajo mi nombre?

—Haga lo que haga, no es asunto tuyo.

—Claro que lo es... —dije y caminé hacia un lado—. Has estado usando mi nombre, mi identidad, mi estilo... Blanca... ¿Tanto daño te hice para que acabáramos así? Lo habríamos solucionado con una llamada.

Ella sonrió como si yo no supiera de qué iba aquello.

—Algunas cosas en la vida no tienen solución.

—Te equivocas —dije—. Sólo la muerte no la tiene.

—¿Sabes la cantidad de dinero que me han pagado por esto? He desplumado las cuentas bancarias de esos medios de pacotilla...

—¿A quién intentas engañar? No lo haces por dinero —repliqué—. Tú no lo necesitas.

—¿Tú qué sabrás lo que necesito?

—Porque te conozco. Y sé que existe algo más... Tal vez hayas querido darme una lección, ¿me equivoco?

—Ese es tu problema —reprochó—. Te crees ser el ombligo del mundo, que todo lo que sucede a tu alrededor está relacionado contigo, que eres mejor que nadie...

—¿Y no es así? —Pregunté tentándola a contarme la verdad.

—¡Por supuesto que no! —Gritó desquiciada—. ¿No lo has visto? ¿No te ha quedado claro? Cualquiera puede hacerse pasar por ti, cualquiera puede imitarte. ¿Y sabes qué significa eso? Que tu firma vale lo mismo que la de un becario. Eres un mediocre, Gabriel... Basta ya de engañar a todo el mundo...

—Cualquiera, no... —dije mirando a la puerta por encima de su hombro, pero nadie aparecía. Debía alargar más la conversación—. Sólo alguien como tú. Una niñata ricachona y amargada a la que no soporta ningún hombre. No somos tan diferentes, Blanca, pero admite que siempre lo he llevado mejor que tú. En el fondo te ha jodido que tu historia no le interesara a nadie...

—Serás cabrón... —dijo mordiéndose el labio con fuerza. La estaba provocando más de la cuenta y eso no terminaría bien. Blanca sostenía la navaja todavía en su mano y apretaba el puño con fuerza—. No te imaginas cuánto voy a disfrutar viéndote entrar en la cárcel. Te juro que guardaré esa portada con tu foto.

Blanca estaba llena de odio, pero también de inseguridades y dolor. Verme sufrir era su placer prohibido.

—Debo reconocer que te ha salido demasiado bien, Blanca... ¿Lo habías planeado todo tú solita?

—Mírate, a pesar de estar en las últimas, sigues subestimándome. Eres un cretino.

—¿Qué ocurre con los Torrevela? —Pregunté curioso y di un pequeño paso al frente sin que ella se diese cuenta. Si la distraía, podría arrebatarle el arma de una patada.

—Digamos que los astros se encontraron.

—Digamos que no creo que en las casualidades y tú tampoco —contesté y avancé otro pequeño paso mirándola a los ojos—. Sé que Leonardo te dejó porque no estabas a la altura. Nunca lo estuviste.

—Cierra el pico, no sabes nada...

—Cuando Federico se entere de que lo utilizaste para fastidiar a su hermano, nadie te creerá... —dije y di otro paso—. ¿Habías pensado en eso?

—Leonardo es un amargado inseguro y Federico... el idiota más inmaduro con el que me he topado en años, y mira que tú pusiste el listón bastante alto.

—No está bien jugar con los sentimientos ajenos, Blanca —respondí y avancé un pequeño paso más. Estaba a punto de alcanzarla—. El tiempo nos lo hace pagar.

—Y aquí estás tú, la voz de la experiencia.

—¿Por qué me dejaste esa nota, Blanca? —Pregunté estirando su atención. Unos segundos más y mi pie tocaría su mano—. La del restaurante... De no ser por ti, me habrían detenido.

—Y el juego se habría terminado —replicó—. Me estaba divirtiendo y quería alargar la partida. Como ves, no soy tan mala...

—¿Cómo lo supiste? —Pregunté—. Fue algo improvisado...

Ella sonrió.

—Eres tan ingenuo, Gabriel —dijo con una mueca—. Esa amiga tuya comparte todo lo que hace en la red...

A punto de propinarle una patada voladora, Blanca se percató de mis intenciones y extendió el brazo con firmeza en posición de ataque.

—Ni un paso más, Gabriel. No me provoques.

Retrocedí.

—¿Qué harás después?

—Disfrutar de mi dinero.

—Lárgate y deja los documentos, Blanca... —aconsejé—. Todavía estás a tiempo de salir de ésta...

Ella se rio y yo sentí pena. Ha de ser complicado perder cuando crees que estás ganando.

—La Policía está al caer, Gabriel —afirmó y dio un paso hacia atrás en dirección a la salida. Después abrió la carpeta y sacó el teléfono para fotografiar los documentos—. Todos los indicios apuntan hacia ti. Incluso tengo fotografías comprometidas que te hice con esa estirada y con el abogado de la familia. Tus días de gloria llegan a su fin... Disfruta de la panorámica porque no la verás por un tiempo.

—Escúchame, Blanca —dije alertándola de nuevo—. Lárgate antes de que sea tarde... Tienes el dinero, me tienes a mí. Vete antes de que te detengan.

—No finjas salvarme cuando sólo te has preocupado por tu pellejo.

Se escuchó un ligero ruido procedente de la entrada.

Blanca recogió la carpeta y miró hacia atrás. Había tardado más de lo previsto pero, finalmente, Federico de Torrevella entraba en escena para salvarme. Qué cosas, pensé.

Blanca guardó el arma en su bolso. Yo bajé las manos.

—¡Federico! —Exclamó haciéndose la sorprendida—. ¡Menos mal que estás aquí!

—¿Qué es todo esto, Blanca? —Preguntó el hijo de la condesa con voz recta y seria. Me miró y me encogí de hombros.

Entendí que mi papel en la función había llegado a su fin.

—No te lo vas a creer... —dijo ella con su voz sensual y aterciopelada, pero Federico no le permitió terminar la frase.

La agarró del brazo con fuerza, le quitó la carpeta de piel y la empujó hacia el frente.

Blanca tropezó y cayó al suelo protegiéndose con las manos. Observé su rostro entre las sombras y encontré el horror de la incertidumbre.

Me acerqué a socorrerla abrazándola por detrás y la ayudé a que se levantara.

—¿Estás bien? —Pregunté.

Por mucho que Blanca Desastres quisiera amargarme la vida, no iba a permitir que un imbécil la humillara en el suelo. Podíamos tener nuestras diferencias, pero seguía siendo parte de mi pasado.

Cuando quisimos darnos cuenta, Federico de Torrevella nos apuntaba con su pistola, la misma que había empleado en la oficina contra Román. A partir de

entonces, ni Blanca ni yo sabíamos cómo continuaría la escena. No era el único que se había saltado el guión.

—Tira el teléfono al suelo, Blanca —ordenó Federico con semblante tenso—. Haz lo que te digo.

—Pero, Federico...

—¡Ya me has oído, joder!

Blanca no rechistó. Sacó el móvil de su bolso y lo lanzó a los pies del hombre.

—Baja el arma, ya tienes lo que quieres —dije.

El se rio. Por primera vez, su carcajada sonó a satisfacción.

Había sido un estúpido. Ese desgraciado nos había llevado a su terreno.

—No, todavía queda algo más —respondió caminando hacia nosotros—. ¿Creías que te iba a dejar marchar así, sin más? Después de todos los problemas que me has dado... Estabais en lo cierto... No soy mi hermano. Yo soy Federico de Torrevella y quien me molesta se lleva su merecido.

—No nos hagas daño, por favor... —dijo Blanca asustada.

—¡Cállate, zorra!

—Tienes lo que quieres —intervine y sujeté a Blanca por los hombros, poniéndome delante de ella—. Llama a la Policía, entréganos, pero no dispaes. Sólo lo complicará aún más. Piensa en tu familia.

El hijo de la condesa sonrió en la penumbra.

—No, no... No voy a mataros —explicó. Disfrutaba con nuestro miedo—. Pero, como comprenderéis, no puedo permitir que salgáis de aquí con todo lo que sabéis... Vamos a darle a esto un final *shakesperiano*... Súbete a la valla, Caballero.

—No lo dirás en serio...

—Pregúntaselo a ella —dijo señalando a la pistola—. Tal vez te convenza. Vamos, mueve el culo.

—Jamás declararé en tu contra sobre Román.

—Me importa un carajo. Haz lo que te digo o no responderé de mis actos.

Cosquilleos eléctricos recorrieron mi espalda.

Blanca me miró de la misma forma que había hecho en el pasado, cuando estábamos juntos, cuando cuidábamos el uno del otro.

Detrás de su máscara malévola, ella todavía guardaba el corazoncito que me había enamorado en su día.

—Federico...

—Tú irás después —señaló—. Así que cierra el pico y no me hagas cambiar de opinión.

Con el cañón apuntando a mi pecho, di varios pasos hacia atrás hasta que choqué con el muro de hormigón. Cientos de pensamientos se cruzaron por mi

cabeza a toda velocidad. Los latidos del corazón retumbaban como tambores tribales en el interior de mis huesos. Tenía la boca seca, me dolía todo el cuerpo, las palabras no salían y me costaba tragar.

Pensé en Soledad, en Rojo, en los errores del pasado y en el rápido final que estaba a punto de tener. Me pregunté qué había hecho mal para acabar así. Por una vez en la vida, no tenía solución. Nadie vendría a socorrernos y sí, los deseos de Blanca se harían realidad, sería portada en los periódicos, pero en la sección de obituarios.

Miré a Blanca a los ojos y me despedí de ella en silencio, para siempre, para reencontrarnos después.

En ese momento, el silencio era mejor que cualquier cosa.

Puse la mano sobre el muro. Estaba frío y rugoso. Vi la ciudad estática y tranquila. Dirigí la vista hacia abajo y contemplé la rambla animada por los que vivían en una burbuja de felicidad. En unos segundos yo también estaría allí con ellos, sobre el techo de algún coche.

—¡Date prisa, joder! —Insistió Federico.

Blanca se acercó a mí y me tocó por detrás.

—Lo siento... —susurró a escasos centímetros. El brillo de los rótulos iluminaba su lagrimal. Tenía los ojos cristalinos, a punto de estallar en un llanto pavoroso. Estaba arrepentida, se le había ido de las manos.

Me guardé las palabras de aliento y miré hacia delante.

—Da un paso —dijo la voz a mis espaldas.

Pero no podía hacerlo.

—Voy a contar hasta tres, Caballero... No me obligues a tirar del gatillo.

—Pero... —dijo Blanca temblando.

—Uno...

Cerré los ojos y levanté el rostro.

—Dos...

Respiré y cargué los pulmones. Mi mente era un lago vacío.

—Tres...

De repente, sin tiempo a reaccionar, escuché un fuerte ruido que procedía de atrás. Blanca gritó y algo cayó contra el suelo.

Me volví rápido hacia ella y salté contra el suelo. Vi a Leonardo de Torrevella de pie y a su hermano Federico aturdido en el suelo. Le había asestado un buen golpe por la espalda.

—¿Leonardo? —Preguntó Blanca Desastres.

Esa sí que era una sorpresa.

—Imbécil... Nunca confié en ti, tampoco lo iba a hacer ahora —murmuró encarando a su hermano y quitándole el arma de las manos. Después se dirigió a

la chica—. Lárgate, Blanca. Coge tus cosas y desaparece de mi vista... para siempre.

Federico se lamentaba aturdido en el suelo.

Blanca no respondió.

Ávida, se dirigió hacia el teléfono móvil.

—Deja eso donde está —ordenó Leonardo.

Las miradas se encontraron y, como Federico había dicho, él no era su hermano.

Sin remordimientos, Blanca tomó su billete de ida y desapareció de allí por las escaleras del hotel dejando un rastro de perfume veraniego.

Solté todo el aire que había en mis pulmones y me froté los ojos.

—Tú también, piérdete —apuntó—. Estamos en paz. Esto ya es cosa mía.

—Gracias... —respondí recuperando el aliento y caminé hacia la salida mientras Leonardo le pisaba el cuello a su hermano contra el suelo.

Salí tras Blanca, todavía a tiempo de atraparla.

Cuando llegué a la planta inferior, un grupo de agentes de la Policía irrumpieron por la puerta de emergencia a toda velocidad hacia la terraza.

Aguardé unos segundos, busqué a Blanca Desastres entre las cabezas, pero no veía nada.

—¡Alto, Policía! —Gritó uno de ellos en la terraza. El personal del hotel y los clientes más curiosos entraron a ver qué sucedía—. Queda usted detenido por intento de asesinato y la muerte de Luciano Román...

Crucé ansioso la entrada que separaba las escaleras y el pasillo de habitaciones y vi la puerta del ascensor cerrarse. El halo era de su perfume y Blanca Desastres huía delante de mis narices.

Pulsé el botón hasta tres veces y di un puñetazo a la chapa metálica. Todo había terminado.

Blanca se había largado y, con ella, todas las preguntas que guardaba en mi interior.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Dicen que el organismo conoce a la persona mejor de lo que su mente cree. El mío me conocía demasiado bien y esa noche me obligó a dormir más de diez horas de una sentada.

Con un sol ardiente que entraba por la cristalera, desperté a las once de la mañana como un recién nacido. Una extraña sensación de tranquilidad se manifestaba por todo mi cuerpo. Adiós a los dolores musculares, a las jaquecas y a la falta de sueño. El fantasma del mal que había perturbado mi alma durante días se había esfumado.

Era un hombre libre, anónimo, sin la línea de teléfono colapsada y disfrutando de sus vacaciones.

Con el estómago vacío, tomé una larga caminata por el paseo hasta uno de los kioscos ambulantes.

Pedí un café solo, un cruasán y pregunté por el periódico.

Mientras asimilaba varios de los momentos vividos la noche anterior, hojeé el Diario Información y vi una fotografía que me llamó la atención.

Leonardo de Torrevella aparecía junto a un hombre nipón de cabello largo y peinado hacia atrás, ambos vestidos de traje, estrechándose las manos. La absorción de Holding Terra por Hayashi Corporation era una realidad. El hijo de la condesa lucía una sonrisa a medias en la instantánea. La noticia había sido escrita por alguien que no entendía demasiado de finanzas, pero eso era lo de menos, después de todo lo que había sucedido.

Pasé las páginas en busca de un titular que hablara de la detención de Federico, pero la redacción del diario seguía silenciada por la infame cantidad de dinero que la condesa había abonado para callarlos.

Una suma de la que Blanca Desastres se había llevado un buen pellizco.

Para su pesar, la prensa no callaría por mucho tiempo y, tarde o temprano, la cara de Federico de Torrevella saldría por algún lado. Pero esa ya no era mi guerra.

Cerré la gaceta y di un sorbo al café. Contemplé la playa del Carloti llena a esas horas de la mañana y agradecí a Dios seguir vivo un día más.

—¿Está ocupada esta silla? —Preguntó una voz formal y profunda.

Volteé la cara y encontré a Rodolfo Soriano vestido con unos pantalones de color crema y una camisa blanca.

Y, cómo no, protegido por sus gafas de aviador.

—Pensé que estaría celebrando la noticia con champaña en el barco...

Soriano sonrió. Estaba más relajado.

Todos lo estábamos.

—La reunión se hizo anoche —explicó, pidió otro café y se sentó frente a mí—. Los japoneses llamaron alarmados por lo que habían publicado en los

diarios. El señor de Torrevella es un hombre honesto, ¿sabe? Les explicó los problemas que habían tenido durante los últimos años... En un primer momento, no les hice mucho gracia lo de la contabilidad en B, pero llegaron a un acuerdo... Los nipones apreciaron su sinceridad y decidieron seguir adelante con las negociaciones.

—Vaya, una sorpresa... —dije y reflexioné sobre lo sucedido en la terraza, si perdonar a Blanca le habría hecho cambiar de opinión, empezar de cero, sin mentiras—. No sé si alegrarme de que así haya sido. No deja de ser un fraude...

—Como entenderá, señor Caballero —dijo buscando algo en el interior de su bolsillo—, no he venido a verle para disfrutar del desayuno con usted.

—Pues no entiendo por qué —bromeé—. ¿Acaso no es esto un paraíso?

—No se lo ha montado mal usted, no... —dijo y sacó un sobre doblado que puso sobre la mesa—. La condesa quiere agradecerle lo que ha hecho por la familia.

Observé las dimensiones del sobre. Era fino y en el interior había un trozo de papel rectangular. Soriano lo empujó con los dedos hacia mi lado de la mesa.

Sin abrirlo, puse la mano encima y lo moví de vuelta.

—Aprecio su gesto, pero no todo en esta vida se paga con dinero... y menos con ése.

—No sea estúpido y cójalo —insistió el abogado—. Está limpio... Ahora le hablo como individuo, no como empleado... Usted tiene pareja, ¿no es así?

—Sí, a la cual debería llamar...

—Pues gásteselo en un buen viaje y cómprele algo bonito —sugirió—. Esa mujer se lo agradecerá. Tiene que ser una gran señora. Usted no es una persona fácil.

—¿Alguien lo es? —Pregunté y volví a mirar el sobre—. ¿Y la suya? Si no es mucho preguntar.

Soriano miró a su anillo de casado.

—La mía falleció, pero le habría gustado que hubiese tenido un detalle así con ella. Ya lo creo.

—Es usted un buen tipo, Soriano. ¿No se harta de los tejemanejes de esa familia?

El abogado miró al mar y sopesó la respuesta.

—¿Sabe? A veces me lo cuestiono... —explicó con pesadumbre—, pero no tengo hijos. Ellos son todo lo que tengo, además del recuerdo de mi señora, y yo soy para ellos su mayor referencia externa, su hombre de confianza. En el fondo, es como una relación mutua... Cuando la condesa fallezca, quizá me vaya una temporada a Latinoamérica. Me muero por conocer aquello.

Me imaginé a Soriano con bermudas, gafas de sol y una camisa de palmeras

caminando por las calles de Lima o visitando el Aconcagua. La imagen era graciosa.

—¿Qué pasará con Federico?

La expresión de Soriano volvió a su estado natural.

—Me temo que nuestros abogados tendrán trabajo para una larga temporada... —dijo sin ataduras—. Ese muchacho ha cometido demasiados errores. Debe aprender de alguno, ¿no cree?

—Estoy de acuerdo.

Se formó un ligero silencio, como si la conversación hubiera terminado.

—La señorita María Luisa siente gran aprecio por usted.

—¿Ha venido para hacer de Celestina?

—No, por favor... —dijo y sonrió de nuevo—. Dios me libre... Sólo era un apunte. Sé que es un hombre con principios.

—Y finales —agregué—, aunque lamento que este no sea el caso. María Luisa es una mujer bella, inteligente y de buena familia... Encontrará a un hombre decente que sepa darle el cariño que le falta.

—En eso, precisamente, es en lo que no se fija... —comentó—, en los hombres buenos... Me gustaría quedarme aquí con usted, disfrutando de este sol y de las bonitas mujeres que hay en esa playa, pero el deber me llama. Ha sido un placer visitarle por última vez, Caballero... Ya sabe dónde encontrarme.

Soriano se levantó de la mesa e hizo un ligero movimiento para guardar el sobre que había puesto sobre la mesa.

Apunté con el índice.

—Deje eso ahí —dije. Él levantó una ceja—. Me ha hecho cambiar de parecer.

Soriano esbozó una mueca amigable.

—Prométame que no se lo beberá todo...

—Intentaré no hacerlo.

El abogado se puso en pie, se despidió y se marchó por la carretera que subía hacia las casas. Una vez hubo desaparecido, guardé el sobre en el bolsillo y continué disfrutando de la vista.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

De regreso a casa, las imágenes de los días anteriores se fundieron entre mis reflexiones como una acuarela todavía fresca.

Tan sólo había sido una semana, pero parecía que hubiera pasado un mes. La intensidad de los momentos es lo que hace que nuestros recuerdos se estiren en el tiempo.

Saqué las llaves para abrir la puerta y el teléfono vibró.

Era Soledad, mi amada Soledad. Me había olvidado de llamarla y fue cuando comprobé los mensajes sin respuesta que me había dejado.

—Al fin contestas...

—Soy un imbécil, lo sé...

—¿Estás bien, Gabriel? —Preguntó preocupada—. Llevo llamándote desde ayer y parece que la tierra te haya tragado... Ni en casa, ni en el móvil... ¿Se puede saber dónde te has metido?

Me eché la mano a la cabeza.

—En casa, como siempre... —dije excusándome—. Desconecté el *router* de la red con tal de evitar distracciones... Siento haberte preocupado.

Ella suspiró aliviada. En el fondo, temía que me hubiese sucedido algo.

—¿Cómo estás? —Pregunté.

—Bien, cansada —dijo y escuché ruido de la calle de fondo—. No es tan intenso como esperaba, pero son muchas cosas a la vez.

—Me alegra escuchar tu voz.

Aunque no lo vi, sé que sonrió al otro lado.

—Sé que no te he avisado con tiempo, pero no importa si estás ocupado...

—¿De qué hablas?

—Mañana llegaré a Alicante a las diez —dijo insegura por escuchar una respuesta que no esperaba—. Necesito ver el mar.

—Y verme a mí.

—Eso también —contestó y noté el descanso de su voz—. ¿Irás a recogerme?

—Y te llevaré a desayunar a un lugar estupendo.

—No... —rogó—. Llévame a casa, contigo y cocina para mí... Eso es todo lo que necesito.

—Sus palabras son órdenes —contesté con aire jovial—. Que tengas un buen viaje, Sol.

—Te quiero —dijo ella y colgó.

Fue una llamada reconfortante. Escucharla siempre me ponía de buen humor. Lamenté haberle mentado, pero era mejor así. De otro modo, no hubiese hecho más que llenar su cabeza de estúpidas preguntas que no llevaban a nada.

Cuando introduje la llave, descubrí que la puerta estaba abierta. Me pregunté dos veces si habría sido un despiste mío, pero no fue así y lo supe cuando vi la

silueta de aquel hombre de pie, junto a la piscina.

—Para no distraerte, necesitas algo más que apagar el *router*... —dijo Rojo con los brazos cruzados y una camiseta de manga corta que marcaba sus bíceps—. ¿Todavía sigues con los embustes? No aprendes, amigo...

—Tú tampoco... —dije molesto por no haberme avisado de su visita—. Hay una cosa en la puerta que se llama timbre.

—Deja de lloriquear, Caballero e invita a tu amigo a un refrigerio, que hace un calor del carajo.

La presencia de Rojo siempre era bienvenida, aunque sus métodos no agradaran a todos.

Dejé las llaves sobre la mesa de la cocina, agarré la botella de Yzaguirre, preparé dos vermús, en vasos anchos y cortos, con mucho hielo, bien fríos y una aceituna por trago.

Después regresé al patio y le entregué su copa.

—¿Qué te trae por aquí? —Pregunté mientras caminaba a la mesa redonda de cristal.

—Al final, te ha salido la jugada como querías.

—No me preguntes cómo —dije dando un trago al vaso. El alcohol acarició mi lengua como agua bendita—, pero siempre lo hago. Debo de tener un ángel...

—Caído —respondió el policía y alzó el vaso—. Joder, Caballero... Esto sabe a gloria. Al parecer, sabes hacer algo más que meterte en líos.

—Ten amigos para esto.

Rojo se rio y dio otro trago.

—Las noticias vuelan en la comisaría —comentó mirando a la costa—, pero debemos tener la boca bien cerrada, al menos, los superiores. Ese ricachón lo va a pasar mal chupando hierro... La cárcel no es un lugar fácil.

—Se adaptará. A todo se hace uno, Rojo.

—¿Y tú? —Preguntó desafiante—. ¿Te hiciste a tu doble?

—¿Cómo?

—No me digas que era el pimpollo ese... porque no me lo creo.

—No, no... Te sorprendería conocer su identidad.

—Dispara, no estoy para adivinanzas.

—Blanca Desastres —dije y, conforme terminé la frase, sentí un alivio interior, el mismo que Leonardo de Torrevella habría sentido al dejarla marchar—. La misma Blanca Desastres.

Rojo intentó esconder el asombro, pero su rostro era un poema. Dio un trago y me miró a los ojos.

—¿Dónde está?

—No lo sé, no importa ya.

—¿La has dejado marchar?

—Digamos que fue una justa despedida.

—Tú verás... —rechistó y puso el vaso sobre la mesa dando un ligero golpe con el culo del cristal—. Después de más de cinco años conociéndote... ¿No crees que ya tienes enemigos de sobra?

—Puede ser —dije y saboreé el último trago—. Aunque, sin ellos, nuestras vidas serían muy aburridas.

—En eso te doy la razón —dijo y guardó silencio.

Una gaviota se posó sobre el balcón.

Héroes contra villanos, el bien y el mal... El mundo, tal y como lo concebíamos, no podía existir de otra manera, siendo conscientes del lado al que pertenecíamos.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La carretera era mía. Herb Alpert hacía sonar su trompeta por los altavoces del descapotable, el azul turquesa del mar brillaba a mi derecha y las palmeras me saludaban movidas por el aire de la mañana.

Me sentía vivo, más vivo que nunca y capaz de volar como esos pájaros que llenaban el cielo en busca de otro lugar más frío.

La melancolía me acompañaba en el corazón, permitiendo que diera un último adiós, entre las notas de la canción, a todas esas personas que había conocido y que deseaba no volver a ver jamás.

Decían que los mediterráneos éramos gente muy viva, tal y como habían sido los romanos en el pasado o los españoles durante sus gestas.

Vivo o no, debía poner freno al incesante número de funambulista que practicaba con la vida, siempre con los pies sobre la cuerda, manteniendo el equilibrio entre la existencia y el más allá. Pero era algo incontrolable, al igual que el color del cabello o mi amor por el jazz y las mujeres.

La ciudad de Alicante me recibía tranquila, a punto de arrancar un día más en plena jornada veraniega. Algunos turistas, equipados con sus sandalias de Decathlon y las mochilas cargadas de agua y guías turísticas, aprovechaban el fresco matinal para patear las calles antes de morir abrasados por el calor del mediodía.

Llegué a la estación de trenes y dejé el coche en el aparcamiento contiguo. Miré el reloj y tenía todavía media hora hasta que el tren de Soledad llegara.

Crucé la puerta de la cafetería de la estación, tal y como había hecho casi una semana antes. Sentí una ligera paramnesia, un *deja-vu*, que dirían los franceses. Creí haber vivido ese momento antes, pero no era así. La camarera morena ya no estaba tras la barra y los cruasanes vegetales se habían terminado.

Pedí un café y una tostada con jamón y agarré la prensa, que estaba sobre la barra, como parte del ritual.

Las noticias eran propias del verano: aburridas, sin fundamento y cargadas de artículos sobre las fiestas de cada municipio. Incluso la profesión tenía derecho a descansar de las desgracias.

Cuando cerré el diario y lo puse bocabajo, vi el rostro de Agulló en la columna trasera, la página que iba a escribir aquel verano y que no llegué a empezar.

Un desplante a última hora y la falta de tiempo para encontrar a un sustituto, le habían dado trabajo de más.

Retomé el periódico y me acerqué la página.

Junto a la columna, una foto mía sacada de la red.

UN HÉROE Y UNA DISCULPA

Leandro Agulló

Mucho ha sucedido en los últimos días en la ciudad de Alicante. Finalmente se cierra un capítulo en el periodismo local trayendo un poco de luz sobre los líos financieros, de los que tanto se ha hablado, que han afectado a la condesa de Terranostra y sus negocios.

En contra de todo pronóstico, la fuente anónima que había filtrado, a esta y otras redacciones de la comarca, la situación del grupo Holding Terra, ha manifestado abiertamente no tener ningún tipo de relación con el periodista y escritor alicantino Gabriel Caballero.

La escandalosa detención de Federico de Torrevella, como culpable por la muerte del compañero Luciano Román, pone en entredicho todas las acusaciones y teorías vertidas sobre la imagen de Caballero.

Como responsable y director de este diario, desde aquí quisiera pedir en mi nombre, y en el de toda la redacción, una disculpa pública al señor Gabriel Caballero por haber manchado su honor, guiándonos por pruebas que parecían reales, pero que no lo fueron.

Con esto, quisiera dejar constancia al lector de que el periodismo siempre estará con la verdad, la única guerra por la que hay que luchar, y que, como profesionales e hijos de este oficio que somos, no tenemos el menor reparo en aceptar nuestros errores, siempre y cuando, acerquen al pueblo la veracidad de los hechos...

Por última vez, pensé en Blanca Desastres. En efecto, ese había sido nuestro último adiós.

Por megafonía anunciaron la llegada del tren.

La columna continuaba, aunque no terminé de leerla. No necesitaba más.

Doblé el periódico y lo dejé sobre la barra.

Pagué, me despedí y salí de allí.

Agulló estaba equivocado. El periodismo no se hacía desde un escritorio esperando a que alguien te vendiera una exclusiva. Para contar la noticia había que sudar las historias, correr tras ellas, aventurarse en los peligros de la sociedad y entender que había ciertas verdades que no siempre podían ser destapadas. Y, para eso, no todo el mundo estaba preparado.

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como El Profesor, La chica de las canciones o Motel Malibu. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Alicante, donde escribe todas las mañanas junto al mar. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Ha escrito otras obras como:

Serie Gabriel Caballero

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

El Doble

[Todos los libros...](#)

Serie Don

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

Serie Rojo

[Rojo](#)

[Traición](#)

Trilogía El Profesor

[El Profesor](#)

[El Aprendiz](#)

[El Maestro](#)

Otros:

[Motel Malibu](#)

[Sangre de Pepperoni](#)

[La Chica de las canciones](#)

[El Círculo](#)

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Elescritorfantasma.com

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario donde lo compraste.

UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE
GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA EL DOBLE

